

11-6

30-1-1935

C I V I D A D

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número
contiene:*

UN CUENTO DE
ANTONIO DE OBREGON

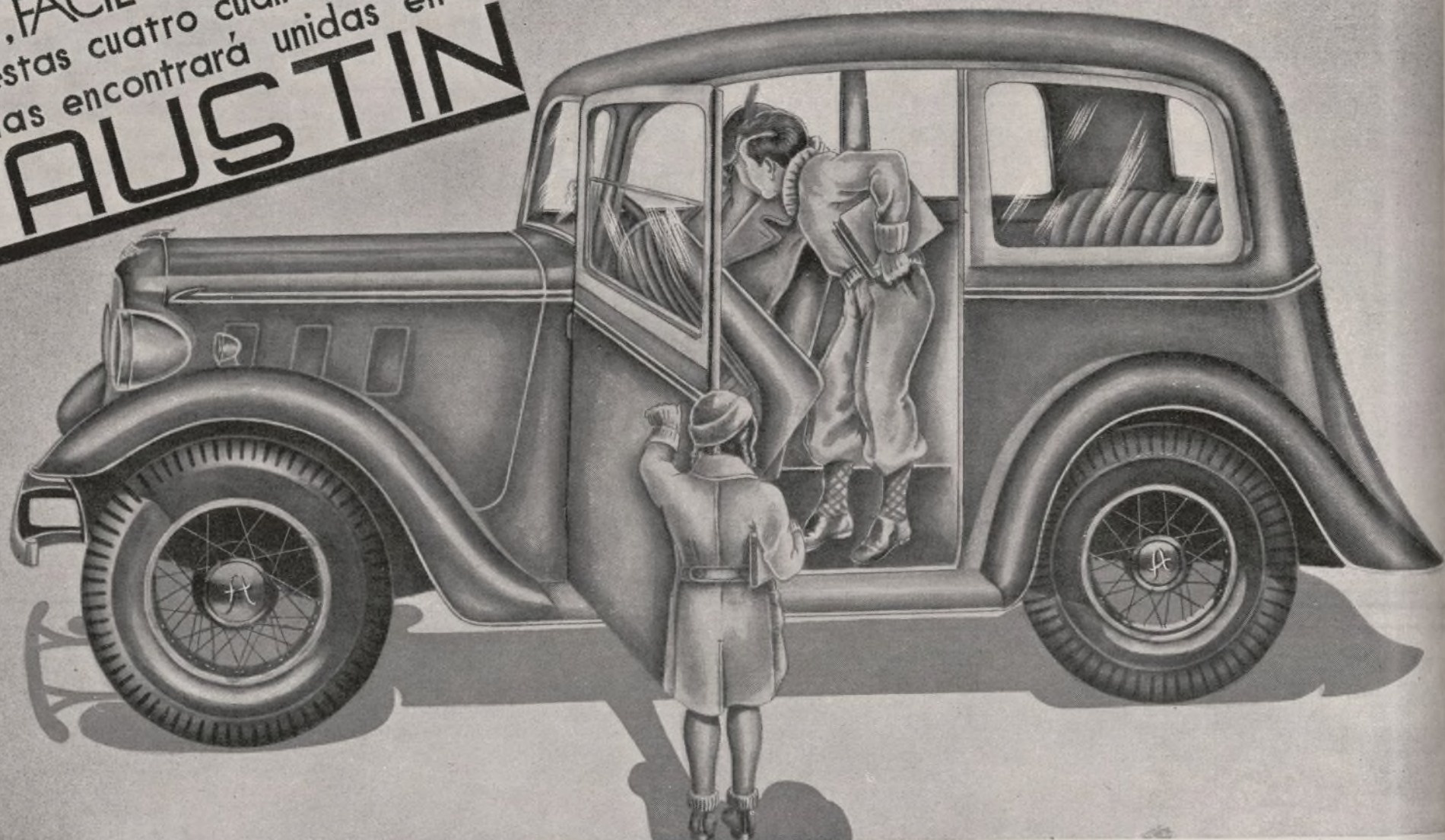
MODAS DE PARIS
MODELOS JEAN PATOU

POEMAS-ARTICULOS
CRONICAS-NOTAS
Y LAS
SECCIONES HABITUALES

20 CENTIMOS



PRACTICO, ECONOMICO
CHIC, FACIL CONDUCCION
estas cuatro cualidades solo
las encontrará unidas en el
AUSTIN



Banco de Crédito



Local de España

Esta Institución contrata créditos y préstamos amortizables con las Corporaciones locales—Ayuntamientos y Diputaciones—para la realización de obras y servicios rápidamente reproductivos, estando asegurados los contratos con garantías suficientes y fácilmente realizables.

En representación de sus operaciones, el Banco emite **Cédulas de Crédito Local** con la garantía de todas las anualidades contratadas con las Corporaciones, e indistintamente de todos los derechos, acciones y bienes, con hipoteca o sin ella, afectos por aquéllas al cumplimiento de sus obligaciones con el Banco; todos los bienes y valores que forman el activo de la Institución garantizan también las Cédulas en curso.

Las Cédulas son cotizadas diariamente como efectos públicos en las Bolsas oficiales; son pignoraables en el Banco de España y en el emisor, siendo además utilizables para la formación de reservas de las Compañías de seguros y para la constitución de fianzas y depósitos en Diputaciones y Ayuntamientos.

Las Cédulas de Crédito Local Interprovincial y los Bonos Exposición Internacional, valores emitidos también por este Banco, tienen la especial característica de estar **directamente garantizados por el Estado**, y de ser admitidas las primeras por su valor nominal en las fianzas que haya que constituir en las Diputaciones Provinciales.

SERVICIOS ESPECIALES DEL BANCO NEGOCIACION:

El Banco facilita directamente la adquisición y venta de los títulos por él emitidos, así como por medio de los Bancos, agentes de Bolsa y corredores de Comercio.

Los títulos se remiten a los adquirentes debidamente asegurados.

DEPOSITOS:

Los adquirentes de títulos pueden dejarlos en depósito en las Cajas del Banco, **sin satisfacer derechos de custodia.**

CUPONES Y AMORTIZACION:

Todos los valores emitidos por el Banco devengan cupones trimestrales, y la amortización de aquéllos se verifica anualmente.

Los cupones de los títulos depositados en el Banco pueden hacerse efectivos desde el día de su vencimiento en las oficinas de aquél, o encargándose el Banco de girar o situar su importe a comodidad de los depositantes.

El Banco revisa cuidadosamente las amortizaciones, avisando a los interesados.

PIGNORACION DE CEDULAS:

Las Cédulas de Crédito Local son admitidas por el Banco Emisor y por el Banco de España en garantía de préstamos y cuentas de crédito.

OPERACIONES Y CONSULTAS:

Para realizar operaciones sobre Cédulas de Crédito Local y demás valores emitidos por el Banco, lo mismo que para resolver consultas relacionadas con aquéllos, dirigirse personalmente o por correspondencia a las Oficinas del Banco.

Dirección abreviada: **CREDILOCAL** Oficinas: **SALON del PRADO, 4**
Teléfonos 12848 y 12850

Ayuntamiento de Madrid



De Antonio Obregón publicamos el anunciado cuento **UN HUSAR BAJO LA LLUVIA**, con el que comienza su colaboración en **CIUDAD**.

EL JUGADOR DE AJEDREZ es el título de un relato del escritor novel Luis Caro, cuyas condiciones literarias son muy estimables. Sobriedad de estilo y vigor en el trazado de personajes y escenas son las cualidades que resaltan en este joven escritor.

TRISTAN BERNARD Y LA ACADEMIA FRANCESA es la crónica que desde París nos envía nuestro colaborador Eduardo Avilés Ramírez, en la cual la figura del gran humorista francés está dibujada con exactos contornos, y en la que se relatan algunas de sus finas anécdotas.

LOS ANGELES, la luminosa ciudad norteamericana, meta de todos los cineastas del mundo, está fielmente interpretada en la versión que de ella nos ofrece Ramón Muñiz Laval, insuperable cronista viajero, como ya habrán tenido ocasión de observar nuestros lectores.

NOMBRES FAMOSOS EN PENUMBRA: "BOMBITA". Del antiguo torero, espigado y ágil, levantando entusiasmos en los ruedos de España, al apacible negociante que es hoy don Ricardo Torres Reina, en su despacho de Barcelona, nos habla Otero Seco en una interesante nota, que publicamos sirviendo

de prólogo a otras del mismo carácter que prepara nuestro colaborador.

SABER ELEGIR es el consejo que, con su exquisita manera literaria, da nuestra corresponsal de Modas en París, Mlle. Madeleine Millet, a sus lectoras de España. Acompañan esta crónica unos modelos del gran modisto francés Jean Patou, preparados expresamente para **CIUDAD**.

CASTILLA es un tríptico fotográfico de José Suárez, el gran artista del objetivo, que actualmente celebra una exposición en Bellas Artes, realizado para su publicación en estas páginas, en las que comienza a colaborar desde ahora. Glosan las estampas soberbias unas condignas palabras de "Kim".

Eduardo Blanco-Amor finaliza en este número sus glosas barcelonesas con dos notas: **MUJERES, MUJERES...** y **LA SARDANA**, donde el tema general alcanza su más cuidada forma.

En nuestra doble plana gráfica publicamos **LAS FUENTES DE MADRID**, por nuestro fotógrafo Aracil, con unas líneas de comentario.

Completan este número nuestras secciones de divulgación médica, curiosidades, página infantil, etc.

Director: VICTOR DE LA SERNA
Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:
PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID
Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

30 de Enero de 1935

Núm. 6

LA SEMANA



NO sabríamos eludir en esta sección el suceso fundamental de la semana. Los señores diputados han regresado en elocuentes caravanas desde los cuatro puntos cardinales de España. Esta "rentrée" se ha caracterizado por un propósito de imprimir "tempo" a la grave labor de legislar para el bien de la hispana República.

Una experiencia de espectador forzoso de las sesiones de Cortes nos autoriza para ser escépticos en esta materia del ritmo creador de nuestros legisladores. Pero no osaremos emitir una opinión definitiva y abriremos un crédito de algunas semanas a nuestros gravísimos padres de la patria.

Don Santiago Alba, florida barba, prosodia impecable y buena ropa, anda terriblemente preocupado con el deseo de que sea verdad que sus presididos vienen resueltos a abatir marcas olímpicas. D. Alejandro Lerroux, por su parte, ha ido a afinar en la templada ribera de Alicante su hermosa y juvenil voz de barítono, y a restaurar su físico con una dorada paella y unos cortadillos de ese vino maravilloso de los cerros levantinos. Y a templar su ánimo esforzado con la noción inefable de la asistencia de sus amigos.

Hay un ministro que se ha ido de caza. Como está vigente la veda, me libraré muy bien de decir su nombre, ni siquiera sus señas personales, demasiado salientes.

Esperemos que el contacto con la Naturaleza, "el sosiego, el lugar apacible..., etcétera, etc.", nutran de felices substancias a las mentes de los líderes y a las de sus colegas respectivos. Pocas heladas más y ya está la primavera encima. Al próximo número habrá ya en Toledo un almendro en flor, y del fondo heladito y aterido de la entraña de Castilla saldrá el primer hilo de savia por los tallos arriba.

Supongamos que el caletre de nuestros diputados ha pasado el invierno en un sueño, y que de ese sueño fué una pesadilla horrenda el trágico "pathos" que ha destrenzado los brazos de España en ademanes patéticos de Niobe dolorida. Y pidamos que empiece a subírseles desde el corazón a la cabeza y a los labios a nuestros legisladores el tenue hilillo del patriotismo, para que la Primavera dé una pomposa floración de realidades sobre el ámbito de España. Díes nos escuche.

JAVIER de Ramos Winthuyssen y Victorio Macho parece que no han visitado los cementerios románticos. Pero Winthuyssen, con la maraña vegetal de sus barbas y el eco vocálico de sus "es" andaluzas abiertas, y Victorio, con su chambergito castellano de provincia y su cara labrada a puros cierzos, son dos románticos de verdad.

A su lado, con frecuencia se ve, con su insignificancia física, pero con la infinita grandeza de su alma infantil, a Cristóbal Ruiz, natural de Ubeda, en la frontera extremeña de Castilla. A Cristóbal Ruiz, el hombre que pinta un cuadro con dos reales de pintura y dos líneas paralelas de una emoción inigualable.

Winthuyssen y Victorio Macho han presentado a

la Junta de Conservación Monumental y Artística de Madrid un proyecto de jardines para el Museo del Prado.

El conjunto arquitectónico, y digamos forestal, del Paseo del Prado, con el Museo, el Botánico, las fuentes y los edificios, es, salvo algunas fallas de Trajineros, uno de los conjuntos más bellos de Europa. Puede serlo muchísimo más a poco que Madrid se apure en conseguir unos cuantos matices que faltan. A este fin se dirigen los esfuerzos del mago Winthuyssen, el hombre que más sabe de jardinería en España, y Victorio Macho, el gran escultor a quien caben en la cabeza concepciones arquitectónicas de gran estilo.

Suponemos que el proyecto será aceptado rápidamente por el Ayuntamiento. Es preciso, cuanto antes, dotar a Madrid de una Carta municipal típica por su carácter de capital de la República, y hacer posible que una obra de este empeño no se malogre por cualquier minucia administrativa.

Winthuyssen y Victorio Macho, acompañados del gran pequeño Cristóbal Ruiz, son unos buscadores de la belleza madrileña pura y señorial. Cuando encuentran la gracia de un traje floreal para la corte de España, no puede desairárseles. (Ya explicaré en otra ocasión por qué, no obstante mi republicanismo acendrado, antiguo y futuro, llamo sin empacho a Madrid la corte de España.

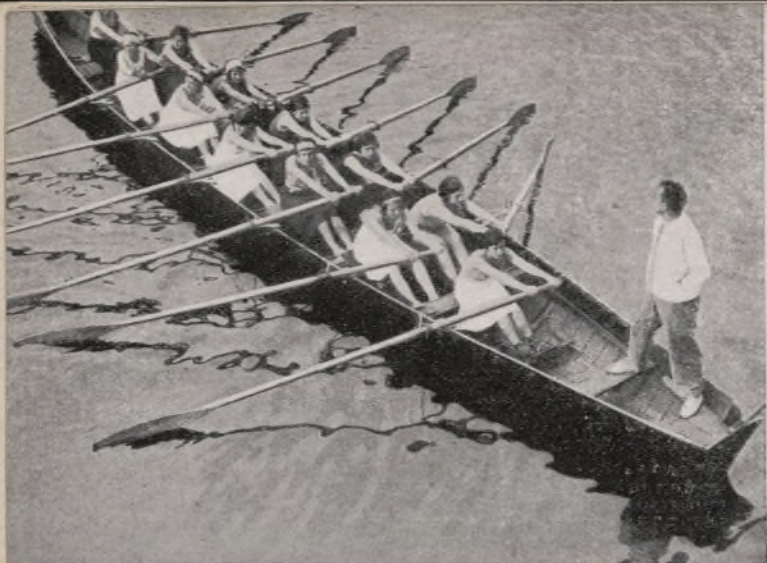
OTRO éxito de Arniches y Domínguez. Ya no habrá muchos lectores que ignoren quiénes forman esta pareja. Pero si alguno queda que crea que se trata de dos saineteros, queremos echar por delante que Carlos Arniches y Martín Domínguez son dos arquitectos que triunfan sobre el tablero y el ferropusiano con tanta frecuencia como triunfa sobre las otras tablas el glorioso D. Carlos y sus colaboradores.

Se va a abrir el Albergue del P. N. T. en Aranda de Duero. Con su inauguración, los dos jóvenes arquitectos añaden un hito más al camino signado de triunfos de su carrera. A ese triunfo de ahora va asociado un nombre para nosotros muy querido: el de Juan Esplandiú, el gran artista que ha decorado los muros del Albergue con su fina gracia madrileña y su "esprit" de artista universal.



HA salido a la luz esta semana el Almanaque Literario, que editan Guillermo de Torre, Miguel P. Ferrero y E. Salazar Chapela. Buen viento le dé el Señor. Todos en él pusimos nuestras manos. Y salvo lo que tocaron las pecadoras que trazan estas líneas, todo el libro es interesante, y no habrá mesita de lectura íntima en ningún hogar de buen tono espiritual donde el Almanaque no se halle.





Remeras barcelonesas.

Mujeres, mujeres...

Ninguna ciudad más poseída por la mujer que Barcelona. Tanto podrá haberlas; más, no es posible. Mujeres en la calle, en los cafés, en los espectáculos, en los "fields" deportivos, en las plazas de toros, en la playa, en el campo, en la montaña, en los tranvías, en los aviones y el "metro". Montones de mujeres, racimos de mujeres, en el agua y en la tierra y por encima de la tierra y del agua. Mujeres en la intelectualidad pura y en el periodismo práctico, en la música, en la pintura, en la poesía, en todas las artes inventadas y en otras que están a punto de inventarse. Mujeres en los oficios, en las industrias y en todas las especulaciones, desde las del espíritu hasta las del aceite. Mujeres en la política pasiva y en el apoliticismo activo. Clubs de remo exclusivamente de mujeres y para mujeres. Mujeres esquiadoras, alpinistas, nadadoras, fundando, rigiendo, organizando y fomentando instituciones donde los hombres no tienen nada que pintar. Peñas, "liligas", comités, agrupaciones, círculos y mutualidades de mujeres. La oronda dama pasadista que aún presume de curvas; la muchacha de perfil epiceno con el pelo corto y alisado y la arista de las clavículas sosteniendo la americana de hombro militar; la bigarda ancona y huesuda, jugadora de rugby, con piel de gallo viejo cubriendo el ancho esternón menopáusico; la "tenniswoman" modelada en pasta de músculo; la tripulante de yate con pantalones de franela y gorra marinera; la lanzadora de jabalina, enjuta, clásica, perfecta; la abogada con lentes de carey y cartera de papeorios, y la médica con la caja de los hierros feroces corriendo hacia una apendicitis a los 100 kilómetros de su coche. Mujeres pausadas, veloces, duras, fofas, distinguidas, vulgares, jóvenes, viejas, intermedias, medianas, mediocres, mediadoras, horrendas y bellísimas, a cualquier hora, a todos los momentos, en todas partes y a todos los ritmos y compases, metiéndose en todo y saliendo de todo.

Si tuviera tiempo (y fuese menester de estas fáciles prosas andariegas) para rebuscar, a través de este tumulto, el trazo espiritual predominante en la barcelonesa, procedería por método eliminatorio comparándola con algunas de las otras mujeres de España. Y diría que este trazo espiritual básico está en la andaluza, más que en la consabida gracia, en esa facultad de transmutación hacia lo lírico y lo apasionado de todo cuanto la realidad le ofrece de imagen y de suceso; en su transcendentalismo temperamental, que la lleva a asociar a las pequeñas cosas de su mundo personal la colaboración de todos los trasmundos de que es capaz. La andaluza ante lo insólito cotidiano—valga la paradoja—del hecho pasional que es toda su vida, deja instantáneamente de considerarlo como acaecimiento vulgar y le otorga categoría de excepcionalidad sólo **porque es suyo**; y entonces se trueca en una antena cargada de flúidos, que recibe y dispara mensajes extraordinarios desde y hacia horizontes y metas sin mapa de fatalidad y tragedia. El cielo y la tierra se le amalgaman en este personal complejo: la canción y el milagro, la risa y la lágrima, el diablo y Dios. Y su corazón, caracola cósmica, se convierte en la honda espiral resonante de un universo de fenómenos donde lo irreal y lo real han borrado su línea fronteriza. En cuanto a la castellana, quizás su esquema espiritual consista en todo lo contrario, en mirar a la realidad con ojos de carne y en no complicar demasiado la propia intimidad con lo que la vida tiene de paso, de suceso. Le falta metafísica, abstracción, comezón interpretativa, porque Dios es el punto de referencia y la fe el mejor instrumento del conocimiento. Teresa de Ávila escribió sus raptos dándole gran lugar a la mecánica sensorial de los mismos, como si la gracia divina la tactase con suaves dedos de luz, buscándole el desmayo del ánimo a través del apretado justillo y de la trabazón de las carnes y de los huesos. El deliquio que antecede al rap-

to o la desmayada postración que lo sigue, son la intuición, primero, y el deslumbramiento, después, de la sensible plástica en que la divinidad se le concreta y realiza, y que la santa transmite después a los otros humanos mediante metáforas troqueladas en la más dura materia de idioma que acuñó Castilla. En cambio la gallega se define por su imaginación antiplástica, por su alma demorada en unos constantes puntos suspensivos, por su evasión de la realidad a través de los muros penosos con que la realidad la sujeta en su dique de cristal. Lo material y lo espiritual en marchas divergentes. Ensueño vago y despoblado de formas, para crear luego en esta bruma, un mundo lírico a su capricho, totalmente intransmisible. La catalana esencialmente, es una sola cosa precisa, clara y dura como un diamante: naturalidad. En cualquier ambiente donde actúe, será "la bien plantada". En la cátedra, como en la cocina, en el fragor de la liza deportiva, como en la templada intimidad del hogar. Naturalidad, serenidad y perfecto utodominio en la barcelonesa.

Todo el instrumental técnico y espiritual de la vida nueva rinde en sus manos exactas obediencias. Sintónía cabal de sujeto y ambiente, de psicología y trabajo. Más que un sentido heroico de la vida que necesita como premisa la abnegación para cumplirse, como la andaluza, o de una lírica pasividad que no carece de sensatez para reconocerse como la gallega, la barcelonesa es dinamismo inteligente que devuelve al medio sus excitaciones con una vibración adecuada, ni tarda ni original. Naturalidad, en suma. Hasta en el amor, que aquí no participa de esas ocultaciones solapadas, falsamente púdicas de otros pueblos de España, deteni-

Barcelona

P O R

EDUARDO BLANCO AMOR

dos en un rezago de orientalismo inmoral y sucio, aislador de sexos, que es tanto como excitador de sexos. Aquí, los novios van del brazo de sus parejas o amicalmente enlazados de la cintura, sin la presunción maja, chulesca y falsamente varonil de quien va enseñando a los demás una presa. Y éste es uno de los matices más finamente modernos de Barcelona. En los parques, donde las jóvenes parejas pasean—para pasear, no para ocultarse—, el español de la España violenta, acartonada y seca, recibe una de las más suaves lecciones de la Europa contemporánea.

La Sardana

Una de las más finas y hondas emociones de arte popular que yo haya sentido en mi vida, la recibí frente a la sardana, la bella danza del pueblo catalán. Para que este espiritual acontecer aparejase todos los factores de la verdadera emoción estética, ni la sorpresa le faltó, puesto que me encontré con la sardana cuando menos me esperaba, una mañana de domingo en un parque, abriendo sus pétalos humanos entre las otras flores. Pura emoción de arte originada, más que en el sonido y en la forma, más que en lo accesorio y decorativo de esta danza—que, como todas, tiene su matemática arquitectural y su ornamentación barroca—, en su ritmo inexorable, numérico, preciso, como una cristalización de la naturaleza. La sardana es una flor geométrica, una rosa lineal que se abre en las plazas de Cataluña. Un cielo con lluvia de oros riega sus aristas, y la sardana flota en esta lavada luz levantina como la estrella de mar en los cristales de la rompiente. El sol se estira en el marco de la plaza, como la seda en el bastidor, y los pies de los bailarines van bordando en su blanca página, con pasos breves, pausados, finos, de cortesana distinción, los dictados de la pauta melódica. No es agitada zarabanda campesina, sino delicado compás señorial; minueto múltiple y unánime en el que las manos, los pies y las almas se mueven como tomados por una misma y exacta voluntad magnética. No sé si nació en el campo o en la ciudad, ni me importa. No quise estorbar esta clara emoción de arte vivo con la turbidez de la comprobación erudita. De todas formas, como toda arte verdadera, inaugura en cada instante de su presencia un candor de cosa acabada de nacer, cuyo frescor no hay para qué exprimir con superfluas preguntas. Pero si la sardana nació en el campo, no de-

bió de ser bajo el numen de dioses forestales o cereales, sino cobijada por todas las finuras del gótico catalán proyectando siluetas de templos y palacios en la página del suelo, para que las cresterías y alicatados del primoroso encaje de la piedra diesen su norma a los pies minuciosos de los danzarines.

La sardana brota en cualquier parte, como las flores de este suelo.

La "cobla" se encarama en su tablado y la gente acude de inmediato a formar en las ruedas de la danza. Las inicia cualquiera, dos muchachas, unos amigos que van paseando, se toman de la mano y empiezan. Gravedad ritual de actitudes, las manos en alto, muy siglo XVIII y la línea del cuerpo graciosamente modelada. No tardan en acudir nuevos bailarines. Todo el mundo tiene derecho a un puesto en el círculo. Basta separar las manos de otros dos y ofrecerles las propias. El compás se toma de inmediato y la danza no se interrumpe con los aportes nuevos. El corro se ensancha, la estrella añade nuevas facetas sin descomponer su exactitud. Ya es grande como toda la plaza. Pero no importa; si el lugar escasea, en medio de la fundamental se forma otra o varias cadenas concéntricas. Cuando yo llego a este lugar del parque, atraído por la música, me encuentro con unas veinte ruedas de sardana que se mueven al mismo compás. ¡Maravilloso espectáculo!

Trasluce esta danza sus múltiples símbolos. Danza civil, ciudadana, civilizada, donde se mezclan en un mismo respeto, casi litúrgico, hombres, mujeres, niños, ricos y pobres. El charol y la alpargata juntos otra vez como en tantos otros momentos de esta ingénita democracia barcelonesa. Las categorías sociales sometidas a una superior categoría sagrada: el ritmo. Y a otra más superior todavía: el sentido de continuidad racial que la sardana establece, trayendo desde bailarines remotos hasta los presentes, y transmitiendo de éstos a los que vendrán, las esencias étnicas que animan toda creación y toda continuidad folkóricas. Y sagrada también porque la sardana, hoy rosa libre brotando en las plazas de Cataluña, fué en años y en siglos oscuros, rueda dentada donde esa misma civilidad fué torturada injustamente por la incompreensión y el ultraje histórico. Pero por los ojos de sus círculos innumerables, Cataluña continuó viendo el cielo eterno de la patria. Y fué quizás en las cadenas de los bailarines tomados de la mano donde la dispersión individual, ajustándose voluntariamente al ritmo colectivo, organizaba su fe futura y apretaba su esperanza entre los dedos, enclavijados por la angustia de no merecidos y torpes vasallajes. Por algo Maragall, poeta máximo, porque lo fué también de los dolores de su pueblo, dijo un día:

*La sardana es la dança mes bellá
de totes les danças que's fan y desfán.*

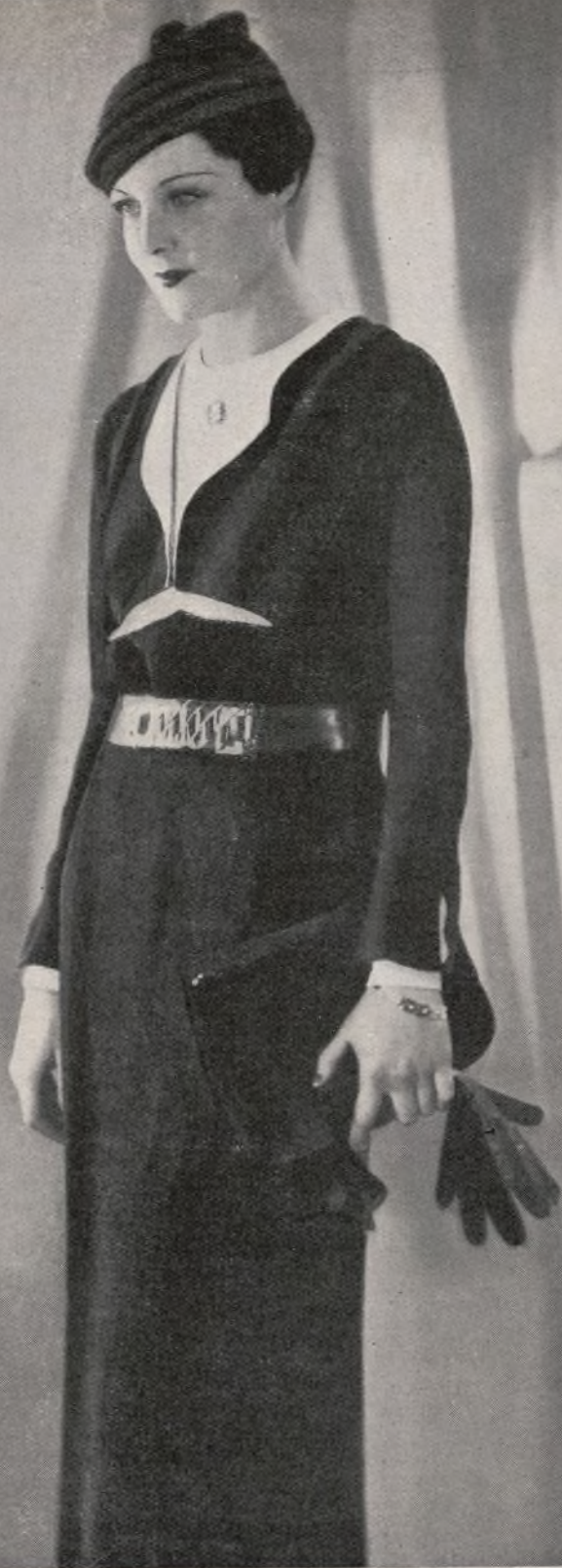
*Es la dança sensera d'un poble
que estima y avança donant-se les mans.*

¡Tota ma patria cabrá en eixa anella

¡Toda mi patria cabrá en ese anillo! Gran decir y honda profecía. La sardana es el anillo de los esposales entre Cataluña y su destino; es prenda de fidelidad de la raza a su genio y a su suelo, y es rosa geométrica y musical, siempre fresca: unas veces regada por rocíos de lágrimas, y otras por claridades de esperanza, parpadeando sobre sus círculos mágicos.

Y ahí quedan esos desordenados arpegios de la clara risa de Barcelona, tan mal conocida y tan peor juzgada por muchos españoles que no quieren ver en Cataluña lo que ésta tiene de una posible España mejor. Todavía hoy tienen vigor de verdad las tan dichas palabras de Cervantes: "Barcelona, archivo de la corte, sania, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres..., correspondencia grata de firmes amistades y en sitio y en belleza única."





Vestido en "marroccain" negro; chaleco de piqué fantasía blanco.
Sombrero de "gros", grano negro.



Vestido de "jersey" natural, fileteado de oro; lazo y adornos granates.
Sombrero de fieltro también con adornos granate.

MODELOS DE JEAN PATOU EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"

Siempre fué la *toilette* el demonio familiar de las mujeres. Por eso, en esta época del año en que todas piensan en sus *toilettes* de primavera, vamos a tratar la cuestión primordial: *saber elegir*.

Cuando se vive lejos de París, uno se figura haberlo hecho todo, en cuanto a elegancia se refiere, con copiar los rasgos principales—por lo general, se eligen los más exóticos—de la nueva moda. Pero la moda, aun la nueva, no es solamente la moda parisense: hay que conocer el arte y la manera de usarla.

llada, cerrada de arriba abajo con botones y realzada con un adorno de astracán.

Pero volvamos a nuestro tema. Os decía que era necesario antes que nada saber *servirse* de la moda. No basta, en

a nuestra tez, al matiz de nuestros cabellos y a nuestra edad. Esta cuestión de la edad es la que oculta más escollos en la elección de nuestra *toilette*.

Es necesario pensar que cada mujer tiene un tipo muy particular, que ella debe esforzarse en aventajar y mejorar, sin hacerlo trivial—y aun vulgarizarlo—so pretexto de que *es nuevo*, y no olvidar que la corrección y la armonía son las bases de la elegancia. Todas las mujeres deben distinguirse y mostrar su personalidad, aunque sea por un solo detalle: todas deben hacer valer sus cualidades físicas, sean morenas o rubias, delgadas o regordetas, e ingeniarse en descubrir los modelos que, al hacer resaltar esas condiciones, las favorecerán.

Modas Cortes de París por Madeleine Millet SABER ELEGIR

efecto, llevar un vestido a la moda: hay que saber distinguir entre esos vestidos cuál es el que conviene a nuestro físico, a nuestra talla, a nuestra fortuna y a nuestras costumbres. No basta tampoco escoger un color de moda: hay que saber elegir entre los colores el que mejor siente

Poned un sombrero muy pequeño en la cabeza de una mujer corpulenta, y quedará mal. Colocad un sombrero estrecho y elevado en la cabeza de una persona muy alta, y quedará igualmente fea. La culpa será de las mujeres, y no de los sombreros. Y esta mujer muy mona, pero bajita y ancha, que se dejó seducir por ese lindo *tissu*, deslumbrador, es cierto, pero tejido en gruesas rayas horizontales, ¿no es cierto que se parece a un embuchado? Y esta vez también no habrá que incriminar al *tissu*, sino a la elección de la mujer.

Resumamos, pues, nuestra crónica así: Toda la seducción y la elegancia femeninas se concentran en estas simples palabras: *saber elegir*.

Servicio de modas de París, exclusivo para CIUDAD

Ayuntamiento de Madrid



I
(1914)

Un oficial de Húsares cruzaba una calle bajo la lluvia. Entonces, en 1914, esto no era nada extraordinario ni tenía nada de particular, pues teníamos húsares para hacernos decorativa la vida.

Los colores de su uniforme, compuestos para competir con las cataratas de luz artificial de los bailes en los grandes teatros de la Opera, inventados para la mayor alegría del Ejército y para seducir a las lectoras de tantas novelas blancas, eran un verdadero insulto inferido a la sinfonía gris de la calle, los edificios, los vehículos y los transeúntes. No había más gritos de color que los suyos, aquella mañana, en los desiertos áridos de las plazas y en los espejos empañados de las calles.

La gente, cuando llueve, tiene la fea costumbre de vestir mal, y por eso, entre un montón de paraguas abiertos, chanclos de goma, pantalones salpicados de barro, gabardinas pardas, hongos desteñidos, barbas descuidadas, faldas mojadas, bufandas con flecos y aquellos impermeables con capucha que llevaban hasta las personas más serias, y que —ahora nos lo explicamos perfectamente—eran los fantasmas precursores de la gran guerra, entre ese mundo sórdido, de duelo y sacramental, relucía el uniforme del oficial de Húsares de la Princesa, a quien, como a los blanquímetros y aristocráticos cisnes, la lluvia respetaba.

Su rojo, su azul cielo, su charol brillante, sus dorados intensos, constituían una verdadera ofensa personal para los funcionarios, contables, ordenanzas, viudas, etc., que caminaban por la calle. El no se parecía ni a ellos. Era de una raza distinta y luminosa. Pertenecía al sexo brillante de las máscaras y, aunque caminaba a pie, no podía confundirse con un peatón, pues se consideraba él mismo como una carroza aparatosa y excepcional.

Un guardia encargado de regular la circulación en todo el barrio paró los vehículos para que él pasara, y sus botas, altas y negrismas como tiras de noche pulimentada, cruzaron el río del arroyo, seguidas de una multitud mediocre de zapatos sucios y desvencijados, que eran como el desecho de una sociedad que se moría por los pies.

Dos tranvías anémicos, cuatro "taxis" pesimistas, dos autobuses impacientes y una motocicleta de aquellas Harley-Davidson, del servicio policiaco, le rindieron honores, viéndole pasar a través de las cortinas del guacero.

En la otra acera le salieron al paso dos Bancos, una tienda de corbatas, un buzón de correos, plantado, como un pasmarote, en medio de su camino, con su boca de león abierta; la rana anunciando el agua de Solares, que acompañó nuestra infancia, y un hombre pellizcado por muchas tenazas que se arrastraba en el escaparate de una farmacia, con la vista levantada hacia un frasco alvador.

Cuando dobló una esquina, la decoración varió por completo, pues se encontró junto al soportal de una plaza de provincia, bajo un farol de gas, donde se detuvo, como si tuviera la obligación de sostener con su espalda quel arco de piedra que se caía...

Arreciaba la lluvia.

A lo lejos se oían los ruidos de la ciudad, que llegaban moribundos allí.

No tuvo más remedio que pasar un "simón", con su caballo empapado, como un náutico, y una mano enguantada de mujer asomando detrás de la ventanilla...

Fué cuando el pesado armatoste de un automóvil militar paró a su lado, intentándole borrar a fuerza de nubes de benzol.

Descendió un hombrecillo insignificante y reumático.

—¿Qué hace usted aquí?

—A la orden de usted, mi general. La fiesta de hoy...

—Hoy no hay tal fiesta. Es mañana...

Un Húsar bajo la lluvia

Cuento de Antonio de Obregón

E L A U T O R

Con el delicioso relato "Un húsar bajo la lluvia", CIUDAD presenta a sus lectores a su nuevo colaborador Antonio de Obregón, ensayista amplio y seguro, de gran registro temático y de afinada sensibilidad, que va desde las exégesis líricas hasta la crítica teatral, la novela y el cinema. Como literato de creación, está bien reciente su éxito con la novela "Hermes en la vía pública". El talento, la vitalidad y la juventud de Antonio de Obregón son, además de la espléndida realidad que rezuma su obra presente, una de las más ciertas esperanzas de nuestras letras contemporáneas.



ILUSTRACIONES DE "GUTXI"

Todos los colorines de la indumentaria del húsar palidecieron de pronto.

—Mi general...

—Queda usted arrestado en su domicilio. Ya se le avisará cuando le sea levantado el castigo.

Y el húsar se encaminó a su casa.

La lluvia, al verle vencido, comenzó a mojarle de verdad.

II
(1914)

Ninguna casa tan de húsar como la suya.

Sobre todo, tenía un gabinetito, con sillería azul cielo, con flores y encajes sobre el respaldo de las butacas, que era un primor.

Al entrar en aquella habitación se percibía un olor viciado y agradable a interiores añejos a la ropa de otro tiempo, a naftalina y a alcanfor, a flores marchitas y a libros antiguos, a tapicería densa y mullida...

Las lámparas estaban cubiertas de gasas y, junto a un brasero de bronce muy espectacular, velaba un gato de angora, a quien la vanidad no dejaba nunca dormir.

Una virginita diminuta languidecía en la campana neumática de un fanal, sobre una consola.

El escritorio, muy romántico, con la larga pluma de ave hincada en el cacharro de Talavera del tintero. Allí escribía él largas cartas amorosas que no echaba nunca al correo, cartas llenas de promesas y ternuras, que no enviaba jamás a ninguna mujer, pero que escribía para cumplir con su deber sentimental de oficial de Húsares.

El día de su arresto se vistió cómodamente para permanecer en casa. Con su batín y sus zapatillas, se dejó caer en el gran butacón, incapaz de acoger en su regazo a toda la familia, en posesión del volumen más gran le que encontró en su biblioteca.

A su lado tenía el velador con la jarra de agua y un vaso de tisana.

Acostumbraba a leer historias de batallas, novelas de héroes con uniformes esplendorosos. El no comprendía la literatura como no fuera con el fin de deslumbrarle a fuerza de fausto y oropel, pues tenía el alma orgullosa de los húsares.

Sobre todo, amaba un libro predilecto, el que tenía siempre en las manos, y que, cuando terminaba, volvía inmediatamente a comenzar. Era la historia de Genoveva de Brabante...

Cuando levantaba los ojos de sus páginas se encontraba con su tía, que, con mangas de jamón y ojos pardos, estaba en el cuadro de enfrente. El la quería mucho, pues era una mujer novelesca y complicada, madrina de los oficiales de todos los ejércitos del mundo.

Leyendo, se le pasó al húsar el tiempo tan rápidamente, que no se dió cuenta de que los días y los meses transcurrieran, sin que la orden levantándole el arresto llegara.

El ambiente aquel de su gabinete tuvo la culpa. Y Genoveva de Brabante también. Se le había parado el reloj de la chimenea—un París auténtico—y nadie quitaba las hojas del calendario. Su tía pudo avisarle, haciéndole señas desde el cuadro; pero tampoco lo hizo.

Disciplinado militar, soldado pundonoroso, ni se le pasó por la imaginación salir de casa sin permiso de la Superioridad.

Siempre ignoró que el general que le había arrestado, momentos después murió de una embolia al entrar en su casa, sin haber dado a nadie noticia del correctivo impuesto.

El oficial permanecía sumiso y soñador en su casa, mientras que en el cuartel corrían diferentes versiones sobre su ausencia. Un rival suyo, con quien había compartido el campo de honor, y al que había berido en duelo, inventó lo de que había desertado, huyendo de un suceso turbio e incompatible con la dignidad de húsar.

Y pasaron veinte años...

III
(1934)

Cuando se puso el uniforme, experimentó la primera grave contrariedad. Había engordado ocho o diez kilos, y los botones se negaban a sacrificarse, asfixiados por los ojales.

Los años no pasan en balde, y se notó pesado y nada ágil. Veinte años más son suficientes para que un húsar pierda su prestigio. Los húsares tienen un esplendor muy efímero, como los galgos.

Cuando salió a la calle tuvo una sensación molesta y ruidosa. El aire pesaba como si fuera de plomo y un estrépito incomprensible le quiso romperle los oídos.

—¿Por qué sonará tanto el mundo?—se preguntó.

Su primera sorpresa fueron los nuevos automóviles de líneas esbeltas y elegantes, comparados con los pesados carromatos de su tiempo, que arrojaban humo por todas partes. Cuando se le echó encima, al cruzar la primera calle, un autoplano largo y brillante como un proyectil, tuvo miedo. ¿Qué podía un pobre húsar ante objetos tan hermosos y útiles? (Porque hoy las mujeres prefieren un coche a un húsar.)

Caminaba sobrecogido, y cuando llegó al centro de la urbe, su estupefacción no tuvo límites.

Los rascacielos se apoyaban unos en otros, inclinando las cabezas de sus áticos sobre



la línea de la calle para contemplarle; las colmenas con ruedas de los autobuses cargaban y descargaban gente que le empujaba y oprimía; coches de todas las marcas, con las últimas innovaciones del Salón de París en el rostro, pasaban junto a "taxis" necesitados que carraspeaban como viejos gotosos al cambiar la velocidad; los escaparates, como queridas perfumadas y fragantes, salían a su paso y con gestos seductores le hacían toda clase de proposiciones, riendo con las dentaduras de sus reflejos y de sus lunas curvas, y mostrándole todos los tesoros que se pueden, de momento, ambicionar. El sol, padre del éxito y del optimismo, calentaba la carne de metal y de cemento armado, sumergiéndolo en un baño tibio a la ciudad, que marchaba por el cielo azul como un gran transatlántico moviendo todas sus hélices...

Un camión de hielo, un coche de un ministro, dos motocicletas y hasta un carro del pan estuvieron a punto de engancharle.

Pero lo peor de todo era la expectación que producía.

Llevaba detrás una multitud, una muchedumbre, toda una manifestación del Primero de Mayo... No le dejaban andar. Le miraban, le tocaban, seguían todos sus menores movimientos, le espían...

Le señalaban con el dedo:

—Un húsar.

—¿Cómo puede ser eso?

—¡Si ya no los hay!

—Se acabaron hace mucho tiempo.

—¿De dónde habrá venido?

—¿Cómo no le habrán cogido ya?

Esto es lo que más le llegó al alma de todo lo que le soltaron, que le dijeran: "¿Cómo no le habrán cogido?", como si se tratara de un delincuente vulgar, un "gangster" peligroso, uno de esos que roban los tapones del radiador de los coches, en las paradas de los teatros.

La gente comenzó a pasar a mayores.

—¡Cogedle!—dijo alguien.

—No le dejéis escapar...

Entonces, comprendiendo que estaba en serio peligro, se abrió paso hasta un "taxi".

—Lléveme al cuartel de Húsares de la Princesa.

—¿El cuartel de Húsares?—respondió el chofer—. No existe ya...

Se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo no iba a existir el cuartel de Húsares suyo, al que pertenecía y donde mandaba a sus soldados?

Una piedra tocó el tambor en la portezuela.

—Bueno—dijo—, lléveme pronto a cualquier parte. Salgamos de aquí. ¿No estaba el cuartel de Húsares en la calle de tal, número tantos?...

—Sí, señor; ese era su sitio antiguamente.

—Pues lléveme a ese sitio, sea como sea.

Y el "taxi" partió.

IV

(1934)

El "taxi" le depositó en un jardín de una plaza. Le pareció como si los Reyes Magos pusieran en el cesto de aquella plaza, a los niños, un húsar de cartón.

Allí se quedó inmóvil, como con la cuerda rota.

Miró a su alrededor, y su rostro se puso, de furioso que estaba, color de aceituna.

La plaza aquella de antes de su arresto, que tenía acacias y amas de cría, que era placida y alegre y tranquila, se había convertido, como por arte de magia, en una gran arteria cosmopolita, provista de "Metro", estación de autobuses, paradas obligatorias y humanidad descuidada y democrática.

—¿El cuartel, dónde está el cuartel?—clamaba, desolado.

Nada puede igualarse al dolor de un oficial que ha perdido su cuartel. (Imaginaos un soldado de plomo que se ha quedado para siempre sin caja de cartón donde meterse.)

En lugar de su cuartel, se levantaban altas y modernas casas de arquitectura alemana de vanguardia.

Llamó a un albañil que trabajaba en una obra cercana, y él mismo se asustó de su atrevimiento de preguntarle:

—Dígame: ¿no estaba aquí el cuartel de Húsares?

—Sí, señor; pero ya no existe, ni maldita la falta que hace. No se debe pensar en esos lujos ni esa ostentación, habiendo tanto pobre muriéndose de hambre y tanta gente sin comer...

—Bien. Muchas gracias.

El oficial le perdonó. ¿Qué iba a hacer, si comprendía que se estaba sobreviviendo a sí mismo? ¿Si era el último representante de una tradición extinguida!...

V

(1934)

Insistió. No quiso resignarse al ostracismo, y llamó, de puerta, en puerta, a todos los cuarteles, por si en alguno le podían dar razón del suyo.

—Diga al cabo de guardia—decía—que está aquí un oficial de Húsares.

El cabo de guardia salía, volvía, le miraba fija y recelosamente, y acababa por decir:

—No podemos hacer nada por usted. Es e cuartel es el 30 de Caballería... (o el 12 de Infantería, o el 9 de Ametralladoras, o el de Carros de Combate, o el de Tanques)... Dios le ampare, mi teniente...

"Dios le ampare, mi teniente..." ¡Parecía un sueño!

VI

(1935)

Por fin fué feliz después de tantas amarguras.

Un día, al salir a la calle, notó que le dejaban en paz, que nadie le miraba, que no reparaban en él. Por un momento se creyó en su época, cuando un húsar era una cosa muy natural y podía andar por la calle como una persona cualquiera.

¿Qué es lo que sucedía?

En su optimismo, olvidó la época del año en que se hallaba, y no vió a los "pierrots", ni a los cardenales del Renacimiento, ni a las majas que pasaban a su alrededor.

Entró en un baile y respiró con fruición las esencias de otro tiempo...

Sin saber cómo, un grupo de danzantes le rodeó y le llevó ante unos señores muy graves, que estaban reunidos en un proscenio.

Era un Tribunal, un Jurado.

Le miraron y remiraron, le dieron varias vueltas, le contemplaron con arrobamiento.

Los señores del Jurado cuchichearon un rato. Por fin, el que hacía de presidente dijo:

—Señores. Sin duda alguna todos los miembros de este Jurado han tenido que dar sus votos al oficial de Húsares que tenemos delante. Estamos convencidos que el público opinará como nosotros. Se trata de un disfraz perfecto, magnífico y logrado. Así iban los húsares, sí, señor...

Y dirigiéndose al oficial:

—Reciba usted nuestra felicitación sincera. Ha sido un acierto indiscutible el suyo.

El público ovacionó al Jurado.

A continuación, el oficial vió que le ponían sobre los hombros una banda de moaré con un letrero y que le entregaban un billete de Banco.

El letrero decía:

"PRIMER PREMIO DE MASCARAS A PIE.—1934."

La gente aplaudió mucho más.

Y el baile continuó.

El húsar salió a la calle.

Llovía a mares, y el agua, al verle otra vez poderoso, volvía a respetarle, como en sus buenos tiempos, como en 1914...

HEBRAS DE SEDA

La belleza del peinado es más atractiva con el Petróleo Gal. Úselo metódicamente. Destruye la caspa, conserva el pelo sano y abundante. Son hebras de seda, dóciles a la ondulación y a las transformaciones de la moda.

FRASCO, 2,50
TIMBRE APARTE

PETROLEO GAL



EL JUGADOR DE AJEDREZ

Cuento de Luis Caro

(ESCRITO ESPECIALMENTE PARA "CIUDAD")

ILUSTRACION
DE SANTONJA

S VENDOROW, el de los ojos glaucos, es de Donaubrucke, sobre el Danubio: un burgo del medievo, con sabor puro de Mitteleuropa, casas panzudas de varios pisos—aristados de madera de la Selva Negra—, callejas nacidas del capricho y la estrategia, rúas húmedas bejo los múltiples arcos de los edificios.

La historia os dirá que Donaubrucke es famoso por dos causas principales: la industria del cristal—se dice que los bohemios inflaron aquí sus primeras pompas fantásticas—y sus jugadores de ajedrez. Todos los años, por la época de las fiestas, los jugadores de ajedrez marchan sobre Kissingenberg, la ciudad rival, como antaño los soldados de Principados en pugna. Pero éste es un caso digno de notar: el honor ciudadano se halla cifrado en las 64 casillas del tablero. No busquéis genealogías góticas ilustres, y si preguntad quién creó por aquí una apertura nueva o revolucionó un sistema escolástico.

Los habitantes de Donaubrucke tienen el cerebro cuadrilado, como los pantalones de Arlequín. Poseen un enemigo común, Kissingenberg, y, en el propio feudo, el vecino de la casa más próxima que sepa jugar al ajedrez. Por las noches, cuando los hornos esconden sus lenguas de fuego y los cristales acuestan sus panzas infladas de orgullo irisado, los de Donaubrucke caen sobre los casinos y bares, posan los codos sobre las mesas con tableros, sorben la cerveza negra en medio de ecuaciones de ajedrez.

La vida de la ciudad se apaga con los hornos. Pero es sólo entonces cuando bulle el verdadero espíritu colectivo, esta marmita intelectual que calienta los sesos y comba los hombres robustos y hace jadear los pechos con altas temperaturas de fundición. Los adversarios no se miran a las caras; hierven por dentro, calderas prestas a estallar. Por la noche, sobre los manteles de hule que la sobremesa deja llenos de migas de pan hechas bolitas, estos extraños antagonistas persiguen sus sueños en juegos de solitario, a la caza de las jugadas pendientes, del remate que agotará al adversario, las dos cruces del jaque-mate de toda una inteligencia vencida.

En ninguna otra ciudad descubriréis tantos odios fermentados. Se encuentran en las calles de arcos quienes un día estuvieron frente a frente, nuevos gladiadores con ansias de deshacerse. Se cruzan con indiferencia, extraños y extranjeros.

Un día llegó de una capital cercana un gran maestro. El pueblo estuvo ese día de fiesta; las bicicletas rodaron más a menudo sobre las calles pulidas; la banda de música sacó de su letargo instrumentos que soplaban labios diestros en soplar globos de cristal.

El maestro venía a Donaubrucke de paso. Pero jugaría algunas partidas en atención al fervor demostrado por sus habitantes.

El día de la exhibición los globos cristalinos se inflaron nerviosamente, los ejes no giraron con el mismo firme y seguro pulso. La ciudad alborotó sus miembros aletargados y pronto las sombras expulsaron los últimos rayos de un sol de cobre. Luces como guiños salieron de los párpados semiabiertos de los ventanales; la Taberna Principal se pobló de ruidos. Hasta que el maestro—genio admirado, casi mitológico—escapó de su gabán de piel con un gesto blando y mullido de gran señor que regala una sonrisa convencional.

Frente a frente los adversarios, el silencio se espesó en torno. Se contenía la respiración.

El maestro estaba tranquilo. Movía las piezas cogiéndolas con un gesto elegante y cariñoso. El del lunar, en cambio, tenía el rostro bañado en sudor. Brillaban sus sienes rubias, y en sus bigotes teutones bailaba una gota de cerveza. Sufría el dolor de una derrota pública, mucho más derrota aún. Un sopor cálido inundó los espíritus.

Fué entonces cuando Svendrow, el de los ojos glaucos, asomó su nariz de águila joven por entre los hombros de los espectadores, para exclamar en un trémolo:

—Dama ocho caballo.

El maestro tuvo un sobresalto y posó sus ojos sobre los ojos del niño. Le maravilló la púrpura de ingenuidad que tiñó sus mejillas. Svendrow hubiera querido desaparecer, no haber dicho una palabra. Cuando acabó la partida, el maestro quiso que Svendrow jugara con él unos minutos. Ensayó éste un gambito que dejó asombrado al visitante, con un asombro de quien encuentra una veta de oro en un lugar inesperado.

Sobre el embarcadero ribereño, entre el rumor de las despedidas, el mastro dijo:

—Este niño nos enseñará a todos. Es un genio auténtico.

Svendrow empañó el verde de sus pupilas con unas lágrimas adolescentes de gratitud. En realidad, nada que no fuera el ajedrez parecía interesarle. Las matemáticas de la escuela no dejaron huella en su corazón. Y sí los gambitos, las aperturas extrañas y complicadas, exactas como ecuaciones, tan llenas de escondrijos inesperados.

Su padre, un extranjero, aunque también danubiano, le había enseñado el ajedrez en noches preñadas de tedio, como para matar el tiempo. Porque el padre no amaba el ajedrez. Era de otra patria, y su orgullo mayor era hablar al hijo de las glorias pasadas, de gestas épicas con ruidos de clarines. Svendrow, sin embargo, interpolaba en el re-

lato de estas gestas la estrategia del ajedrez, veía los campos de Marte como inmensos tableros blanquinegros.

Una noche, el padre dijo al hijo:

—Es necesario pensar en buscarte un oficio. Eres joven y aprovecharás tu tiempo. Te harás artesano. Tus antepasados ejercieron oficios, y en ellos lograron honra y provecho. Mañana irás a casa de Herr Schneider; él, que todo lo puede en el pueblo, hará tu porvenir en un santiamén.

Con el beso paterno en la frente—adiós a la adolescencia—, Svendrow visitó a Herr Schneider. Herr Schneider jugaba al ajedrez. Svendrow asintió a la invitación con un brillo raro en los ojos. Placer de deseo satisfecho.

Los ojillos repelentes de Herr Schneider dieron vueltas y más vueltas—hasta soltaron unas lágrimas de ira—cuando Svendrow, lleno de candor, anunció mate en tres jugadas.

Y Svendrow volvió a casa triste y abatido.

—Dice Herr Schneider que no puede hacer nada por mí. Que otra vez será.

El padre masculló unas palabras de odio, que el adolescente no comprendió bien.

Una y otra vez, las tentativas por encontrar un oficio resultaron infructuosas. Invariablemente, el niño de los ojos glaucos volvía a casa con la mirada perdida en el vacío.

—Tampoco hoy he conseguido nada.

De nuevo llevó Svendrow a otra puerta de roble su llamada ingenua. La pasión local le puso frente a uno de sus posibles benefactores, gran ajedrecista, al decir de varios: dueño y señor de tierras sin confines. Y de los ojos de éste brotaron también lágrimas de rencor y rabia; ojos furiosos rojos de ira.

Como un rayo de luz, el conocimiento se abrió paso en el cerebro de Svendrow. Mordiéndose los labios, tragándose las lágrimas amargas, el niño no debió ver bien a través de su ojos anegados. Vaciló sobre el tablero, como un luchador derrotado, cuando el adversario estaba en sus manos. Unas jugadas más y... Las palabras del maestro: “Este niño nos enseñará a jugar a todos”; las del padre: “Escogerás un oficio”, bailaron ante sus ojos como dos potentes contradicciones. Invasión interiormente por su último llanto de niño, Svendrow movió al azar, como un autómatas. Y sobre el gesto de triunfo de su enemigo brilló para él un sol de monedas de oro.

Si pasáis por Donaubrucke alguna vez, veréis en Wilhemsstrasse el establecimiento de un rico comerciante. Su dueño no es ni muy rico ni muy pobre, la tienda no es ni la más elegante ni la más vulgar. Pero una característica extraordinaria ha hecho de su propietario un ser exótico en el lugar: es el único habitante de la ciudad que no juega al ajedrez.

Y sus ojos glaucos y sonrientes nunca os dirán por qué
11 enero 1935.

Se abre el año de Lope de Vega con gran fiesta sobre los tablados madrileños. El inmortal poeta irrumpe con la solemne majestad de su castellano resonante de grandezas, y le abren paso los poetas y los escritores de nuestro tiempo, formando sobre la figura eclesiástica del maestro un arco de plumas y de reverencias.

Eduardo Marquina ha hecho una adaptación anecdótica, incluyendo al propio Lope como personaje central de "La Dorotea", lo bastante discreta, como para que el público, con un gusto adocenado por el mediocre teatro contemporáneo, se entere de la existencia del coloso.

Con mejor criterio, es decir, con criterio absolutamente laudable, el Club Teatral "Anfístora", merced al esfuerzo denodado de Pura Urcelay y a la entusiasta dirección de Federico García Lorca, ha puesto en escena la versión original íntegra de "Peribáñez y el Comendador de Ocaña".

Damos a continuación unos versos de Lope en "La Dorotea" y la "Canción primera a Filis", donde se muestra la grandeza de Lope como poeta lírico en dimensiones jamás alcanzadas por poeta alguno de lengua castellana.

CORO DE CELOS

DÍCOLOS DÍSTROFOS

¡Oh celos, rey tirano!
¡Oh bastardos de amor! ¡Oh amor villano!
¡Oh guerra del sentido!
¡Oh engaño a la verdad, puerta al olvido!
¡Oh poderosa ira,
Que en sombra amor por accidentes mira,
Con miedo del agravio,
Furia del necio y necesidad del sabio,
Que con tu propio daño
Presumes engendrar el desengaño!
¡Cuerpo que el aire finge,
Enigma que propone fiera esfinge,
Substancia y diferencia,
Que resultas del acto y la potencia,
De amor que desconfía,
Fuego abrasado y calentura fría!
Por ti la bella Elena,
Suspensa puso fin a tanta pena.



Antiope por Dirce,
Y en las ondas del mar Scila por Circe
Por Céfalos gallardo,
La esposa que mató sangriento dardo,
Por quien la blanca aurora
Tierno maná sobre las flores llora.
Tu imagen formidable
Sin causa en mil tragedias fué culpable.
No pases de recelos;
Que si llegas a ofensa, no eres celos.

(Acto III. Escena IX de "La Dorotea".)

ORO VIEJO

Versos de Lope de Vega

SONETO
DE JULIO



No es fineza de amor entristecerse,
Antes deben las penas desearse,
Porque quien es discreto en emplearse,
Tendrá por gloria el gusto de perderse.

Amor en posesión no ha de entenderse,
Que es honra del sujeto recelarse,
Y puede en esperanza aventurarse
Lo que con el silencio merecerse.

Triste estará de su celoso estado
Quien con amor indigno se entretiene,
Pues no hay seguridad donde hay cuidado.

Del mal empleo la tristeza viene;
Que cuando es el amor bien empleado,
No puede entristecer al que le tiene...

(Acto III. Escena IV de "La Dorotea".)

CORO DE AMOR

SÁFICOS ADÓNICOS

Amor poderoso en cielo y en tierra,
Dulcísima guerra de nuestros sentidos,
¡Oh cuántos perdidos con vida inquieta
Tu imperio sujeta!

Con vanos deleites y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años.

Tirano violento de tiernas edades,
El bien persuades y al mal precipitas,
El fin solicitas del mismo a quien quieres:
Tan bárbaro eres.

Dulce Filis, si me esperas,
de favor has de ir mudando,
que es mucho para burlando
y poco para de veras.

Si fías en mis amores,
pon en sus llamas sosiego,
y si burlas de mi fuego,
no le atices con favores.

No es bien que encenderme quieras
con favor de cuando en cuando,
que es mucho para burlando
y poco para de veras.

A las del infierno ardiendo
es mi pena semejante,
que con el manjar delante
estoy de hambre muriendo.

Con tu esperar desesperas,
pues el favor que vas dando
es mucho para burlando
y poco para de veras.

Si mandas ¿por qué no das?
Si lo has de dar, dalo junto,
y si junto, dalo a punto,
y si no, no mandes más.

No es bien que engañarme quieras
con favor de cuando en cuando,
que es mucho para burlando
y poco para de veras.



Huid sus engaños, haced resistencia
A tanta violencia, oh locos amantes;
Que son semejantes al áspid en flores
Sus vanos favores.

Templa las flechas en agua de olvido,
Amor bien nacido de iguales extremos,
Por que cantemos tus loores divinos
En sáficos himnos.

(Acto I. Escena VIII de "La Dorotea".)

MOTIVOS DE LA CIUDAD

POR MAESE BUSCON



Miss Kattle en esta su casa

A activa corresponsal (¿corresponsal, o corresponsala, señor académico Fernández Flórez?) del *Presbyterian Bulletin*, apenas regresó de Toledo—donde descubrió que el mazapán es de origen escocés—, vino a verme a la Redacción. Pocas entrevistas más emocionantes en mi vida. El personaje en busca del autor. ¿Miss Kattle sube las escaleras, come mazapán y empuña el impertinente? Luego existe.

Con un desparpajo ya completamente latino, sentóse frente a mí, sacó de los bolsillos de la embreada hopalandá su metálico paquete de "Gold Flake Cigarettes", y a la primera chupada, el denso olor insecticida del tabaco de Virginia expandióse por el ambiente. A continuación, y después de palmearme el hombro, llamándome *my dear and humoristic friend*, echó un poco de aliento en las antiparras, frotólas con el hombruno moquero y se puso a hilvanar algunas consideraciones sobre España. Empezó por lo que tenía más a mano, que era el cigarrillo. Al verme liar mi setentero indecente, comenzó su divagación con amplias interpolaciones estadísticas, como conviene a los periodistas sajones:

—España no podrá modernizarse mientras no pierda muchos de sus viejos pequeños hábitos. Por ejemplo: éste de liar los cigarrillos. Tal costumbre sólo tiene actualmente vigencia en algunas factorías inglesas de Birmania, entre los indios paraguayos y en ciertas colonias penales de la Martinica. Sobre este asunto yo envié al *Presbyterian Bulletin* unas cuantas correspondencias, analizando sus aspectos éticos, estéticos y económicos. En el orden moral, el cigarrillo pierde toda su eficacia como calmante del brusco genio y abortivo de las malas palabras en cuanto se le somete a la escena intermedia, lenta y sucia, del liado. En lo estético, yo sugería en dichas crónicas la posibilidad de que muchas de las escenas dramáticas de los films americanos perdieran su sobria y masculina elegancia en cuanto el galán, en vez de sacar, con gesto limpio y breve, el cigarro de su pitillera, de la que ya sale casi encendido, tuviese que estar manoseando el tabaco, trasegándolo de la primitiva envoltura a la mano para sacarle el pulverizado estiércol y los cuantiosos pedazos de madera, y luego buscar por todas las faltriqueras—dieciséis, en total, contando las del abrigo—, el esquivo librillo, para atraparlo, al fin, bien acurrucado, en la última, y terminar sacudiéndose las partículas caídas en el pantalón o sobre el regazo de la amada, con unos breves escobazos metacarpianos...

PERO con ser todo esto muy importante, lo es mucho más si la cuestión se considera desde el punto de vista económico. A este respecto, yo me he permitido enviar a la Dirección del *Presbyterian Bulletin* los siguientes cálculos, que los encuentro ingeniosos, además de perfectamente verosímiles. Son muy sencillos y de fácil comprobación. Suponiendo que en España fumen cinco millones de personas, a una razón promedial de 10 cigarrillos diarios, tendríamos

50 millones de cigarrillos. Calculando que se tarde en liar cada uno medio minuto, obtendremos de inmediato la fantástica suma de 25 millones de minutos, lo que supone, reducidos a jornadas de ocho horas, nada menos que 52.000 y pico de jornadas. Calculadas éstas a razón de unas siete pesetas, nos dan cerca de 365.000 pesetas diarias, lo que hace al año unos 200 millones de pesetas, gastadas en beneficio de nadie, ni siquiera de la Tabacalera. Y si a esto agregamos...

—¡Por favor, miss Kattle!...

—Bien, pues, sin agregar más. ¿Cree usted que hay algún pueblo de cuantos forman el complejo de nuestro mundo económico que pueda permitirse el lujo de gastar 200 millones de pesetas anuales en frotar los pulgares contra los índices, realizando una tarea que, además de antiestética, inmoral y antieconómica, no aprovecha a nadie ni causa el placer de nadie? Pues todavía contiene mi estadística otras cifras igualmente reveladoras, halladas calculando la cantidad de dinero que se gasta reponiendo las prendas de ropa de vestir, sábanas, mantas, alfombras, pisos, muebles, etc., que se estropean bajo la traicionera lluvia de fuego de la tristemente célebre "picadura al cuadrado" de los pitillos tabacaleros. Y en el aspecto estético, no le hablé a usted tampoco de la forma repugnantísima que adota este género de colilla en cuanto se la moja un poco y del aspecto jubilado y abatido que adquiere el más brillante de los jóvenes hidalgos españoles en cuanto adereza la punta de sus gráciles dedos con semejante porquería amarillenta...

TODAVÍA dijo más cosas miss Kattle en su charla, que duró hasta el atardecer, mientras envolvía su hirsuta cabeza parlante en los humosos nimbos insecticidas de los "Gold Flake", envueltos en rútilo estuche de lata. (¡Caray con el párrafo!)

Yo sentía en toda su viveza ese matiz de mi complejo de inferioridad español, consistente en fumar cigarrillos vigentes en las factorías y presidios forestales y tropicales, mientras contemplaba en toda su grandeza, primor y perfección al Imperio Británico, minúscula y eficazmente simbolizado en los cigarrillos de miss Kattle, finos, perfectos, cortados al rape, bien estuchados y un poco insecticidas. Naturalmente, cuando mi ilustre colega se fué, yo quedé pensando en qué podríamos emplear los españoles los 25 millones de minutos de marras que no fuese en liar los setenteros indecentes con que la Tabacalera empapa nuestros ocios y raspa nuestros exangües bolsillos.



Toponimia madrileña

DESDE siempre fueron en España los nombres de los cafés elementos de extranjerización. Entre los clásicos de diván de peluche, existían—y existen—ciertas remotas "Maison Dorée" y algunos vagos "Lion d'Or", que la costumbre nos hizo tolerables, familiares y un cuasi castizos. Las denominaciones de los café nuevos constituyen ya un campeonato poliglota totalmente insufrible, y no va a ser posible ir a ellos si no es proveyéndose antes de varios diccionarios con pronunciación figurada.

RÓTULOS escritos en lenguas muertas, en lenguas vivas y en lenguas agonizantes. Los hay en latín, en inglés, en vascuence y en kalmuco. Todo se vuelven "Yvoris", "Chiquis", "Kutz", "Aquariums" y "Sursum Cordas". Las lenguas orientales están representadas por el "Fuyma" y el "Pekín", y las africanas, por el "Moka" y el "Alá-



kano" (este último nombre debe ser resto de algún remoto dialecto arábigo). En cuanto a nombres de los bares, el descalabro lingüístico es ya sencillamente babeliforme. (Bueno, está visto que hoy estoy un rato bien de prosa.) Tenemos, escritos en lenguas rúnicas, el "Chumbica" y el "Gavilondo", que nadie de este mundo sabrá jamás lo que quiere eso decir. Hay otro que representa los lenguajes interplanetarios, y se llama "El Sol", como hay otros dos más que traslucen ciertas aficiones sudamericanas con sus nombres de "Magallanes" y "La Patagonia", y de igual forma que traducen inequívocas veleidades yanquis los que llevan en sus dinteles las palabras "Miami" y "Hollywood". Los angliarantes cuentan con varios "Royal", "Royalty", "Novelty" y "Sporting"; los futuristas, con un "El Siglo XXII", y los choferes, con otro que responde a "La Velocidad".

EN cambio, las tabernas!... ¡Dulces refugios del idioma! ¡Fueres baluartes del casticismo! ¡Amorosos regazos del purismo! El ánimo, cansado de ambular por los escollos poliglotos, la lengua destrozada de doblarse en forma de sacacorchos para extraer de los duros cartílagos ibéricos la difícil aspiración de las "h" inglesas y de la "j" francesa, tormentos de nuestro sistema glossofaríngeo; los labios, distendidos en forma de embudo a fuerza de querer sacar de las fauces los "um" latinos y las dobles "o" anglosajonas, como para decir Hollywood—que no hay en Madrid quien lo diga, si exceptuamos a Guillermo de Torre—; el corazón, dolido por esta invasión de la extranjería, todo ello descansa cuando se llega al suave valle de los nombres tabernarios, arcadias del idioma, celosas academias del bien decir. Excluyamos, antes de dar algunas muestras, ciertos establecimientos confusionistas, como "La Bola Negra", que se anuncia para, mayor claridad, con dos faltas de ortografía, escribiendo en su rótulo "Taverne", y vengamos a los honrados nombres de las tascas madrileñas. Ahí están: "El Sanatorio", "El Braserio", "El Anciano", "El Clavel", "El Generalife", "El Majuelo", "El Nido", "El Progreso Vinícola" y "El Pico del Pañuelo", entre los masculinos; y de las femeninas, tenemos "La Venecia", "La Alegría del Manzanares", "La Cruzada", "La Estrecha", "La Flora", "La Serrana", "La Gaditana", "La Taurina", "La Valentina" y "La Oficina", ¡que ya está bien!

Hasta las grandes bodegas industriales se han contagiado de este casticismo que da la proximidad del morapio, y a pesar de sus S. A., de sus graves Consejos de Administración y de sus intrínquilis y contabilidades, siguen llamándose noblemente "La Mentrídana", "La Mezquita", "La del Maño", "La Rioja en Madrid" y "La de Valdemojado", y ¡olé! Hasta hay una pedantescamente rotulada con el nombre de su propietario, pero que, por un azar feliz, los patronímicos del bodeguero exhibicionista parecen un anuncio de su vino. Se llama "Bodega Blanco Bueno". ¡Que aproveche!

Mírese en ese espejo la cursilería de los cafés madrileños, con sus "Kutz", sus "Dorin", sus "Aquarium" y sus "Dominus Vobiscum"...



Fotografías obtenidas por la expedición Baró-Hernández Pacheco en el Pinsapar de Ronda, en el mes de diciembre pasado. Ceditas a CIUDAD por el "Sindicato de Iniciativas de Málaga"

Se ha salvado el Pinsapar de Ronda

Un deportista, en el puro y caballeresco sentido que a la palabra han dado sus inventores los ingleses, es algo más que un hombre que se dedica a un ejercicio atlético para provecho de sus músculos o de su bolsillo. Nada más antitético de un deportista, por ejemplo, que un boxeador.

El deportista, el *sportman*, es un hombre con sus sentidos físicos abiertos al aire libre y a la belleza del mundo, con un sentido optimista de la vida y un noble sentido utilitario, en beneficio de la humanidad y de su patria, de aquello que la naturaleza nos puede prestar para el mejoramiento del espíritu. Es posible que esta definición sea un poco conceptuosa. Procederemos por el ejemplo, como los rústicos, para mayor claridad. Un deportista es D. José María Escobar.

Don José María Escobar, cazador, montañero, enamorado de las sierras andaluzas, que no tienen secreto para su planta, visitó muchas veces, en sus andanzas de cazador o de paseante, el pinsapar de Ronda. El pinsapar es un bosque de pinsapos, especie conífera de enorme corpulencia y de enorme resistencia a las diferencias de temperatura, y que constituye una curiosidad botánica extraordinaria en Europa. Se da únicamente en la serranía de Ronda, y de una manera muy principal, en la sierra de las Nieves, magnífico mirador, desde donde se contemplan el Atlántico, el Mediterráneo, la costa de Africa y el Estrecho de Gibraltar.

Los pinsapos forman selvas de tal belleza, que acaso solamente se le iguallen en majestad y nobleza los bosques famosos de cedros del Líbano, que sirvieron para labrar el Arca de la Alianza. Pero los árboles padecían el ataque de los "piconeros", que los desmochan con la codicia rural de aprovechar sus ramas para la lumbre y el carboneo. Las cabras en estado cimarrón desmochan los plantones, y poco a poco, el pinsapar iba desapareciendo, con el peligro de una muerte total. La pérdida hubiera sido deplorable y hubiera constituido una vergüenza para España. Entonces, José María Escobar, auténtico caballero deportista, da la voz de alarma y se dirige, en 1932, al Sindicato de Iniciativas de Málaga, haciéndole ver la obligación en que se encuentra de acudir en socorro del pin-



sapar. El Sindicato de Iniciativas se dirige al Patronato Nacional del Turismo, y éste, bajo la inteligente dirección del Sr. Moreno Calvo y de D. Alfredo Bauer, organiza la defensa del pinsapar de Ronda.

Es entonces cuando interviene la Comisión de Parques Nacionales, y se organiza la expedición científica al pinsapar de Ronda, bajo la dirección personal de D. Fernando Baró, director general de Montes, y con el asesoramiento científico de persona de tanto prestigio en todo el mundo como D. Eduardo Hernández Pacheco, profesor de Geología y catedrático de la Universidad de Madrid. La actividad prodigiosa y la dureza física admirable del Sr. Hernández Pacheco le permiten organizar, dirigir y tomar parte en las expediciones científicas más penosas, y unos me-

ses después de regresar de Ifni acomete la tarea de subir al pinsapar de la sierra de las Nieves. Además del Sr. Baró, que quiso tomar parte personal y activa en la excursión, le acompañaron el asesor letrado del Patronato Nacional del Turismo, D. Ricardo de Jaspe; D. Cándido Bolívar, hijo del famoso profesor D. Ignacio, director del Museo de Ciencias Naturales, y D. Félix Gállego.

La Comisión llegó hasta el alto de la Torrecilla, a 2.000 metros de altura, punto culminante de la sierra de las Nieves, y desde donde se contempla el admirable panorama de los dos mares unidos por el Estrecho de Gibraltar.

Consecuencia de esta expedición ha sido declarar Sitio Natural de Interés Nacional el pinsapar de Ronda y someterle a un régimen de vigilancia y repoblación que permita asegurar la supervivencia del bosque más original de Europa.

Necesitaba esta determinación el hombre que se ocupara de que no quedase en el papel. Lo ha encontrado en D. Pablo Homs, uno de los españoles más extraordinarios de nuestra época, y que, después de haber vivido treinta y cinco años fuera de España, ejerciendo cargos de alta responsabilidad en los países más extraños del mundo, se ha acogido al regazo tibio de Málaga, donde ejerce el cargo de Delegado del Patronato Nacional del Turismo.

Esa ha sido la obra de un deportista como José María Escobar: poner en conmoción a los organismos y a los hombres responsables para que su patria no pierda una belleza natural como la que supone el pinsapar de Ronda.

Como José María Escobar hay otros caballeros deportistas en España. Algún día hablaremos de Careaga, el hombre que ha hecho venir de los Estados Unidos a los primeros blandistas del mundo para correr regatas en España. Y de Enrique Camino, el cazador de osos y pescador de salmones, entroncado en los clubs más aristocráticos de Londres, donde ha dado a conocer las bellezas del Pirineo Cantábrico. Y del marqués de Pidal, el escalador del Naranco de Bulnes. Y de otros muchos...





Ejemplos perniciosos del cinematógrafo

La cadena de la costumbre es generalmente pequeña para sentirla hasta que llega a ser demasiado fuerte para romperla.—HARVEY.

El tema de esta crónica me lo sugiere la lectura de un suceso que veo en la Prensa. Una organizada y terrorífica banda de ladronzuelos—el mayor, de catorce años—, con arte y depurada maestría, digna de mejores empresas, imita las aventuras que antes viera reflejadas en la pantalla cinemática, y a manera del clásico Monipodio, realiza robos, para, con su producto, poder ir al cinematógrafo, cantera inagotable de su aprendizaje.

La noticia del hecho, aunque dolorosa para los que estamos en el deber de pensar en la infancia y preocuparnos de la salud y la educación de los chiquillos, no me ha sorprendido, ciertamente. No podía sorprenderme. El caso, visto simplemente desde el punto de vista objetivo de su realización, es lógica consecuencia de un conjunto de factores nocivos, resultante de un ambiente pedagógico confuso y equivocado. ¡Cosecha que tiene por fuerza que recogerse al sembrar con semillas perniciosas!

No conozco cinematógrafo alguno en que se prohíba la entrada a los niños cuando la película a proyectar sea apta exclusivamente para los mayores. Y al decir lo que escribo, tengo en cuenta la citada prohibición concretada a esas cintas pseudocientíficas, de temas patológico-sexuales quirúrgicos. ¡Porque no son éstas las únicas nocivas para los chicos! Hay algo más, ¡mucho más!, que reclama la enérgica intervención prohibitiva y la necesidad urgente de una cruzada de profilaxis para el cuerpo y el alma de los niños, en los que el instinto de imitación se halla tan desarrollado y apto para captar cuanto a través de las celdillas de la visión se plasma en su cerebro.

Es decir, que a un pequeño, que se le prohíbe comer a la misma hora que los mayores, porque *mete los dedos en la sopa*, y se le deja al cuidado y vigilancia de una doméstica, porque a la madre le es mucho más cómodo delegar en otra persona esta obligación, que a ella sólo le

incumbe, puede, sin embargo, ir a *instruirse* al cinematógrafo, donde bien a las *claras*, ¡paradojas del séptimo arte!, pasarán ante sus ojos, en detallado desfile *decorativo*, los besos kilométricos, los robos planteados y llevados a realización con todo detalle, los truculentos cuadros de crímenes, secuestros y martirios, que tan *dignamente* encuadrarían en el negro marco de la sección de sucesos...

¿Que existe una banda de raterillos, el mayor de catorce años? ¿Cómo puede sorprendernos! No será la primera, ni, lo que es peor, tampoco la última!

A mi recuerdo viene ahora el caso aquel de que en plena calle, a la luz del día, dos niñas atracasen a otra, tapándole la cara con un pañuelo impregnado en carbón. La *víctima*, después de sufrir el consiguiente *chafarrinón*, fué despojada de un bolsillo que contenía ¡tres pesetas!

Llevadas las pequeñas al Tribunal Tutelar, allí declararon con toda tranquilidad las atracadoras que lo hecho por ellas lo habían visto en el cinematógrafo, y la gente se reía mucho...

Nosotros hemos tenido un vecinito—un Barrabás de diez años—que jamás quiso entrar en su casa por la puerta. Trepaba por las ventanas del patio, y así llegaba hasta las de su domicilio, término de la difícil y peligrosa ascensión. Hubo necesidad de extremar la vigilancia, porque era imposible hacerle desistir del acrobático y arriesgado procedimiento, porque el chico, con razón que le sobraba, justificaba su acción al afirmar que lo mismo hacían los ladrones en el cinematógrafo, y la gente hasta pagaba por verlo.

Si los niños deben acostarse a horas distintas que las personas mayores, comer alimentos diferentes, leer libros especiales a su comprensión, pasear bajo el poder luminoso del sol, hacer, en fin, una vida ajustada a las proporciones de su organismo y a la sensibilidad de sus delicadas reacciones, no llevo a comprender cómo pueden asistir a un espectáculo en que, sin una necesaria selección de sus cuadros, es presenciado en pleno regocijo por sus propios padres, que se *recrean* al observar cómo se *divierten* sus hijos en aquel ambiente por completo inadecuado.

Y es fácil deducir que, si la película es del agrado de nuestra modernísima juventud, no podrá ser apta ni beneficiosa para los niños!

Junta de Protección a la Infancia; médicos, pediatras, escritores, maestros; todos los que estén obligados a defender la salud de las criaturas; todos los que vean con amor de humanidad la vida de los niños: para ellos van dedicadas estas líneas, que tienen más de propósito de alarma que de creencia realizadora!

No hagamos del cinematógrafo escuela de truhanería y espejo de inmoralidades. Hágase, sí, por el contrario, cine infantil, con películas exclusivamente para niños. Lévese

a cabo, de modo consciente y reflexivo, esta importante cruzada de higiene social, que, en definitiva, es fomentar, sanear y vigorizar la raza.

Vayan los hombres donde se entusiasmen los niños; pero jamás los pequeños donde se diviertan los mayores. Porque en los chiquillos, mejor que en ninguna otra cosa, obra la voluntad de quienes los gobiernan, en cuanto ellos ven—y lo ven pronto—que aquella voluntad es inquebrantable.

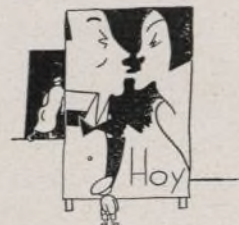
Un niño en el cinematógrafo, cuando la cinta que se proyecta es de las que tanto gustan a los *habituales* a estos espectáculos, no hará más que perjudicarse de modo especial en lo que al aspecto ético y psicológico se refiere, y no encontrará en el desarrollo de esas películas inadecuadas para sus sensibles reacciones cerebrales, más que material pernicioso e incomprensible en su verdadero alcance; no recogerá de su retención visual más que aquello que, precisamente por ser lo más aparatoso o *truculento*, más fácilmente se graba en la fragilidad de sus impresiones. Cuando más atención preste al desenvolvimiento de la proyección, mucho más perjudicial resultará para el equilibrio orgánico que constituye la salud.

Mientras un niño lo sea—y quisiera que comprendiese el verdadero alcance de esta aparente redundancia—, es necesario cuidar extremadamente el desarrollo de su inteligencia, tan sutil a las receptividades de materia y espíritu, para que después, formada orgánicamente aquella, reclame para su entonces lógico desenvolvimiento la auténtica enseñanza que complementa el desarrollo de su naturaleza, preparada por la higiene, el método y una racional educación, para recibir la fase nueva que reclama la perfección de su crianza.

Forzar esto, violentar sus instintos, dejarles a merced de un desgaste de energías necesarias, es cometer a sabiendas un verdadero delito, sin atenuantes de ninguna clase.

¡Aniñemos en lo posible nuestro espíritu! Descendamos a esa inmaculada paz de la edad infantil; lleguemos a ese mundo especialísimo de los chiquillos, en que todo se mueve por una mecánica de juguetería. Quedémonos allí, donde existe una música, un romancero y una filosofía característicos; allí, donde la existencia se desenvuelve en espontaneidad de ideas y pensamientos; y si la vida de los mayores, merced a la inteligencia de los que la han de poner en práctica, encuentra en ese mundo aparte de la infancia la razón de su porqué, los niños de hoy podrán llegar a ser ¡hombres! mañana.

Cosa cada día más erizada de dificultades.



Bergson dice, más o menos, que para hacer reír es necesario comparar cosas que no tengan entre sí ninguna relación. Es lo que hace que el viajero esté alegre. Partir es irse a establecer comparaciones.

A los doce años tuve mi primera bicicleta; después, nadie me ha vuelto a ver jamás.

No toméis jamás pasajes de ida y vuelta.

Viajar es huir de su demonio familiar, distanciar la propia sombra, “sembrar” su doble. Sucede que se le toman algunas horas, algunos días de delantera. Entonces cesan las contrariedades; los males crónicos que todos los nerviosos arrastran tras ellos desaparecen. ¡Qué alegría! Pero ya le alcanza el enemigo, está sobre usted: todo ha terminado.

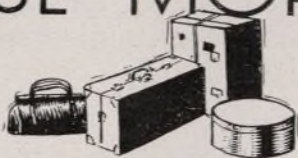
La poesía de los puertos ha sido inventada por los sedentarios. Los puertos son lugares inmundos hechos

para llenarse y vaciarse. Lo que hay de bueno en los puertos son los buques, los cuales, justamente, no forman parte de ellos.

La cabeza, en el Polo; los pies, sobre el Ecuador; haga lo que haga, es siempre el viaje alrededor de mi habitación.

VIAJAR

POR
PAUL MORAND



Poseo el vehículo más rápido de Francia; es inútil, peligroso y me arruina; pero es más fuerte que yo.

Irse es ganar la partida contra la costumbre.

Hacer el elogio de su rincón de tierra: punto de vista de su cadáver.

Haber visto muchos países es llegar joven a la madurez, uno de los secretos de la felicidad.

En todo instante, el azar os empuja a pasear. ¿Lo aprovecháis?

El invierno, en Egipto; junio, en París; esnobismo de las golondrinas.

Irse, única manera de llegar.

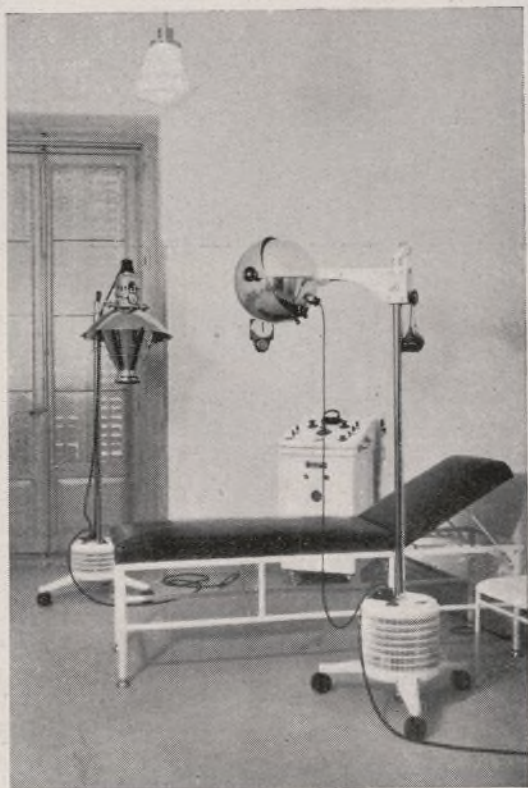
Viajar es la manera más agradable, la menos practicada y la más costosa de instruirse; es por eso que los ingleses han hecho de ella una especialidad.

La velocidad es verdaderamente el único vicio moderno.



"HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



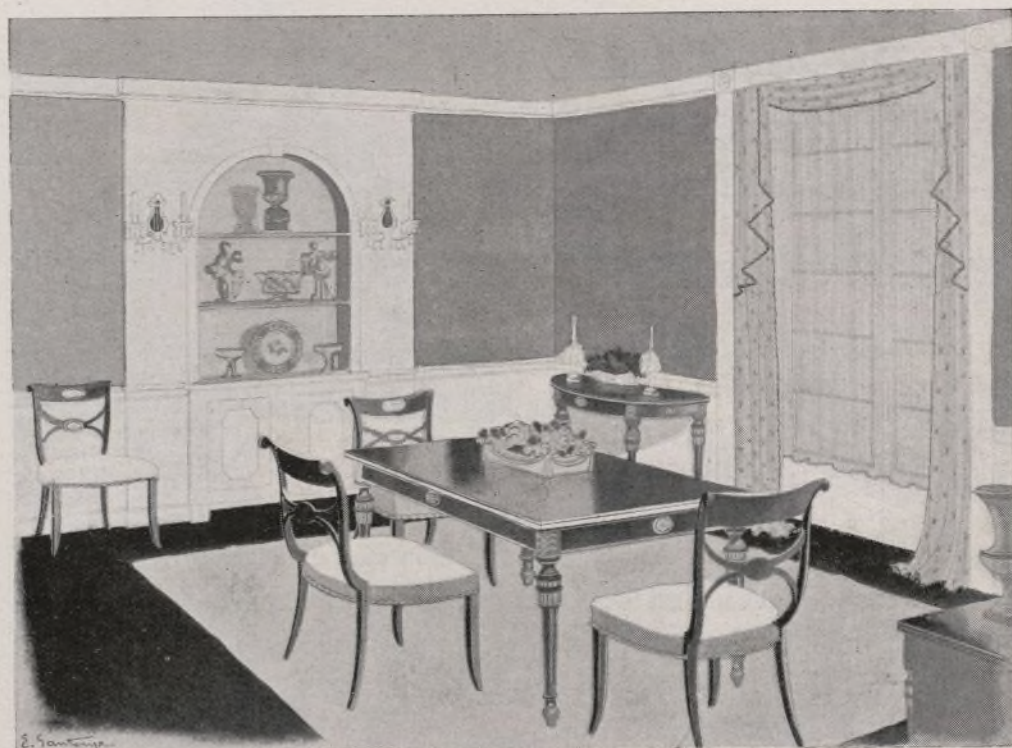
Vista de la Sala de Electricidad Médica, del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELÉFONOS. { Oficina 27916-17
Dirección 27914
Clínica 27915

El Hogar Moderno

DIBUJO DE SANTONJA
TEXTO DE JEAN LAROCHE
EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"



He aquí un comedor estilo Imperio, a través de influencias nórdicas, que recuerdan el Widemaier vienés, que tanto influjo ha ejercido en Alemania, Austria y los Países Escandinavos en la pasada centuria. La estilización que Santonja nos da en su diseño es de tendencia evidentemente moderna, y está destinado a aquellas personas cuyo gusto no se decide abiertamente por las líneas del mueble contemporáneo, pero que desean simplificar el arreglo de sus interiores.

Este comedor es en caoba roja de Antillas, muy lustrada, con aplicaciones en bronce-oro. Estas pueden ser fundidas y repasadas a cincel, con algunas aristas brillantes, debiendo ser el fondo de la pieza metálica, mate y un poco patinada al antiguo. También en las aristas de la tapa de la mesa y en los cantos del armazón de la silla deben ir pequeños filetes dorados. El forrado de las sillas, en terciopelo o damasco, con dibujos de la época.

La decoración, muy simple puede consistir en los entrepaños de la pared recubiertos de seda roja con palmetas doradas, del repertorio decorativo egipcio, como en todo el estilo napoleónico. También puede ser el color de fondo de la decoración y tapizados, en color azul pálido o verde trianón, según se prefiera.

En cuanto a las cortinas, pueden ser de tul, con estrellas bordadas en dorado, como indica el dibujo.

TOROS

EL PLEITO DE LOS GANADEROS MARCIAL, DISIDENTE Por "DON QUIJOTE"

El antipático pleito de los ganaderos ya pica en historia. Lejos de vislumbrarse la solución, cada vez se complica y se avinagra más.

Y aunque no hay mal que cien años dure, y a éste también ha de llegarle su término, todo hace sospechar que nos metamos de hoz y coze en la temporada sin que se haya resuelto.

Ultimamente ha tenido que separarse de la Unión de Criadores de Toros de Lidia, Marcial Lalanda. Es la nota sensacional del momento. Ha procedido bien. Como siempre, Marcial es hombre discreto, inteligente y caballero. Y en la Unión—entidad compuesta por tantos caballeros—un vendaval de absurdidad se ha desatado y tuerce hasta lo que debiera no torcerse nunca bajo la presión de la fuerza aprisionada: la rectitud.

Uno se hace cruces viendo la buena Prensa que tienen los ganaderos de la Unión. Quien no esté ofuscado y aprecie serenamente y desde fuera el pleito, no puede estar con la Unión, sino frente a su actitud.

Porque el hecho, poniendo la cuestión al desnudo y llevadas las cosas a su esencia, es, sencillamente, éste: que los ganaderos de la Unión no quieren que se lidien otros toros que los suyos. Y todo monopolio suele ser injusto, perjudicial y antipático. Pero, sobre todo en este caso, cuando no se monopoliza la buena casta de los toros, hoy repartida entre ganaderías unionistas y... de las otras.

El argumento que esgrimía Ortega es falaz, sofístico. Tan buena sangre hay en uno como en otro bando. Y si continúan los desaciertos y las arbitrariedades de la Unión, acabarán por estar fuera mayor número de ganaderías punteras que dentro. La obcecación se contagia; pero también la razón, y, al fin y al cabo, es lo justo lo que suele triunfar.

Contra lo que muchos se figuran, a la larga, yo creo que la Unión tiene el pleito perdido. La salida de Marcial es otro síntoma. Y de bulto.

Vale la pena de detenerse a considerar la calidad de los enemigos que la Unión se está creando...

El mejor torero de estos tiempos, ¿quién es? Belmonte, ¿no? Contra él está precisamente la Unión.

La mejor ganadería, por su historial y por su abolen-go; por su casta y por la bravura de antes y de ahora de sus toros, ¿cuál es? La de Murube, ¿no? Fuera está de la Unión, y la Unión frente a ella.

El mejor empresario, el de más prestigio, el de mayor solvencia y el de más capacidad en su calidad de aficionado, ¿quién es? Eduardo Pagés, ¿no? Enfrente de él, contra él, irreductible e inexorablemente está la Unión.

Entre los toreros de primera fila más dentro del movimiento normal de las temporadas (Belmonte aparte), ¿cuál el más prestigioso, por unir antigüedad y categoría, que es ya jerarquía suma, por lo difícil que es no ir perdiendo la segunda conforme aumenta la primera? Marcial, ¿no? Pues Marcial—torero y ganadero—se ha visto obligado a separarse de la Unión, y contra el torero va la Unión, al perder al socio ganadero. Mejor dicho, por su proceder injusto y arbitrario para con el torero se les ha ido el socio ganadero. Otro más...

La plaza más importante del mundo, ¿cuál es? La de Madrid. Pues con la plaza de Madrid va la cosa; con ella es el pleito...

Alfredo Corrochano—para sus méritos y cualidades de lidiador toda mi admiración—ha terciado en el pleito, pero situándose mal. Culpa de todo a Pagés. Dice que ha llevado a la plaza de Madrid un pleito que era "exclusivamente" suyo. Aunque así fuera. Habiendo dejado de representar a la Empresa, debió cesar el pleito. Y no ha cesado. Es como si un inquilino riñe con el administrador de la finca que habita y se niega a pagar al casero. Este prescinde del administrador, con quien "exclusivamente" iban las iras del inquilino, y ni así consigue entenderse con él... El argumento, de puro inconsistente, no se puede tomar en consideración.

Y así tenemos concretamente que la Unión está enfrente de la plaza de Madrid, y de Madrid, y de Pagés, y de Belmonte, y de doña Carmen de Federico (Murube), elementos todos de máxima importancia en la vida taurina. ¿No es ello, por sí solo, indicio suficiente de que no le asiste la razón?

Por lo que respecta al más reciente aspecto del pleito —la separación de Marcial—, no cabe discusión.

Se le autoriza a torear ganado no perteneciente a la Unión. Marcial, amparado en esa previa autorización expresa, firma buen número de corridas para el presente año con toros de la Asociación de Ganaderos. Y, una vez contraídos tales compromisos, la Unión le retira la autorización. Marcial está dispuesto a atenerse a la prohibición en lo sucesivo; pero, en modo alguno, a incumplir los contratos que ya tiene firmados. Otra cosa sería quebrantar sus compromisos. Es arbitrariedad por la que Lalanda no puede pasar. Dar carácter retroactivo a la prohibición, es un modo dictatorial desaprensivo, disparatado y absurdo, Marcial, hombre de honor, no puede quebrantar su palabra.

No había otra salida, y la ha tomado: se separa de la Unión.

Y al hacerlo ha hablado. Como un libro. Con palabras serenas, pero contundentes: exteriorizando su disconformidad con la "orientación equivocada" de la Unión, "que más que a la defensa de los intereses de sus asociados", atiende "a política menuda de vanidades y personalismos". Y asegura que la marcha que lleva la Sociedad, la conduce a "un fracaso rotundo".

Opino lo mismo.

Y felicito a Marcial Lalanda por esta nueva prueba de su discreción, de su inteligencia clara y de su conducta caballerosa.

A Marcial torero lo he censurado muchas veces. No me gusta su estilo. Le reconozco grandes méritos, pero no en lo que le ensalzan sus panegiristas. A mí me parece un torero fácil, muy largo y vistosísimo con el toro, claro y sin nervio; pero no un dominador de toros broncos o nerviosos. Precisamente lo contrario de lo que opina todo el mundo... sin convencerme. Por la natural reacción contra opinión tan generalizada cuanto errónea, muchas veces he discutido y censurado a este torero. Ello no quita—¡naturalmente!—para que su persona—aun sin tener el gusto de conocerle personalmente—me sea simpática, y tenga de Marcial, como particular, las mejores referencias y la mejor opinión.

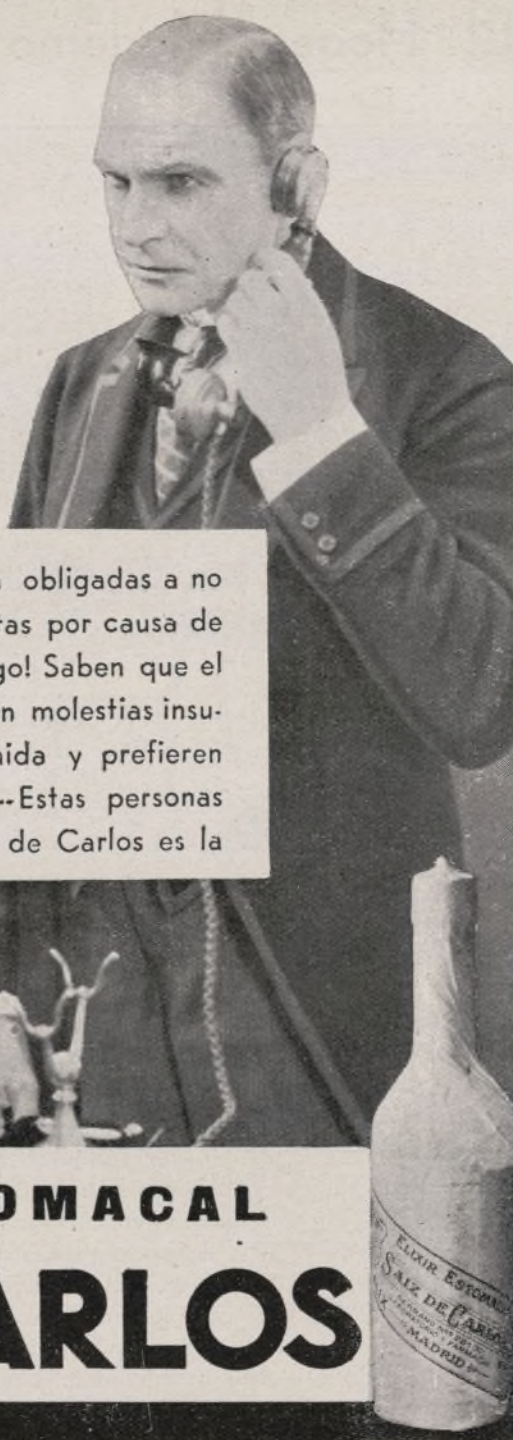
La cual se afirma y se confirma con motivo de su actitud frente a las arbitrariedades y a la orientación que sigue la Unión de Criadores de Toros de Lidia.

"...mi padecimiento de estómago me impide acompañarles a comer"

¡Cuántas personas se ven obligadas a no acudir a comidas ni a fiestas por causa de su enfermedad de estómago! Saben que el menor exceso se traduce en molestias insufferibles después de la comida y prefieren rechazar toda invitación.--Estas personas ignoran que el Elixir Sáiz de Carlos es la medicina de confianza en millones de hogares, y que con las primeras dosis desaparecen las molestias de la digestión.



ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS



LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

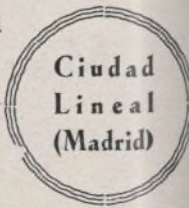
La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.

Cinematografía Española Americana

S. A.

Oficinas: Barquillo, núm. 10.-Teléfono 16063
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.-Teléfono núms. 53287 - 61329 - 61838

Ciudad Lineal (Madrid)



El "totem" de Madrid

Todas las grandes y antiguas ciudades de Europa rinden una especie de pequeño culto doméstico al "totem" protector. Aun las ciudades nuevas se buscan y se falsifican un "totem" nuevecito y lo exhiben con una pueril vanidad.

Berna y Berlín tienen el mismo "totem" que Madrid: el oso. Berna los tiene vivos en un foso que visitan todos los turistas y los niños de la ciudad. Berlín los tiene en estatuas de barro cocido y en los costados de los tranvías. En la capital de la Confederación Helvética, como en la de la reciente República Unitaria de Alemania, venden en las tiendas osos de madera, de peluche, de oro, de porcelana, que la gente se lleva como recuerdo de la ciudad, o que sus habitantes emplean para la decoración de sus chimeneas, de sus mesas de trabajo, de sus repisas.

También Madrid tiene sus estatuas al oso "totem" de la villa. Están en la Fuentecilla y en la entrada de la Casa de Fieras. Son unos osos contrahechos, fernandinos y, como tales, un poco "de chunga". No se sabría decir exactamente si se trata de osos o de corderos. La intención fué, sin duda, la de rendir tributo al "totem" matritense. La realización es deplorable y absurda, y sólo desde el punto de vista de la escultura popular humorística pueden ofrecer algún interés estos chirimbolos de piedra.

Compostela, el fácil escultor gallego, ha logrado una feliz versión del oso de Madrid, que tiene expuesta en el patio de Cristales de la Casa de la Villa. Podría oponerse que el oso ha quedado en una posición poco heráldica, porque el animal heráldico rara vez está en reposo, sino rampando o andando. El escultor ha preferido dejarlo en una situación de descanso, tomando pacíficamente la sombra del madroño, como cualquier paseante del monte de El Pardo.

En todo caso, es plausible la intención del escultor. Si esta intención coincide con la capacidad de adquisición artística del Ayuntamiento, lo celebraríamos mucho, por el artista y por la municipalidad. Así como así, es preferible tener en un parque un oso decente que un canéne de los muchos abominables que estropean los jardines de todo el mundo.

Porque no es Madrid solamente la ciudad hollada por la estatuaria horrenda. Hay cada Schiller y cada



"Soldado desconocido" y cada general por esos mundos de Dios... ¡Por un Coleone o una Gatamellata, hay una de Guillermos, y de Federicos, y de Garibaldis, y de Clemenceaus!

M A N O L O

El país de los Sous

Hay una región en Marruecos de la que se habla poco o nada: allí no se batan los hombres vistosamente, y las especulaciones de la civilización no han llegado. Los indígenas trabajan aún tranquilamente. Es un país dichoso, allá lejos, más allá de Marrakech, pasado el Gran Atlas.

Pero los viejos "marroquíes" mejor dicho, los eu-

ropeos marroquizados, que conocen aquella región como sus manos, ponen mucha atención en dicho país y le aseguran un porvenir brillante.

Nos referimos a la región de los Sous, que se extiende en 18.000 kilómetros cuadrados y cuenta una población de cerca de medio millón de habitantes.

Busquen ustedes en sus recuerdos geográficos, y hallarán, sin duda, el nombre de Agadir, de aquel pequeño punto del Atlántico. Pues bien: Agadir es el puerto de los Sous. Ha progresado mucho, y cuenta con 4.000 habitantes, de los cuales hay unos 1.500 europeos. El país Sous posee también una capital de 5.000 almas, llamada Taroudant. Allí hay una guarnición, y se ha hecho hace poco el plan de una linda ciudad francesa, la que, junto a la población indígena, hará gracioso juego... En espera de la entrada definitiva del progreso, Taroudant cuenta ya con un hotel de corte turístico. Lo que hace pensar en que la paz y la tranquilidad de los pobladores habrán de experimentar influencias considerables.

Aquel país es un largo valle triangular, regado del Este al Oeste por un río de 300 kilómetros, el que le ha dado su nombre. Abierto sobre el océano, puntea hacia las regiones donde hasta hace poco había guerras terribles. Dos contrafuertes del Atlas precisan las costas: el del Norte, rico en cimas elevadas y cubiertas de nieve, las que constituyen una reserva inagotable que alimenta al río y, por consiguiente, al suelo, y el del Sur, menos alto, pero suficiente para guarecer de los vientos secantes del Sáhara al valle encantador. Los torrentes arrastran aluviones fértiles.

Luego, y ante todo, el sol africano. Lo que significa que esa región es muy propia a la agricultura. De modo que los habitantes, que son de la raza berberisca, es decir, cultivadores de nacimiento, se dedican con entusiasmo y provecho.

Allí no hay nómadas. Las orillas del río ostentan lindas aldeas con palmas de dátiles, higueras y olivares. En las praderas abundan los ganados. Es una pequeña, una desconocida Arcadia africana.

Ayuntamiento de Madrid

Había terminado la misa en la capilla del pueblo de Verhny Zaprudy. La gente empezó a moverse y a apretujarse en la salida. El único que no se movió fué Andrey Andreyitch, tendero y viejo habitante de Verhny Zaprudy. Se quedó esperando, apoyado en la baranda del coro. Su cara gorda y afeitada, cubierta de cicatrices y de granos, expresaba en aquella ocasión dos sentimientos contradictorios: resignación ante el destino inevitable, y un estúpido, infinito desdén por los chales y las mantillas raídas que pasaban ante él. Andrey vestía como un "dandy", pues era sábado. Llevaba chaqueta larga, con botones amarillos; medias azules bien estiradas y fuertes zapatos de goma, esos grandes zapatos de goma que sólo se ven en los pies de las prácticas y prudentes personas que tienen firmes convicciones religiosas.

Los ojos torpes y hundidos de Andrey se fijaban en el altar del icono. Vió las altas figuras familiares de los santos; vió al sacristán Matvey que hinchaba sus mejillas y soplabla sobre los cirios; vió la carpeta tejida; vió al sacristán Lopuhov que venía del altar trayendo el cáliz... Todas esas cosas Andrey las había visto durante años; a cada rato, como veía los cinco dedos de su mano.

Sin embargo, había algo extraño e insólito en todo aquello.

El padre Grigory, sin haberse despojado aún de sus vestiduras, se hallaba de pie en la puerta del norte, nerviosamente crispadas las tupidas cejas.

—¿Por qué estará pestañeando? ¡Maldito sea!—pensó el tendero—. ¡Y hace señas con un dedo! ¡Y golpea el suelo con un pie! ¿Qué le pasará, Sagrada Reina y Madre? ¿A quién se dirige?

Andrey miró a su alrededor y vió que la iglesia estaba completamente desierta. Había cerca de la puerta unas cien personas, pero todas daban la espalda al altar.

—¡Venga cuando le llamo! ¿Por qué se queda ahí como una estatua?—decía la voz agria del padre Grigory—. ¡Lo estoy llamando hace rato!

El tendero miró al padre Grigory, y entonces se dió cuenta de que las cejas fruncidas y el dedo indicador podían relacionarse con él mismo. Dejó de apoyarse en la barandilla y fué hacia el altar, vacilante, con sus pesados zapatos de goma.

—Andrey Andreyitch... ¿Usted quería que rezáramos por el alma de Marya?—preguntó el sacerdote, cuyos ojos examinaban atentos la ancha cara del tendero.

—Sí, padre.
—¿Fué usted, entonces, quien escribió esto? ¿Usted?
Y el padre Gregory, severo, le puso bajo los ojos la pequeña esquela.

Y ese papel, enviado por Andrey Andreyitch antes de la misa, estaba escrito en letras grandes y tambaleantes.

"Por el descanso del alma de la sirva de Dios, la ramera Marya."

—Sí, yo escribí eso, claro...—respondió el tendero.
—¿Y cómo se atrevió?—susurró el sacerdote, en cuya voz había una nota de enojo y alarma.

Andrey le miró con desconcertado espanto. El estaba perplejo, y también asustado. El padre Grigory jamás se había dirigido en semejante tono a un antiguo residente de Verhny Zaprudy.

Ambos se quedaron un minuto en silencio, mirándose. El asombro del tendero era tal, que su cara grandota se movía en todas direcciones.

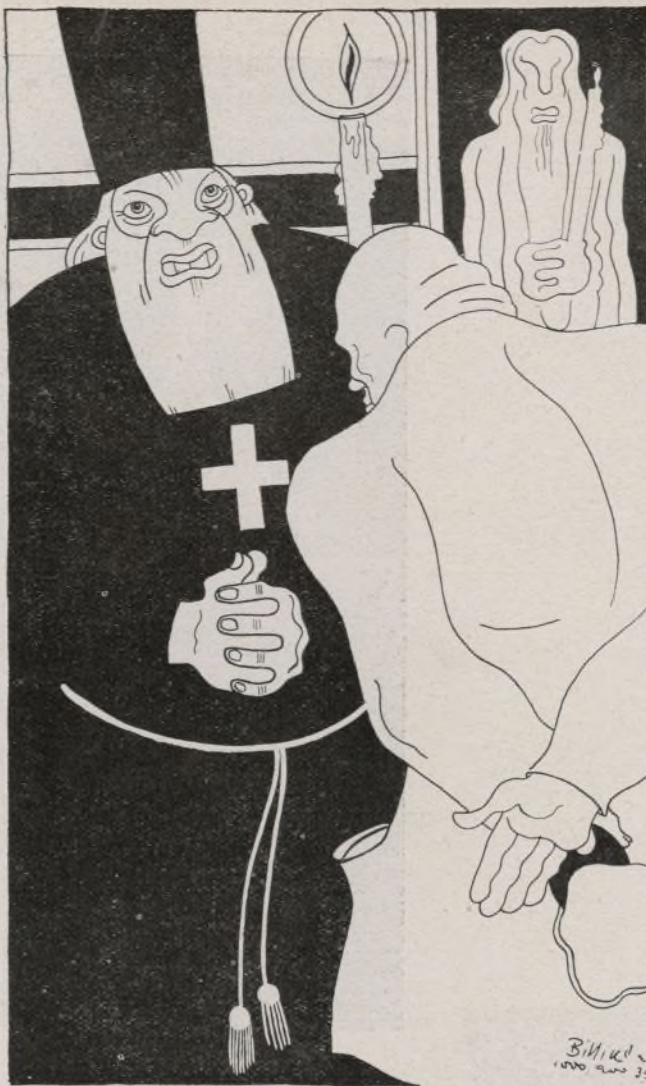
—¿Cómo se atrevió?—repitió el sacerdote.
—¿Atre... verme... a qué?—preguntó Andrey, completamente aturdido.

—¿No entiende?—susurró el padre Grigory, dominado por el asombro y entrecruzando los dedos de sus manos—. ¿Qué tiene sobre los hombros? ¿La cabeza o alguna otra cosa? ¡Me envía una esquela al altar y escribe en ella una palabra que sonaría mal hasta en la calle! ¿Por qué vuelve los ojos? Usted sabe, sin duda, el significado de esa palabra, ¿no?

—¿Se refiere usted a la palabra "ramera"?—musitó el tendero, abochornado—. Pero observe que el Señor, en su Gracia..., perdona estas cosas..., perdona a una ramera... El ha destinado un sitio en el cielo para ella, y, además, en la vida de la Santa María de Egipto se puede ver en qué sentido se emplea la palabra... Perdóneme...

El tendero quiso buscar algún otro argumento para justificarse, pero tuvo miedo y se secó los labios con el revés de la manga.

—Así que usted piensa eso—gritó el padre Grigory, apretando las palmas—. ¿Pero no ve que Dios la ha perdonado? ¿No entiende? El la ha perdonado... ¡y usted se permite juzgarla, la calumnia, la llama con un nombre vergonzoso! ¡Usted, su propio padre! Yo sé que ni en las Sagradas Escrituras ni en ninguna otra parte lee-



rá usted que eso sea un pecado. Pero yo le digo, Andrey, que usted no debe sutizar... ¡No, no, no debe sutizar, hermano! Si Dios le ha dado un pensamiento agudo y usted no sabe manejarlo, es mejor que no se meta en ciertas cosas... y que se quede en paz.

—Pero usted sabe, ella..., perdóneme que se lo recuerde... ¡era una actriz!—articuló Andrey, abrumado.

—¡Una actriz! Pero, fuera lo que fuese, usted debe olvidarlo ahora que se ha muerto, en vez de escribirlo en un papel...

—Así que...—asintió el tendero.
—Haga penitencia—clamó el sacerdote, mirando la ca-

REQUIEM

por ANTON CHEJOV

UNA FIRMA RUSA

ra asustada de Andrey—. Eso le enseñará a no pretender ser tan inteligente. Su hija era una actriz bien conocida. Todavía puede leerse en los periódicos el eco de su muerte.

—Claro..., seguramente—musitó el tendero...—. La palabra ésa no es apropiada; pero yo no lo dije para juzgarla, padre Grigory... Sólo quise hablar espiritualmente...; eso podía aclararle a usted la identidad de la persona por quien yo pedía que rogase. En las notas necrológicas siempre es costumbre poner adjetivos, como el niño John, el guerrero Yegor, el criminal Pavel, y así sucesivamente... Yo quise hacer lo mismo.

—¡Usted está loco, Andrey! Dios le perdonará, pero tenga cuidado para otra vez. Sobre todo, no sutice, y piense con menos profundidad. Haga diez reverencias y váyase.

—Obedezco—dijo Andrey, más aliviado, y tratando de que su cara mostrase la habitual expresión de importancia y dignidad—. ¿Diez reverencias? Muy bien. Comprendido. Pero ahora, padre, deje que le pida un favor..., teniendo en cuenta que, de todos modos, soy el padre de ella... y que ella, como usted sabe... era mi hija... Yo..., perdóneme..., quisiera que usted cantase el réquiem hoy. ¡Hágame ese favor, padre!

—Está bien—dijo el padre Grigory, quitándose las vestiduras—. Está bien. Váyase. Enseguida estaremos allí.

Andrey Andreyitch se alejó del altar con dignidad, y con una expresión solemne en la cara roja, fué a ocupar su asiento en el centro de la iglesia.

El sacristán Matvey se colocó tras él y, poco después, el servicio de réquiem comenzó.

Había en la iglesia una calma perfecta. Nada se oía, fuera del clic metálico del incensario y el canto lentísimo... Cerca de Andrey estaban el sacristán Matvey, la comadre Makaryevna y su hija inválida, Mitka. Nadie más... El sacristán cantaba en un bajo desagradable y falso, pero el tono y las palabras eran tan plañideros, que Andrey, poco a poco, fué perdiendo su expresión de dignidad y se puso muy triste...

Pensó en su Mashutka... Recordó que ella había nacido cuando él todavía era lacayo al servicio del propietario de Verhny Zaprudy.

Ocupado por sus menesteres de lacayo, no pudo darse cuenta de cómo había crecido la muchacha. Ese largo período durante el cual la niña se convirtió en una graciosa criatura, de ojos soñadores y grandes como "kopeks", se le pasó inadvertido.

La educaron como a todas las hijas de los lacayos favoritos, rodeada de comodidades, en compañía de las señoritas. Aprendió a leer, a escribir, a bailar. Andrey jamás le tendió una mano. Sólo de tiempo en tiempo la encontraba por casualidad en la puerta o en el jardín, y recordaba entonces que esa muchacha era su hija, y que bien podía, en sus ratos de ocio, enseñarle las oraciones y los Libros Sagrados.

¡Oh!... ¡Ya en ese tiempo, gozaba él de reputación como una autoridad en materia de ritos y de Sagradas Escrituras! La muchacha le escuchaba, cortés, y repetía las plegarias bostezando de aburrimiento; pero cuando su padre, vacilante, empezaba a contarle las sagradas leyendas, era toda atención. La comida de Esaú, el castigo de Sodomá y las penurias de José, la ponían pálida y le hacían abrir desmesuradamente sus grandes ojos azules. Después, cuando él dejó de ser un lacayo y con el dinero ahorrado abrió una tienda en el pueblo, Mashutka se fué a Moscú con la familia de su patrón.

Tres años antes de su muerte vino para ver al padre. Andrey apenas la reconoció. Era una graciosa jovencita con modales de dama. Hablaba con desenvoltura, como si leyese; fumaba y dormía hasta muy tarde. Cuando Andrey le preguntó qué había estado haciendo en la capital, ella anunció, mirándolo a la cara: "Soy actriz." Semejante franqueza impresionó al antiguo lacayo como el colmo del cinismo.

Mashutka empezó a jactarse de sus éxitos y de su vida escénica; pero al ver que su padre se ponía ceñudo y se retorció las manos, calló. Y estuvieron juntos una noche entera sin hablarse, mirándose, hasta que, cuando amaneció, la muchacha se fué. Antes le pidió a su padre que la llevara a paseo a la orilla del río. Por penoso que fuera para Andrey pasear a la luz del día, a la vista de las gentes honestas y acompañado de una hija que era actriz, no se negó a esa solicitud.

—¡Qué lindo es este sitio donde vives!—dijo ella con entusiasmo—. ¡Qué barrancos! ¡Qué hermosa es mi tierra nativa!...

Y se puso a llorar.
"Apenas se puede vivir", pensó Andrey, mirando los barrancos sin comprender el entusiasmo de su hija.

Y ella lloró y lloró, respirando afanosamente, con todo el pecho, como si ya pensara en la proximidad del día en que no pudiese hacerlo más...

Andrey Andreyitch movió la cabeza como un caballo que tascas el freno, y los penosos recuerdos comenzaron a desdibujarse rápidamente...

—Sé piadoso, ¡oh Señor—murmuró—, con tu sierva que ha partido, la ramera Marya, y perdona sus pecados!...

La mala palabra brotó una vez más de sus labios, pero él no se dió cuenta: lo que estaba firmemente asentado en su conciencia no podía ser desarraigado por las exhortaciones del padre Grigory.

—Allí donde no hay enfermedad, ni pesadumbre, ni deseos...—zumbó el sacristán, cubriéndose la mejilla derecha con la mano.

Una humareda azul se elevó del incensario, iluminando con una rara claridad la iglesia inanimada y solitaria.

Y pareció como si el alma de la mujer muerta estuviese flotando en la claridad junto al humo. Las espirales, como rizos de criatura, se arremolinaban, subían hasta la ventana, más alto aún, como si quisieran llevarse lejos los dolores y las tribulaciones de que estaba llena aquella pobre alma.

FUENTES DE MADRID

"Adiós, Madrid, adiós su Prado y fuentes
que manan néctar, lloran ambrosía..."

Pongamos que Cervantes, grande amor de Madrid, se excedió al calificar el licor que manaba de las fuentes de Madrid en aquella época que no había llegado el riquísimo venero de las cumbres del Guadarrama, donde se habían mescado el Arcipreste y el Marqués: el de Hita y el de Santillana, se entiende.

Pero una de las galas de Madrid en todo tiempo han sido sus fuentes urbanas. El ingenio de nuestros escultores y de nuestros urbanistas llegante los siglos XVII y XVIII—el calumniado setecientos—a cimas que sólo están superadas en Roma, o en la Roma del Bernini, o en la Florencia del Palladio. Y que no están igualadas en otras ciudades, tan "fieras" de su belleza urbana como París, donde, sin embargo, las fuentes han llegado a tener una personalidad tan grande y un respeto tan firme, que se consideraría un pecado mortal atentar contra ellas.

Hubo una época en que las fuentes de Madrid estaban insertadas en la vida de la villa. Hubo otra en que se las fué retirando, como trastos viejos, a los corrales o, cuando más, a los parques,

como si la civilización y el progreso fueran a considerarse manchados al contacto con la "Mari-blanca", por ejemplo.

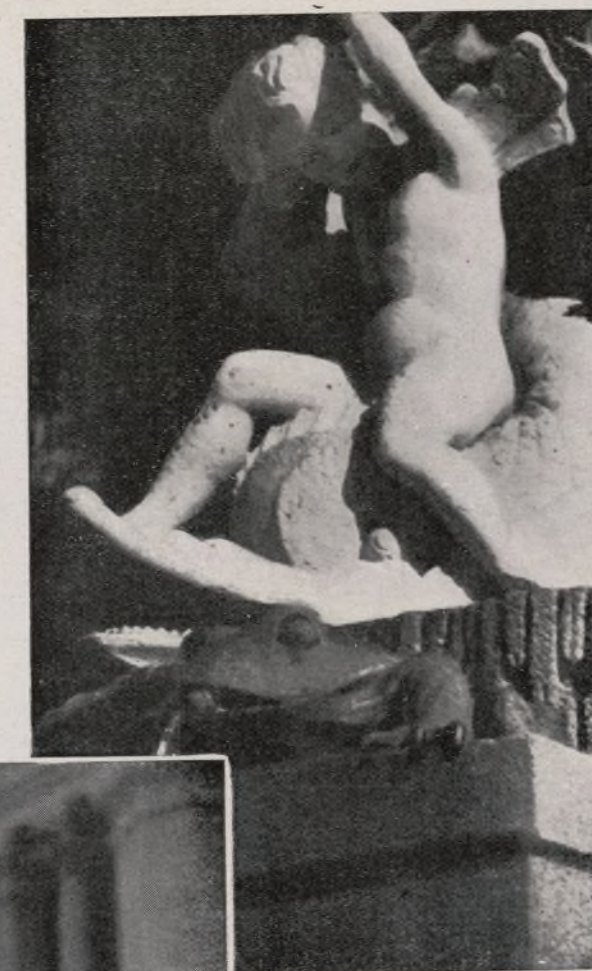
Esperemos que un nuevo viento propicio nos devuelvan a su misión urbana, y vuelva a haber una fuente en la Red de San Luis, en el fin de la calle de la Montera, en vez de ese abominable, pesado, inservible y hasta trágico trozo de hierro que ha levantado allí la Compañía del Metro.

Todas las fotografías que figuran en esta página son de fuentes de Madrid. Alguna de ellas está tan oculta (¡y es tan bella!), que esperamos que nuestros lectores nos consulten sobre su emplazamiento.

Otras han sido echadas hacia los derrumbes de las afueras. Las de más suerte están en el Retiro. Y queda la gloriosa trimurti madrileña, a la cual no hay quien pueda, porque se levantarían las piedras de la calle: la de la diosa Ceres, la del dios Apolo y la del dios Neptuno: la Tierra, el Agua y el Sol. Sin esas fuentes en la arteria aorta, Madrid moriría de esterilidad, de sed y de ceguera.

Sería difícil, entre estas tres gracias de Madrid, elegir la triunfante. Suele llevarse las aficiones la de Apolo, creación arquitectónica perfecta, rival en Europa, digna de por sí de las atenciones que la municipalidad la prodiga, cada día más. Nos atreveríamos a pedir que, vuelto el Salón del Prado a su naturaleza de "Salón", volviera la fuente maravillosa su perspectiva y su marco y se viera libre de la odiosa vecindad de las palmeras.

Al ilustre Javier de R. Winthuyssen damos, con la mayor esperanza, este ruego





Doña Carolina Díez de Jervás



Gran Mundo

FOTOS GOYA
ESPECIALES PARA "CIUDAD"



Señorita Feli Bretón

EN EL PROXIMO NUMERO

El
miércoles,
6 de febrero

Con EL FIGURANTE, del gran humorista inglés W. W. Jacobs, traducido expresamente para CIUDAD, comenzamos la publicación de una novela corta, que daremos en cada número de fin de mes, escrita por los mejores autores nacionales y extranjeros.

LA SEMANA, por Víctor de La Serna.

LLEVA MI SOMBRA Y VETE, poema de Julio Sigüenza.

ARTE Y VIDA, un artículo de Manuel Abril.

PRIMERA GLOSA DEL MAR GALLEGU, por Eduardo Blanco-Amor.

EL MONTAÑISMO Y LA MODA, por Madeleine Millet.

EL KALEVALA Y ANGEL GANIVET.

LISBOA, CIUDAD MEZCLADA,
por J. Díaz Fernández.

CHARLAS MONUMENTALES, por
el Dr. Fernández Cuesta.

EL OJO VIAJERO, por Ramón Mu-
ñiz Lavalle.

CUENTOS - NOTAS - CRONICAS,
TRADUCCIONES - POEMAS,
NOTICIAS.

DIBUJOS de Tejada, Vázquez Díaz,
Arteche, Santonja y Billiken.

Lope de Vega en el Club Teatral "Anfístora"

Una magnífica fiesta de arte

De nuestro programa implícito, es una insoportable resistencia al ditirambo. A este sistema español del ditirambo, que llama "ilustres" a las ilustres fregonas de los escenarios alicados, sin alma, sin inteligencia, sin fervor; que nombra "genial" al menor escriba metido a dramaturgo y "eminente" al último tinterillo o zurcador de apapósitos. Hay que desinflar de vanidades este mongolfiero de papel del teatro madrileño—madrileño, que no ha conseguido ser español por carencia de talento y de visión y sobra de falsa suficiencia—, para hacer después algo eficaz en el espacio que ocupa este fantasma de humo.

Nos interesa el experimento de "Anfístora", tanto por lo que en sí aparece de auténtico espectáculo de arte como por lo que encierra de ejemplaridad patente y magnífica, de esperanza y de aliento. Una versión escénica de la gran creación de Lope de Vega, "Peribáñez y el Comendador de Ocaña", es siempre una faena de compromiso, ardua, difícil, costosa. Y alcanzar este grado de justeza, de sobriedad, de inteligencia cabal de la obra, de su ambiente, del valor aislado e intrínseco de cada porción del drama, subrayando su valor poético y el vuelo de cada estrofa y aun de cada verso, con el exacto valor lírico que les corresponde es, francamente, algo que no nos atrevíamos a esperar, aun esperándolo, logrado con tan rara perfección y con tan experto y natural equilibrio como lo consiguieron los animosos muchachos del Club teatral "Anfístora" la memorable noche del viernes en su velada del Carrión.

¿No es demasiada palabra esta de memorable? ¡Cómo ha de serlo! Prescindamos ya de la comparación, que, lejos de ser odiosa, es fecunda, cuando sirve de adecuado punto de referencia. Nada de aquello tiene que ver con las cochambres, las vaciedades y los criminales desgaros del "teatro de época", de los "dramas de capa y espada" de nuestros tremendos y habituales escenarios. Lo de memorable, viene a que en esa velada se nos descubrió lo que podría ser un teatro de arte español orientado, dirigido, vigilado por gentes enteradas y fervorosas, que, partiendo de un respeto previo y de un conocimiento serio de la obra de nuestros clásicos, fuesen a la creación de un nuevo gesto y de una nueva técnica reivindicatoria, de un nuevo sentido escénico, capaz de interesar otra vez la emoción y la dilección populares. Para ello tendría que partirse de una premisa indispensable: prescindir en absoluto de cuanto fuese profesional, creando, segregando de sí, su propio sentido profesional.

Esta lección fué la que nos dieron los elementos de "Anfístora" en su magnífica versión de Lope. Porque aquel no era teatro "de aficionados", en lo que éste tiene de tartamudeo y ridiculez; ni teatro profesional, con lo que esta palabra arrastra de turbidez, de amaneramiento y de incultura, sino teatro como debe ser el teatro, cuando es algo más que mostia-

profesional debió haber reparado con unción y respeto en la obra callada, eficaz e ilustre—ahora sí está bien lo de "ilustre"—de Pura Maortua de Ucelay. Su cultura, su perseverancia, su abnegación, han hecho posible este prodigio, que nunca le será lo suficientemente agradecido por quienes, de veras, amamos el teatro. Urge sacar a esta mujer del alvéolo de su modestia y rendirle el homenaje que se le debe y proporcionarle los medios para el desarrollo de su labor. De su labor, que abarca desde la fatiga de las primeras lecturas hasta el azacaneo incansable por tierras de Castilla, buscando los trajes que han de vestir sus obras con verdad y con belleza.

Nuestro aplauso sin regateos a todos. A los intérpretes: a la señorita Bascarán, que nos dió una Casilda de justa ternura y de firme sentido dramático, a través de una voz de amplio y noble registro y del gesto cabalmente asimilado; a S. Mejuto en el Peribáñez, varonil, sobrio y emotivo; a Xavier del Arco, en quien hemos saludado, en el papel de Comendador, a un intérprete de primer rango; a Germana Heygel, tan delicada y femenina como siempre y, en fin, a Ernesto Pérez Guerra, que dijo su parte con pleno sentido de la materia poética... A Calero, Fuentes, Enrique Mejuto... A todas y a todos nuestro aplauso. Puede decirse con certeza que no hubo "segundas partes", porque todas alcanzaron la alta principalía que alcanzan los papeles hechos a conciencia, cualquiera que sea su lugar en el reparto.

Fontanals, de quien siempre habría que hablar aparte, ideó un escenario que le permitió plastificar las numerosas escenas de la obra, sin caer en el peligro de las mutaciones lentas. Efectos de gran belleza, contando con la armonización de trajes, luces y decorado—es decir, mediante la visión escenográfica integral—de los que destacamos el cuadro de los campesinos y el final de la obra, de una majestad y de una grandeza imponentes, obtenidos con los elementos más sencillos. Muy bellas las transcripciones musicales de Bal y Gay, y muy oportunas las cuartillas con que Federico García Lorca inauguró el espectáculo. E. B. A.

Todos los días
en el teatro de la

ZARZUELA

la gran opereta
super-revista

SIETE COLORES

200 modelos de alta cos-
tura con el sorprendente
ESCENARIO GIRA-
TORIO, único en España



PORTADA DE NUESTRO PROXIMO NUMERO

P A S E O S DE M A D R I D

Los claros caminos de nuestra ciudad, desnudos en estos crudos días invernales del vestido caliente de los árboles, tienen una sutil transparencia, una clara diafanidad, traspasada del frío tónico y seco de la meseta.

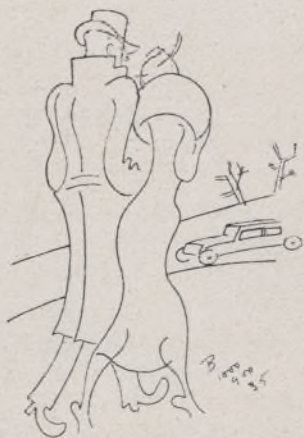
El extranjero que cae al azar en el cordial hospedaje madrileño, procedente de las más diversas rutas mundiales, se asombra primero, como es su obligación de turista consciente, del color azul de un cielo castellano intenso y constante para el mejor resalte de la parda y vieja corteza de tierra que nos sostiene.

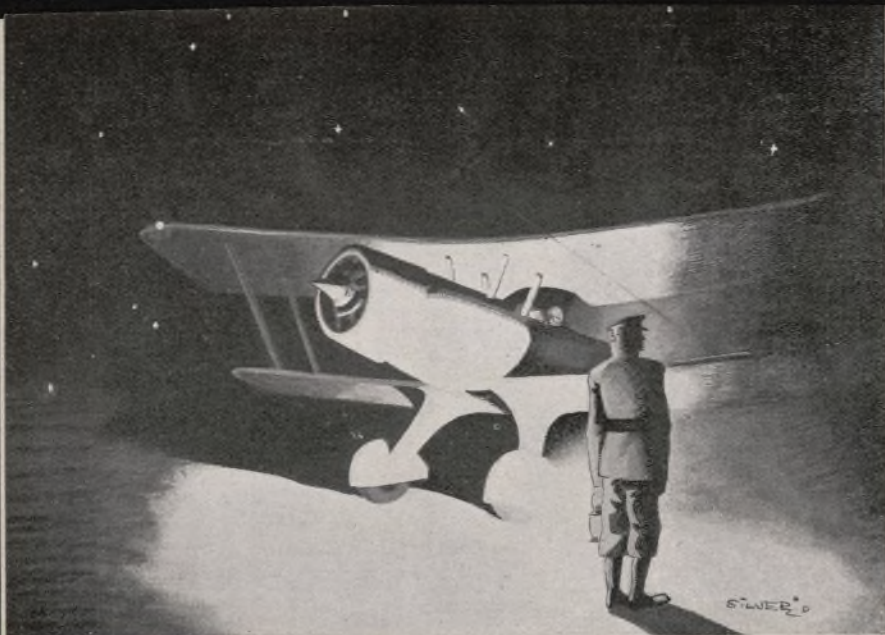
Madrid al sol, a este fino sol de enero que no hace más que dar una alegre luz en el suelo y encender con su calor el eléctrico azul de nuestro techo, es un señuelo de maravilla para todos esos poderosos burgos nórdicos, húmedos de niebla y ateridos en su penumbra triste y sucia.

Parece que no puede brillar un pensamiento noble ni centellear un rayo genial bajo un cráneo que no palpite en un medio así, como el nuestro, de claras purezas exteriores. En ellas, dentro de la transparencia inefable y casi constante de nuestro clima extremado, se afila el sentimiento, se agudiza la sensibilidad y hasta parece que todas las potencias nobilísimas del pensamiento se apuran en el logro de alguna nueva y sublime dimensión.

Por eso ahora las ilustres y populares veredas de Madrid, los amplios caminos del Buen Retiro, con su ancha calzada abierta a todos los rigores invernales y a la tenue caricia del sol; el Salón del Prado, que esconde su inverniza desnudez vegetal detrás del vergonzante colorido de unas palmeras anacrónicas y escudíldas; Recoletos; la Castellana, esa admirable avenida que es uno de los paseos más bellos de Europa; Rosales, la Moncloa, miradores ciudadanos de nuestra próxima orografía serrana: todos estos motivos de pequeño turismo ciudadano tienen, además de un sentido material de conveniencia higiénica, otro significado más hondo de íntima pedagogía para los espíritus de cultivadas y nobles perspectivas.

G . G . E .





LA RADIOGONIOMETRÍA

Experiencias de un vuelo nocturno

DIBUJO DEL TENIENTE
PILOTO, SILVERIO

Habla el capitán Jorge de Calix, destacado elemento entre los aviadores de la Gran Guerra:

“Se ha escrito bastante—dice—sobre el vuelo a ciegas, pero siempre desde un punto de vista demasiado técnico, y, por eso mismo, falto de la sensación de realidad, que es lo que interesa al público en general, y este es principalmente mi objeto: dar la impresión más exacta posible de ella.

He de manifestar, ante todo, que los millares de horas de vuelo que tengo cumplidas, y mi vocación especial, han hecho que ya para mí sea todo mecánico, si se quiere, pues lo hago tan automáticamente, que no siento ninguna sensación especial. Me encuentro más cómodo volando que en tierra; por esto tengo que hacer un esfuerzo para situarme en el lugar de las personas que no tienen experiencia de aviación, y que carecen, por tanto, del sentido del aire.

... ..
Todavía no son las cuatro de la mañana, y ya nos encontramos en el famoso aeródromo de Croydon. He sido invitado especialmente a probar una de las máquinas más perfectas de su género, en vuelo a ciegas. Se trata de un Pierce Arrow, con motor de 450 caballos, del tipo todo metálico. Es un sexquiplano de airoas líneas. Yo estaba perfectamente impuestado de su funcionamiento, y me encontraba impaciente por sentarme en su cabina.

Aún no había sido iluminado el campo, y estaba en el Casino de Oficiales, departiendo amigablemente con algunos distinguidos militares. De cuando en cuando se oía el roncar del motor de la poderosa máquina, que se encontraba en manos de los mecánicos que habían de prepararla para las pruebas que debían decidir sobre la adopción del sistema de vuelo a ciegas.

—All ready, captain—me dijo el suboficial.

Ante el aviso me dirigí inmediatamente hacia los hangares, a través de un subterráneo que conduce directamente al cobertizo en que estaba el aparato. Pocos instantes más, y estaba junto al soberbio avión, cuyo blindaje fuselado, completamente aerodinámico, le daba la apariencia de un proyectil de gigantescas dimensiones.

Subo al aparato; me acompaña el teniente primero Delbilt, entusiasta también de las innovaciones en el vuelo.

Dos mecánicos se aprestan a hacer arrancar el motor, para lo que accionan el volante centrífugo del compresor. Durante algunos segundos oímos el agudo silbido de sirena del pesado mecanismo, que gira a varios miles de revoluciones por minuto... Los manómetros acusan ya la presión justa; dos o tres aspiraciones, y el motor está en marcha. Los 450 caballos, distribuidos en 9 cilindros, ex-

teriorizan su formidable potencia por el ancho cromado de los tubos de escape.

Nos encerramos en la cabina; tan hermético es el cierre, que se amortigua casi el ruido de las explosiones, que apenas llegan como un zumbido continuo.

Inmediatamente se ilumina todo alrededor, como pude verlo por las amplias ventanillas, cubiertas de enrejado metálico y mica. Croydon ha encendido sus poderosos reflectores, que alumbran el campo en toda su extensión, de tal manera que la luz, rasante con el suelo, permite ver nitidamente los más pequeños desniveles.

Avanzo el acelerador, y a una seña mía son retirados los calzos; dos hombres comienzan a correr junto al aparato, reteniéndole por las puntas de sus alas para orientarle de acuerdo con la dirección del viento.

El motor responde admirablemente al acelerador, y a pocos segundos más tarde, el suelo se convierte para nos-



**GRAN QUINCENA
BLANCA**

Solamente hasta
mañana jueves, 31

FUENCARRAL 14

Deuterio

otros en una superficie brillante y rojiza, bajo el efecto de la velocidad con que vemos el campo iluminado. El control de altura nos muestra que ganamos rápidamente en el pique...; las luces se apagan, y sólo se ve a intervalos el arco iluminado del faro intermitente que sirve de guía a los aviones en la noche.

Hemos salido del área luminosa, y ahora no vemos absolutamente nada a nuestros lados, ni debajo del tren de aterrizaje; estamos rodeados por una densa niebla.

Para describir lo que se siente en estas condiciones recomendaré que se haga la experiencia de caminar unos pasos con los ojos cerrados, y se notará cómo, después de haber dado 10 ó 12 pasos solamente, ya se siente la necesidad imperiosa de abrirlos. Y eso que se sabe de antemano que no hay ningún peligro. Si se hace el experimento en la calle, a los pocos pasos se empezará a pensar en los múltiples obstáculos que le rodean, y se tendrá que abrir los ojos para tranquilizarse.

Hay, pues, que imaginar lo que se sentirá en vuelo sin ver absolutamente nada, con la agravante de la certidumbre que se tiene de que, en estas circunstancias, cualquier accidente es fatal.

El piloto, en tal situación, debe dedicarse por completo a la observación de los controles, cuya pequeña aguja brillante sobre el fondo negro de los cuadrantes es todo de lo que dispone para guiarse.

Hay que tenerles una fe absoluta a estos controles, porque la desconfianza es bastante para perder en este caso al aviador. Una vacilación, un segundo de pérdida de atención, es suficiente para que falte todo dominio, y, si no se recupera inmediatamente—cosa poco fácil dado que es preciso atender a varios controles al mismo tiempo—, el peligro es inminente.

Sólo a ratos notábamos la obscuridad un poco menos densa bajo nuestro aparato: era que pasábamos sobre una ciudad. También lo observábamos en el empañado de la mica, que se hacía sucio, debido a las partículas de carbón que estaban suspendidas en el aire...

Ha llegado el momento de volver. De acuerdo con el plan trazado para las pruebas, debemos regresar al punto de partida, guiados únicamente por los instrumentos radiogoniométricos, únicos, por otra parte, que nos permiten hacer tal maniobra en las condiciones de invisibilidad en que nos encontramos.

Calculamos cuando nos encontramos sobre el campo. Giramos en redondo en busca de la mejor orientación para el viento, a la vez que iniciamos el descenso...; 200, 120, 40 pies... ¿No nos estrellaremos contra alguna de las torres de las fábricas vecinas? Sigo observando atentamente las agujas de los controles, que en todos los cuadrantes se vienen acercando al cero, como atraídas por un imán invisible... Hemos tocado tierra. Ya estamos. El patín de cola va dando saltos sobre la tersa superficie del campo. Pero el peligro todavía no ha terminado. ¿No chocaremos al final del recorrido? ¿Habremos aterrizado en el centro del terreno? Pocos segundos más, y se encienden los proyectores, que de exprofo estuvieron apagados para darnos lugar a realizar la experiencia.

Hemos llegado perfectamente. Los hombres de la guardia corren a lo largo del avión, mientras lo dirigen hacia el cobertizo. Descendemos. Todo ha resultado a las mil maravillas, pero mientras tanto no puedo por menos de pensar en los momentos desagradables que se pasan en la incertidumbre de no poder ver alrededor.

Con todo pasó el tiempo, y hoy lo hago sin sentir la menor impresión.”

Estas son las impresiones del capitán Jorge de Calix.

Visión a través de la niebla

Un barco norteamericano, el “Manhattan”, lleva una cámara fotográfica que, automáticamente, obtiene fotografías, utilizando los rayos infrarrojos, de los objetos que en el seno de la niebla son invisibles para el ojo humano. El instrumento, que ha sido inventado por el contramaestre norteamericano Flavel Williams, registra en una cinta especialmente preparada para la obtención de fotografías con rayos infrarrojos, los objetos situados en la dirección de la proa, y, a la vez, revela y fija las negativas en treinta segundos; sin más que apretar un botón se ilumina la negativa, y el piloto puede ver la que ha tomado a los treinta segundos de la apertura del objetivo. De este modo, la cámara, “mirando” adelante en el seno de la niebla, efectúa un registro visual, con intervalos de treinta y dos segundos, de la marcha del barco dentro de la niebla, y en ese registro aparecen barcos, rocas o la línea de la costa, objetos que el piloto no puede ver con su vista natural. Cuando hay solamente una neblina o vaho, el alcance de la cámara es prácticamente ilimitado; en cambio, los rayos infrarrojos no pueden penetrar en los objetos sólidos ni en el agua y, por consiguiente, la eficacia del aparato queda disminuida en nieblas húmedas.

Tampoco puede emplearse por la noche, si bien se espera que los experimentos actualmente en curso han de eliminar esa desventaja en breve plazo.

El garaje más alto del mundo

París, que en la Exposición de 1878 impresionó al mundo con su torre Eiffel, prepara para 1937 otra gran Exposición, en la que no faltarán realizaciones sensacionales. Una de las que han sido estudiadas, y que probablemente será ejecutada, es debida al ingeniero Freyssenet, famoso constructor del puente colgante de Plougastel.

La maravilla en proyecto consiste en una torre monumental de 680 metros de altura,

La torre en cuestión tendrá una altura dos veces y media la de la típica torre metálica parisiense, y presentará en su parte exterior una espiral para ascender los “autos”.

La torre será construida de hormigón armado, y su costo se calcula en unos 50 millones de francos.

El desarrollo de la espiral exterior tendrá unos cuatro kilómetros y medio, su pendiente se calcula en un 10 por 100. El ancho del camino espiral será de seis metros, existiendo un camino para la subida y otro para la bajada.

El camino espiral subirá hasta una primera gran plataforma, que estará a un nivel sobre el suelo de 450 metros. A partir de esta plataforma se encontrará un dispositivo especial que permitirá remolcar los coches hasta una segunda plataforma más alta. Encima se instalará un garaje capaz para 400 coches, y un hotel para acomodar 2.000 huéspedes. En la base de la torre, que tendrá un diámetro de 145 metros, se encontrará otro garaje.

La parte superior de la torre, que tendrá un diámetro de 40 metros, estará destinada a observatorio meteorológico. También se encontrará en la cúspide un sanatorio para curas de sol, y de aire puro, limpio de polvo y de humo.

Rematará el conjunto un faro monumental, visible desde el Canal de la Mancha, y que tendrá utilidad, tanto para los buques como para los aviones.

Esta torre constituirá una de las principales atracciones de la proyectada Exposición de 1937.

RADIO WARNER
PLAZOS - CONTADO
APARATOS DESDE 100 PESETAS
PEDRO RANZ - Atocha, 33, moderno

EL Prince's, de Londres, de noche. Alrededor de la sala, en la semiobscuridad de un amplio velario azul, pequeñas mesas en que cenan alegremente algunos ingleses de frac y algunas inglesas rubias, escandalosamente escotadas. Un escenario, al fondo, sobre el cual se proyecta un foco de luz azul. Alfombra de caucho en el medio de la sala. Sentados ante una de las mesas, dos jóvenes elegantes: el mayor, Max, casi de cuarenta años, rubio, distinguido, robusto, precozmente envejecido, algo calvo; el menor, Bob, veinticinco años, nervioso, moreno, perfil seco de medalla romana, en el que chispea el cristal de un monóculo. Visten ambos irreprochablemente el frac. El "sommelier", de delantal negro, a la francesa, les entrega la lista de los vinos, y espera

Max (al "sommelier").—Vodka con el caviar.
El "sommelier".—Yes.
Max.—Con el salmón, un Chablis liviano. (A Bob). ¿Te parece bien?
Bob.—Yo bebo poco.
Max (a Bob).—Te prevengo, desde luego, que lo mejor de la comida son las "girls". (Al "sommelier", entregándole la lista.) Después, Mumm, cordon-bleu.
El "sommelier".—Yes, sir.
Max.—Pero, en fin, Bob, ¿cuándo llegaste?
Bob.—Anteanoche.
Max.—¿Y por qué no me buscaste enseguida?
Bob.—Tuve que ir a la Embajada. Perdí un baúl. Un infierno.
Max.—¿Y todavía hay gente a quien le gusta viajar! ¿Y qué impresión te ha hecho Londres?

Bob.—Excelente. Lo malo es la niebla.
Max.—Un "yellow-fog" sin importancia. A mí me encanta la niebla.
Bob.—Reverdece los parques.
Max.—Y no se ven los ingleses. (El "waiter" comienza a servirlos.) ¿Piensas demorarte?
Bob.—El tiempo indispensable para aburrirme.
Max.—¿Pasaste por París? ¿Cómo está París?
Bob.—Fúnebre. Muchos alemanes. Muchos rusos.
Max.—Y también algunas francesas. Eso es lo interesante.
Bob.—Una vieja ciudad, Nôtre-Dame, Mistinguett, las Catacumbas, Cécile Sorel...
Max.—Pues, hijo, yo voy a París para rejuvenecerme. Londres sería horrible si París no estuviese tan cerca. Tengo la impresión de que no hay mujeres sino del otro lado de la Mancha. ¿Y nuestra Lisboa? ¿Qué me dices de Lisboa?

Bob.—Pues, se vive.
Max.—¿Mis padres...?
Bob.—Tu mamá, bien. Tu padre, un poco fatigado. Se queja de que tú no le escribes.
Max.—Le mando telegramas. Ya no sé escribir. ¿Y mi hermana?
Bob.—¿Mary? Encantadora.
Max.—¿Sigue el "bridge"?
Bob.—Los jueves.
Max.—Perfecto Paillerón. La sociedad en que la gente se aburre. ¿Y tú, sigues siendo el compañero indispensable?
Bob.—Siempre.
Max (a Bob, cuando el "sommelier" va a servirlos).—¿Vodka, o prefieres kirvass?
Bob.—Detesto todo lo ruso.
Max.—¡Bah, burgués impenitente! Mira que la Sociedad de las Naciones no piensa de esa manera.

Bob.—Ha instalado la Cuarta Internacional a orillas del lago Lemán.
Max.—Barthou siempre tuvo ciertas inclinaciones por el caviar. Me parece que tiene razón. Mejor que un buen caviar, sólo un excelente baile ruso. ¿Viste a Karsávina en París?
Bob.—Vi a Litvinoff. Debe bailar admirablemente en Ginebra.
Max.—Al regresar, cuando pases otra vez por París, ve a "Les cloches de Moscou", calle del Coliseo, cerca de los Campos Elíseos. Es el restaurante en que acostumbran a cenar las bailarinas rusas de la Opera. ¡Qué mujeres, Max, qué mujeres!

Bob.—Las mujeres no me preocupan.
Max.—¿De veras, Bob?
Bob.—Me preocupa una mujer.
Max.—Pues yo, mi amigo, soy de opinión que una sola mujer es demasiado para un hombre.
Bob.—Cuando una nos gusta verdaderamente, las otras están de más.
Max.—¿Estás convencido de eso?
Bob.—Tan convencido, que debo hacerte una confidencia muy seria.
Max.—Pues a mí, viejo, sólo me gustan todas las mujeres. Y, aun así, sólo Dios sabe todas las locuras que he hecho en la vida.

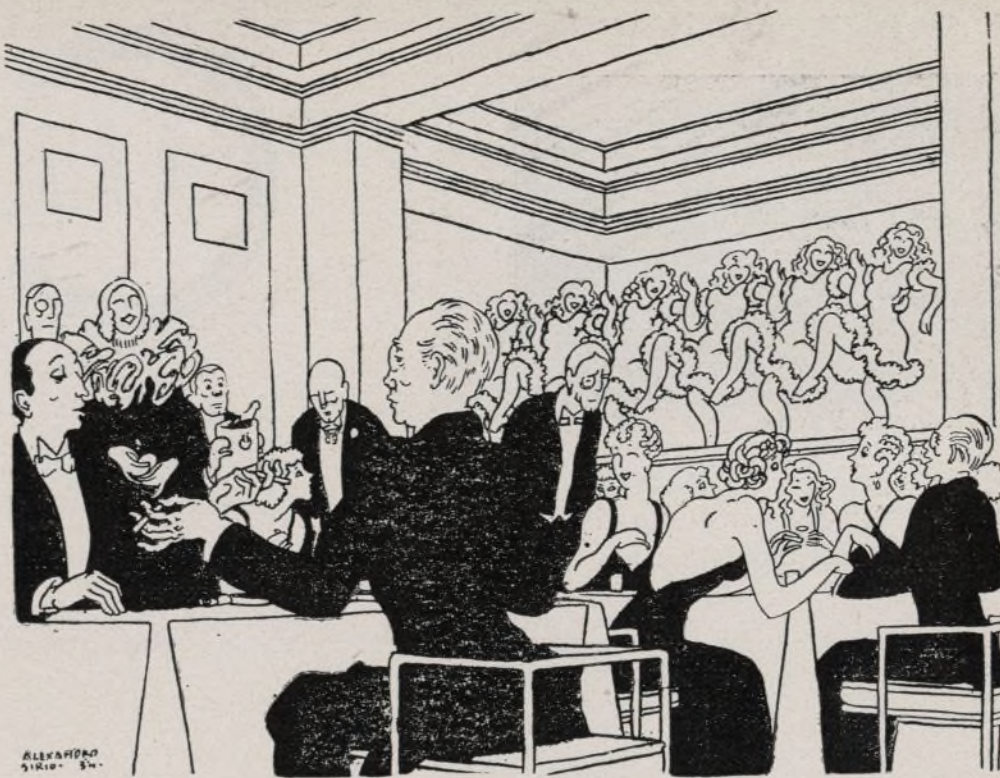
Bob.—¿Que ten gustan todas las mujeres, dices?
Max.—¡Claro! Porque no me gusta sino la mujer.
Bob.—Es otra especie de sentimiento.
Max.—Es el único, mi amigo. Lo que nosotros amamos es el amor. Esta o aquella mujer, poco importa. El amor es cualquiera de ellas, con tal que sea bella y nosotros la veamos. (Se apagan las luces de la sala; el foco azul del escenario se vuelve más intenso; se oyen las primeras notas de "jazz".) Vas a ver a las "girls" del Prince's. Dicen que son las mejores de Londres.

Bob.—La orquesta es detestable.
Max.—Los ingleses deliran por el saxófono. Pero ¿qué confidencias ibas a hacerme?
Bob.—Conversaremos en otro momento. Es una cosa seria.
Max.—¿Más sería todavía que las "girls"?
Bob.—Dejémoslo para el champaña.

Max.—El champaña es el vino de las confidencias. (Sale al escenario, y después a la sala la bandada rubia y color de rosa de las "girls".) Aquí las tienes. Una maravilla, ¿no es cierto?

Bob.—Sí. Todas son iguales.

Max.—Eso es lo que tienen de verdaderamente admirable. Si las trataras, no distinguirías a una de las otras. Ninguna de ellas es una mujer determinada, y todas son la mujer, en lo que ella tiene de más bello, de más sugerente, de más diabólicamente perturbador. ¿Qué me importa que una se llame Fanny, y otra Bet, y otra Madge? Es la misma mujer reflejada en una galería de espejos, el mismo instrumento de placer, universal y eterno, que delirantemente deseamos, y que es, por todo concepto, igual a sí misma. (Siguiendo, volup-



ILUSTRACION DE ALEJANDRO SIRIO,
GRAN ARTISTA ESPAÑOL RADICADO EN LA ARGENTINA

Variaciones sobre el amo

por

JULIO DANTAS

U N A F I R M A P O R T U G U E S A

tuosamente, las evoluciones automáticas de las "girls".) Fíjate, mi viejo Bob. Míralas una por una. Si las deseas a todas, como yo, has de convenir conmigo en que el amor es un sentimiento absolutamente personal.

Bob (dejando caer el monóculo, desdeñoso).—No me interesan.

Max.—¿Que no te interesan?

Bob.—Detesto la belleza "standardizada". No se puede amar a una mujer si no se la considera diferente de todas las demás.

Max.—¿Y tú crees "que existe una mujer diferente de las demás"?

Bob.—Tengo la seguridad.

Max.—¿Acaso estás enamorado, mi viejo Bob?

Bob.—Y de una sola mujer; al revés de lo que te sucede a ti.

Max.—Siempre comenzamos por una. Por la que tenemos más al alcance de la mano.

Bob.—Nunca amaré a otra que no sea ella.

Max.—Es una ilusión vulgar, cuando tenemos treinta años. (Las "girls" bailan alrededor de las mesas.) Ponte el monóculo y mira. Todas las "girls" son la misma "girl".

Bob.—Pero no todas las mujeres son la misma mujer. Hablemos en serio, Max. Me voy a casar.

Max. (Al "sommelier", que se acerca).—Destape el champaña.

Bob. (Cuando el champaña crepita en las copas).—Quiero que bebas a mi salud.

Max.—Buena falta te hace. Tú estás enfermo, Bob. Seguramente, estás neurasténico.

Bob.—¿Por qué? ¿Porque pienso casarme?

Max.—Vete a un sanatorio, haz una cura de reposo, lee "Legende Dorée des Bêtes", y dentro de un mes estarás curado.

Bob.—No. Me voy a Liverpool a tratar un negocio con la casa Harrison, paso después por París, y de aquí a un mes estoy en Lisboa, y de aquí a dos meses estoy casado. Es algo mucho más eficaz que leer la "Legende Dorée des Bêtes".

Max.—Pero mucho menos instructivo. (Levantando la copa.) ¡A tu salud, Bob!

Bob.—¡Gracias!

Max.—Pero esa fatalidad, ¿es realmente irremediable? ¿Estás resuelto a precipitarte en el abismo?

Bob.—No me compadezcas. Es un abismo encantador.

Max.—El amor no puede ser un caso especial. La música no es sólo una sonata. El amor no es sólo una mujer. Una mujer representa, a lo sumo, ocho días de magnífica locura. Y esos ocho días, Bob, los vas a pagar con la eternidad del tête-à-tête, con el intolerable aburrimiento de una existencia entera. No hay ninguna mujer capaz de encontrar en sí el vértigo del amor, el ansia de infinito que se desborda del corazón del hombre. ¡Todas, todas, todas, y no alcanzan, mi pobre Bob! ¡Todas, sin que sepamos cómo se llaman, ni quiénes son, ni si sufren, ni si lloran, ni en qué piensan, ni cuál será su destino; todas, como chispas desprendidas de la misma hoguera inmortal; todas y ninguna, porque la más bella mujer del mundo, al cabo de ocho días, no vale más que la espuma de este champaña, ni el humo de este cigarro. Las mujeres, todas las mujeres—¿quién lo duda?—son la más pura expresión de la divinidad; pero una sola mujer, aferrada eternamente a la vida de un hombre, es el más aburrido, el más tenebroso, el más horrible de todos los animales del universo. Por lo menos, desahógate, hombre. Abreme tu corazón, cuéntame tu infortunio. ¿Con quién te vas a casar, desdichado?

Bob.—Con tu hermana Mary.



El buen cinema nacional no es buen negocio

El candente asunto del cinema nacional, traído y llevado ahora más que nunca con enorme ruido y discusión, tiene matices propicios al comentario —al amargo comentario— por donde quiera que se le mire.

Hemos llegado a conclusiones bien tristes. Es posible que en España se tarde mucho en construir buen cinema. Ajeno ahora a toda preocupación económica inmediata, el problema tiene un lejano vicio de origen. No hay público suficiente con sentido de los valores puros del séptimo arte para sostener con su asiduidad la realización de films elevados y dignos. Las minorías de las principales urbes españolas, atentas al latido cordial del cinema, no significan nada, o casi nada, para los productores en ciernes ante la enorme masa de público nacional que se nutre gustosa y ávidamente con películas mediocres o malas simplemente.

Se trata, pues, de un caso elemental de educación. Pero de un caso tan complejo y erizado de dificultades, que linda ya con un extremo de franco desaliento.

Este pesimismo honrado y leal que nos domina, ingrato de sostener y de hacer público, se afianza ahora con datos precisos y desconsoladores, proporcionados por figuras conocidas en la órbita comercial del cine. Hemos oído cosas peregrinas a este propósito. Y no se olvide que tratamos únicamente del lado puro y estético del cinema, y no del material y económico, próspero, al parecer, como nunca y en vías aún de mejores éxitos.

En todo el ámbito geográfico de España, las películas nacionales de peor catadura artística tienen un éxito incalculable de público. Con un asunto conocido y popularizado por cualquier vehículo de difusión—novela, teatro, zarzuela—y media docena de nombres contumaces en nuestra producción, se crea fácilmente un negocio próspero y boyante, cuyo riesgo económico queda reducido hasta un extremo ridículo. La crítica ponderada, adversa casi siempre, aunque con algo de paternal benevolencia, natural hasta cierto punto, no influye para nada en el negocio que se ventila. Nuestros productores se preocupan, pues, del éxito económico, prescindiendo casi en absoluto del otro matiz estético y universal de la obra emprendida.

A nosotros no nos parece mal este afectuoso y decidido interés para el lado pecuniario. Quisiéramos solamente otro poco de afán íntimo para el empeño artístico que se acomete.

Andan por las pantallas de Europa las distintas versiones idiomáticas hechas de nuestra "Travesía molinera", el único grito del cinema nacional que se ha oído con claridad fuera de España. Y, sin embargo, aquí no fué, ni mucho menos, un film "comercial". Acogido jubilosamente como una promesa cierta ya y admirable de mejores éxitos, cayó poco menos que en el olvido al abandonar el salón de su estreno.

Pero no importa; por ahí bullen semanas y semanas, lleno tras lleno, y de pueblo en pueblo, películas melodramáticas, zarzuelas y novelas fotografiadas, envueltas en la devoción y el aplauso de un público numeroso y respetable, pero des-

ANNA MAY WONG



Cine

Por GABRIEL GARCIA ESPINA

conocedor de los valores peculiares y únicos del cinema.

Muchas veces habremos de soportar todavía esa íntima y amarga pregunta, constante en su martilleo ante cualquier espectáculo cinematográfico digno: "¿Cuándo haremos en España algo así?..."



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

○ "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.

⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.

● "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

⊕ *Fedora*.—Una película que carece en absoluto de valores cinematográficos. Es puro teatro fotografiado. Y teatro muy fin de siglo, además, con su adulterio y todo. En gracia al nombre ilustre de Sardou, que presta su drama para este ensayo cinematográfico, y en recuerdo de Sarah Bernhardt, su gloriosa intérprete teatral que fué, salvamos el film de nuestro pronóstico desfavorable y le calificamos con un regular nada más. Ya saben ustedes lo que van a ver: teatro. Todo lo que resta está bien. Interpretación, arquitectura... Discreto y un poco cansado en conjunto. El ojo ávido del tomavistas se aplanan y oscurece asfixiado por los límites exteriores de un argumento inútil para sus posibilidades.

○ *Un cierto señor Grant*.—Es un buen film, que ya es bastante. Aún no se acabaron las películas de espionaje, puesto que hay materia virgen todavía en un asunto tan trillado. Aquí se desenvuelve el argumento en una atmósfera ilustre de escenarios naturales bellísimos y con una interpretación irreproachable. La primera escena del film

tiene una marca dinámica tan "americana", que sobrecoge al espectador recién acomodado en su butaca. Jean Murat, el maduro galán francés, lleva su papel con la desenvoltura amable que le caracteriza.

● *Estudio en rojo*.—Otra más "de miedo" y, como casi todas sus predecesoras, mala. A pesar de ello, hay mucha gente incondicional para este género truculento y contumaz. Pobre de escenarios y de sonoridad ingrata, por lo irregular y chillona, no hallamos nada digno de un elogio franco y sincero en esta aventura pseudopoliciaca y cinematográfica.

⊕ *El encanto de una noche*.—Kate von Nagy llena, con su figura graciosa y expresiva, todo el largo desarrollo de esta picante aventurilla de vodevil. Ella y Lucien Baroux, el gran cómico francés, de cuyas cualidades se ha usado y abusado en tantas películas, levantan ahora el premioso desenvolvimiento de este asunto, que pudo tener cauce más desenvuelto y vistoso.

○ *La taquimeca se casa*.—Jean Murat, Marie Glory y Armand Bernard, de feliz recuerdo en aquella película que se llamó "La taquimeca", reanudan en este film, y en cierto modo, las aventuras que iniciaron allí. Ya es cosa corriente en los productores de películas la insistencia sobre temas argumentales idénticos o parecidos a otros que dieron buen resultado económico. Ahora el intento ha salido bien, caso que no suele darse con frecuencia, por aquello de que nunca segundas partes fueron buenas. Gracioso el asunto, bien llevado y muy bien interpretado, es grato de ver. Se trata de una de esas películas que podríamos llamar superficiales, en el sentido de que causan un goce externo en el espectador, una satisfacción física a flor de piel, un placer casi material, del que está ausente por completo el caudal de emociones que debe existir en todo ser humano de cierta altura espiritual. Esto es un poco largo de explicar; pero ustedes ya lo comprenden.

○ *El rey de la suerte*.—Buena película para reír, dirigida por un viejo prestigio del cinema francés, Leon Mathot, e interpretada por Georges Milton, el hombre popularizado en este tipo de films. El argumento alegre, desenvuelto casi exclusivamente a base de Milton, y un ágil humor en dosis prodigas, llevan la película a un puerto feliz y sin complicaciones.

Más películas para la temporada próxima

Seguimos con la enumeración de las obras cinematográficas que serán públicas en un futuro inmediato. A continuación tienen ustedes varios nombres, acaso provisionales todavía, de films ingleses y americanos producidos o distribuidos por Artistas Asociados. Van acompañados de algún detalle interesante, y también de alguna apostilla "precritica" que se nos ha escapado.

"La llama interior".

Con Mary Pickford, o "la novia de América", como ustedes quieran. La célebre ex ingenua se presenta con esta película después de un dilatado alejamiento de la pantalla.

"El poderoso Barnum".

De la XXth Century, obra que se basa en la historia del empresario de circo más famoso del mundo. Son sus intérpretes principales Wallace Beery y Fredrich March. El primero tiene a su cargo el papel de P. T. Barnum.

"El gato rojo".

Adaptación de una obra teatral europea, de la cual son autores Rudolf Lothar y Hans Adler. Drama de intriga en las altas esferas sociales, a las que logra llegar un hombre audaz y de personalidad magnífica.

"El cardenal Richelieu".

Con George Arliss de protagonista. El ilustre intérprete de *La casa de los Rothschilds* actuará aquí en un ambiente de evocación histórica suntuosísima.

"Clive en la India".

Producción de D. F. Zanuck que muestra a Ronald Colman en una nueva fase de su carrera. Es la historia de un famoso personaje británico, en cuya vida cabe una sola mujer, y que todo lo sacrifica por amor a su patria.

"Folies Bergère".

Película alegre, musical, de corte francés, como su título sugiere, e interpretada, naturalmente, por Maurice Chevalier.

"Tenía que suceder".

Con Clark Gable y Constance Bennett, actuando en un ambiente moderno y alegre. Encarnan a dos personajes que, impulsados por el amor, entablan una verdadera batalla de ingenio.

Imaginamos que esta película va a tener alguna semejanza con *Sucedió una noche*, el film de reciente e inolvidable recuerdo. Realmente, de *Tenía que suceder* a *Sucedió una noche* no hay más que un paso...

"Cabalgata americana".

La historia de ciento veinte millones de seres humanos y lo que la civilización hizo con ellos entre los años 1914 y 1934. El virus caótico introducido en el cerebro y el corazón del pueblo norteamericano.

Algo nos imaginamos a propósito de este film. Su argumento ha sido tocado ya por manos expertas en diferentes ocasiones.

"La llamada de la selva".

Heroica historia del Klondike, debida a la pluma de Jack London.

"Ingra".

Otra película de la productora que preside Mr. Schenck. Ha sido adaptada de la obra del autor ruso Surgachoff y gira sobre el tema del hombre que hizo saltar la banca de Montecarlo.

"El muchacho de los millones".

Una comedia musical de gran espectáculo a base de Eddie Cantor. Le acompañan en el reparto Ethel Merman, Ann Sothein, Block y Sully, ar-



tistas de radio, y el conjunto de las Goldwyn girls. Las canciones del film se deben a Gus Kahn, y la dirección es de Roy de Ruth.

"Noches de Moscú".

Una producción con la extraordinaria actriz rusa Ana Sten, en compañía, esta vez, de Gary Cooper.

"Vivamos de nuevo".

Versión libre de la *Resurrección*, de Tolstoi; también con Anna Sten. Y con Fredrich March. El director es Rouben Mamoulian.

La famosa obra del apóstol ruso recibe con este nuevo film el tercero o cuarto golpe cinematográfico. Vamos a tener un poco de formalidad, que ya está bien.

"El conde de Montecristo".

Adaptación de la popular novela de Alejandro Dumas, con el actor británico Robert Donat en el papel de Edmundo Dantés. Elisa Landi, William Farnum, Louis Calhern, O. P. Heggie y Sydney Blackner completan el reparto. Según los editores, el film ha costado un millón de dólares.

Será, sin duda, una película comercial de empuje. No en vano ha sido devorado el novelón de Dumas por la muchachada de varias generaciones. De su calidad estética y cinegráfica, que no prejuzgamos, ya tendremos ocasión de ocuparnos.

"El último amor de don Juan".

O *The private life of Don Juan*—lo queremos poner hasta en inglés—, con Douglas Fairbanks, Merle Oberón, Benita Hume, Joan Gardner, Binnie Barnes, Natacha Paley y Athene Seyler. La mar de señoras acompañan al maduro galán, como ven ustedes. La dirección se debe a Alejandro Korda, el gran realizador de *La vida privada de Enrique VIII*.

Y, no sabemos por qué, nos parece que vamos a reír a gritos con este film. O que vamos a llorar, que se dan casos. La indignación puede adoptar en muchos casos estas dos características fisiológicas.

"Dentro de cien años".

Una visión del mundo futuro, tomada de la famosa obra de G. H. Wells. El mismo Alejandro Korda la produce, y la dirección está a cargo de Lewis Mittlestone.

"Bosambo".

Versión de una novela de Edgar Wallace. Sus escenas se desarrollan en una vasta región del África, absolutamente virgen hasta que algunos aviadores europeos lograron filmarla. Nina Mac Kinney y Paul Robertson, artistas negros ambos, son sus intérpretes principales.

"Ganarás el pan".

Película de hondo contenido humano, como su título insinúa. Producida por la Viking, ha sido dirigida por King Vidor, el animador excepcional de *El gran desfile*, *La calle*, *Aleluya*...

Karen Morley, Tom Keene y Bárbara Pepper son sus intérpretes principales.

ANN HARDING





El Ojo Viajero LOS ANGELES

POR
Zemón Muñoz Lavelle
FOTOS Y DIBUJO DEL AUTOR

madera, garajes de cemento, el club femenino, la biblioteca popular, el equipo de "base-ball", el ciudadano honorable candidato a alcalde y la "miss" local que fracasó en su ascensión a Hollywood...

Casas con jardines. Flores, plantas, "cottages, cottages", avenidas, plantas, flores y casas con jardines. Y siempre avenidas. Esa es la entrada a Los Angeles, radio central.

El viajero viene con las retinas cargadas de flores y dilatadas sus órbitas en el continuo admirar de una ciudad-jardín. Marcado de color no advierte que el autobús ha llegado a la plaza Pershing, en el corazón de la urbe.

Me despierto en un pozo; estoy hundido en la concavidad formada por la alineación de altos edificios que pegan codo con codo. Me encuentro—como diría un norteamericano—a cincuenta pisos sobre el nivel del mar.

La plaza Pershing es un rincón tropical que expande sobre sus aceras la generosidad de las palmeras. También ella está cruzada por avenidas, amplios caminos sobre un piso de mosaicos pequeños, que en sus márgenes depositan hileras de bancos y una humanidad en reposo. No están allí buscando la sombra; sus diarios, abiertos en una misma página, revelan la identidad de todos: desocupados. Comentan entre ellos las escasas vacantes que anuncian los periódicos; están en mayoría los jóvenes, y no por cierto mal vestidos, sino que, al contrario, todos lucen sus buenos trajes. Yo me asomé a Los Angeles en las primeras horas de la crisis, cuando aún ni se soñaba en los Estados Unidos con la magnífica revolución de Roosevelt. Los Angeles, ciudad rica, hecha en un suspiro, levantada como se levantan las ciudades norteamericanas, por firme resolución de gente de todas partes que quieren trabajar y prosperar, se encontraba luchando contra el pesimismo con grandes humoradas de Will Rogers y numerosos mítines de fe en el porvenir. Y atizando a la campaña del optimismo, las perspectivas económicas de la Olimpiada, que se celebraría meses después. Pero entretanto, allí estaban inertes muchos robustos brazos jóvenes que antes empuñaban un timón cualquiera en el gran sueño de todo norteamericano: "prosperity".

Mucha gente en mangas de camisa. La indumentaria, sin cuidado, del norteamericano tiene por el clima californiano una excusa más. Y ellas, con sus escotes más que generosos y sus telas transparentes... Ellos con el cuello de sus camisas abierto y arremangados. Todos a un mismo ritmo de laboriosidad, unificando su paso ligero a un solo compás: el de mascar goma.

En la Avenida Broadway están los grandes almacenes y los buenos cines y teatros. Aquí volvemos a encontrarnos con los carteles del "Burlesque", esos "music-hall" americanizados, con sus chistes en tono verde importados de París. El extranjero de última tanda busca en vano un hueco en la pared, un simple rincón donde adherirse al muro para ver este corso de mujeres bonitas... La pelirroja, la rubia, la morena, la más rubia, la más roja, la más morena..., y todas, todas, sin excepción, con pecas; unas pecas que lucen en California como los lunares en Europa; unas pecas que, sin duda alguna, se han de vender por cualquier escaparate de estos bajo un rótulo de "Elisabeth Arden".

En esta avenida tenemos al "Million Dollar Theatre", el "Palace"; sobre la esquina de la calle Siete tenemos a uno de los mil y pico teatros de Loew, a pocos metros del "President Theatre", que ocupa los favores de la acera de enfrente. Poco más arriba, sobre la calle Ocho, pegan sus medianeras el "To-



wer Theatre" y el "Rialto", y casi al llegar a la otra esquina el "Orpheum". Por último, el edificio de espectáculos de Artistas Asociados.

Otras no menos importantes salas de teatro y cinematógrafo se desparan por las calles vecinas a la plaza Pershing.

Luego, entre los grandes espectáculos de Los Angeles están los hoteles Biltmore y Ambassador, donde frecuentemente se hallan estrellas y astros de la pantalla. El "Coconut grove" del segundo es mundialmente famoso por sus bailes de gala, que congregan a lo más significativo de la aristocracia del celuloide.

A la deriva, en medio del torrente humano de la Avenida Broadway, me introduzco por la primera bocacalle semilibre de mi ambular por el radio central de Los Angeles. Depositando los ojos en todos los escaparates y en todos los escotes, me detengo frente a la vidriera de un pequeño restaurante.

"La Paloma".

Y entré.

Letreros en español e inglés llenan las paredes: Enchiladas calientes. Tamales de pollo. Spaghetti. Chicken Roast...

Y detrás del mostrador la fachada aplastada de un pugilista y los ojos punzantes de una mejicana.

El hombre de las orejas de coliflor y la nariz aplastada es Jimmie Dime, el propietario; ella es una tejana que en el barrio latino canta todas las noches "La Paloma". Jimmie Dime ha sido campeón peso pesado del Pacífico, y es popular por los estudios como intérprete de papeles rudos. Su cara, vieja conocida para mí, fué mi carta de presentación.

A partir de aquel almuerzo de enchiladas calientes y tamales, que hervían de pimienta, Jimmie Dime me tomó el brazo derecho... y la tejana el izquierdo. Dos guías inmejorables para saber qué tienen Los Angeles hasta en la médula.

Itinerarios, lector: viajes por pocos dólares en los mejores autobuses del mundo. En los coches de la "Gray Line", de los "Tanner Motor Tours", paisajes, villas, desiertos, montañas y, en todas partes, mujeres bonitas, mujeres con pecas y flores, flores bellas, pero sin pecas.

Y es Jimmie Dime quien, entre relato y relato de su carrera pugilística y anécdota y anécdota de su vida de "extra", me va enseñando los maravillosos alrededores de Los Angeles.

—Esto no valía nada—me dice enseñando las colinas que circundan a la ciudad—. Eran tierras peladas que hace diez años podría haberlas adquirido por céntimos; nadie tenía la ocurrencia de instalar sobre ellas cuatro paredes. Pero un día alguien escarbó la tierra... y brotó petróleo. Hoy día no se pueden comprar ni por millones. Así son las cosas en esta tierra... Ayer nada, hoy mucho, mañana ¿quién lo sabe?...

Itinerarios para tu visita a Los Angeles, la ciudad del sol perpetuo y de las mujeres con pecas:

Pasadena, al pie de las montañas de San Gabriel. Un jardín con chalets. Un jardín maravilloso, el jardín del mundo. Flores por millones, plantas por millares. Rosas como repollos... y rubias, pelirrojas y morenas, con pecas. "El Ranchito", el hogar de campo de D. Pío Pico, el último gobernador mejicano de California; construida en 1826, es la más antigua casa de adobe de dos pisos de toda California. Fué en ella donde el gobernador Pico arrió la bandera de Méjico para dar paso al primer gobernador norteamericano, el Comodoro Sloat.

El Campo de Cahuenga, lugar de batallas y tratados de paz; los campos de batallas de La Mesa, donde en 1847 se realizara el último combate contra los californianos. El Cañón de Placerita, donde en 1842 se descubriera por vez primera oro. La Misión de San Gabriel, levantada en 1776 y conservada con todo cariño por los nativos como un museo de arte californiano. Se la conoce como "la reina de las misiones". Partiendo de esta misión en 1781, el padre Felipe de Neve, dirigiéndose hacia el Oeste, llegó hasta el sitio en que hoy se levanta la ciudad de Los Angeles. También la Misión de San Fernando es un lugar que requiere la visita del buen turista. Y por todas partes, a través de kilómetros abiertos a los cuatro puntos cardinales, la sombra del gran Junípero de la Serra.

Pero eso no es todo. Los Angeles tiene otras maravillas sin mencionar. Sobre el valle de las montañas de Santa Mónica hay tres grandes misterios: Hollywood, Culver City, Beverly Hills. Pero eso es un itinerario especialísimo del ojo viajero. Las ciudades del cine quedan para otra ocasión.

Y antes de estrechar tu mano, lector, quiero hacerte una recomendación. Sobre el Pacífico tienes estos lugares de belleza extraordinaria; las playas de Santa Mónica, Venecia, Del Rey, El Segundo, Manhattan, Hermosa, Redondo, Ocean Park. Allí encontrarás las arenas más finas y los cuerpos más esculturales. Caderas y piernas de todos los Estados de la Unión; los mejores cuerpos femeninos de la nación. Y rubias, morenas y pelirrojas, con pecas.

Entré a la bahía de San Pedro por los caminos de luz que abrían en la noche los reflectores de los "superdreadnoughts" anclados; franjas de tiza sobre el pizarrón infinito para indicar al viajero novísimo la dirección de la tierra prometida del nuevo mundo—Los Angeles—oculta a una hora de autobús desde los muelles de Diamond Co.

En el recodo de San Pedro, el corazón late inusualmente. Parece tenerse casi entre las manos, bajo la caricia de los ojos, a la ciudad que roba esperanzas de todas las fronteras para fundirlas en sus barrios de sol y flores en una misma ilusión: el cinematógrafo.

San Pedro no estoy muy seguro si es una inicial o un punto final. Para quienes como yo llegan hasta sus muelles sin más propósito que absorberse las bellezas californianas, San Pedro es una puerta de entrada. Para los demás, a las tristes figuras que abandonaron hogar o patria atraídos por el espejismo de su industria, es un refugio, hasta una salida de escape.

Yo traía de San Diego la visión explosiva del poder naval del Tío Sam. Luego, en el tranco de travesía de puerto a puerto, peces de plata emergían de las aguas para denunciarnos que los submarinos norteamericanos están listos por doquier a la primer contingencia. Pero la visión de la guerra del Pacífico se desvaneció entre las colinas de San Pedro, muy a pesar de los poderosos buques de guerra y el portaaviones "Saratoga" que cuidaban su entrada. San Pedro anuncia a Los Angeles con sus "dancings" en profusión y las calles embriagadas de luz; su vida nocturna me albergó por una noche, horas de bienvenida, donde mujeres bonitas cien por cien daban la pauta de las emociones posteriores. Es que a San Pedro han ido a parar los excedentes humanos de Los Angeles, la humanidad de mujeres espléndidas de todas partes del mundo que rebosan de la reducida copa de Hollywood.

Un amanecer californiano se ofrece de guía, y con él voy subiéndolo y bajando las calles de San Pedro, tratando de robarle a cada ventana el secreto de una estrella fracasada.

El autobús aguarda junto al despacho aduanero. Los requisitos son breves para viajeros de última hora, a quienes acompañaré en el salto de San Pedro al corazón de Los Angeles.

Hace muchos años yo tenía un amigo en esta ciudad—me cuenta uno de los pasajeros—. Las cartas que le remitía sólo llevaban su apellido, el nombre de Los Angeles y el del Estado. Hoy día mi amigo continúa viviendo aquí, pero ahora es preciso consignar el nombre de la calle en que habita, el número de la casa, las señas del barrio en que vive, y ponerle sus nombres con todas las iniciales. En diez años el incremento de Los Angeles se ha subido por las colinas cercanas y ha extendido por el horizonte un cerco de torres petrolíferas. Esta ciudad es uno de esos milagros norteamericanos que, a fuerza de repetirse, van perdiendo interés, pero que analizados por quien vive ajeno a este ambiente de gigantismos señalan el poder de esta nacionalidad que, manipulando desiertos construyen en una década formidables centros poblados...

Los kilómetros que van del puerto de San Pedro a Los Angeles ponen en la ventanilla del auto-excursión continuas muestras de la potencialidad de la zona. Cruzamos Wilmington, todo el radio de Long Beach; las destilerías y refinerías de petróleo se suceden unas a otras, amalgamando sus tanques inmensos, la extraña maquinaria y las cañerías de ignorada actividad; todos ellos motivos poéticos de esta civilización exclusiva y que algún día aprovechará Carl Sadburg cuando escape de su Chicago.

Los caminos están enmarcados durante varios kilómetros por los muros que abarcan ese mundo de nueva riqueza, ese jarabe negro que tonificaría el destino de muchos países y que en otros es causa de ingentes discordias. Los "trade-mark" de los más poderosos "trusts" del mundo están pintados a través de todo el proyecto; es aquí donde tienen sus pulmones.

Esta visión de potencialidad se corta de repente en unas charcas, donde corcovea un tractor; cuadros verdes peinados por el arado, que le advierten al viajero que la fortuna fácil no ha mareado al hombre, y que al lado de la multimillonaria empresa de petróleo un ciudadano libre cultiva su campo... ese campo al que hoy los norteamericanos, como sus abuelos los "pioneros", están aprendiendo a bendecir de nuevo.

La hora de viaje transcurre demasiado pronto. Las explicaciones de un guía mexicano, que no ha sabido interpretar los pedazos de interés y ha dejado escapar lastimosamente la apología del bosque de torres negras, me han arruinado la excursión. Poco a poco el campo se contrae para dar paso a grupos de viviendas, que avanzan todos los años. Sin duda alguna en mi próxima visita a esta ciudad del sol, en un año cualquiera de buen humor viajero, he de encontrar cubiertos los retazos de campo por ciudades en construcción, con sus "soda fountains", sus almacenes de cinco y diez céntimos, los chalets de

Samara
CAMISERIA Y NOVEDADES
Av. Conde Peñalver, 16
MADRID

Otro diamante sudafricano de gran tamaño

En enero último fué hallado por Jacobo Jonker un valioso diamante en Africa del Sur, en los aluviones de un afluente del río Pienaars, junto a la mina de diamantes "Premier" (nordeste de Pretoria).

Su peso es de 726 quilates (142,2 gr.). No existen pruebas que puedan revalidar la hipótesis emitida de que este nuevo diamante sea la porción que faltaba del "Culliman", encontrado en 1905. El "Culliman" pesaba 621,2 gr. (3.106 quilates) y, por su gran superficie de fractura, se vió que era sólo una porción (tal vez más de la mitad) de un cristal mayor. Los diamantes, a veces, han resultado rotos, durante las erupciones del magma de kimberlita.

Otros diamantes, también de gran tamaño, pero de calidad bastante mediocre, han sido hallados en la mina "Premier": uno, de 1.640 quilates, en 1912; otro, de 1.500, en 1919, y otro, de 1.195,5, en 1924 (el primero de estos pesos se refiere al quilate inglés de 205,340 mg., y los dos últimos, probablemente, al quilate métrico de 200 mg.). El diamante que sigue en tamaño es el "Excelsior", hallado en 1893 en la mina de Jagersfontein, en el Estado Libre de Orange, que en bruto pesaba 199,04 gr.

Respecto de los diamantes antiguos, el "Koh-i-Noor" pesa 21,786 gr. (108,93 quilates métricos).

Existe un agregado compacto de cristallitos de diamante, hallado en Bahía en 1895, que pesa 630 gr.

FEDERICO CHOPIN

Genio de la música. Nació en un pueblo de Varsovia en febrero de 1810. A temprana edad manifestáronse sus aptitudes musicales, preferentemente, por el piano. "Se ensayó en la composición y, como en el instrumento mencionado, hubo de renunciar a dirigirle. Sigue una vía extraordinaria, porque sus dotes son extraordinarias"—decía su profesor.

Le agradaba estudiar la historia de la literatura polaca, y en ello ponía el mayor empeño y todo el fuego de su espíritu apasionado. Se tiene entendido que esta cultura contribuyó a desarrollar en su alma ese amor piadoso e irresistible hacia la patria sufrida.

En un corto viaje que hizo a Berlín—cuentan sus biógrafos—, mientras esperaba en la posada en que se hospedaba el relevo de la diligencia, se puso a tocar en un piano vetusto para hacer menos aburrido el tiempo de la espera. No tardó mucho en contar un nutrido auditorio que, al terminar la ejecución, le llevó en hombros hasta el coche.

En aquella época su arte carecía de la influencia del amor. Un año más tarde este sentimiento se apodera de su corazón, y ama a una condiscípula del Conservatorio, llamada Constanca. Su piano es el confidente de su alma tímida para estas revelaciones sentimentales.

Su impaciencia por conocer el juicio que de su arte pudieran hacer los críticos de Viena y de París le hace abandonar el suelo natal sumido en tristezas infinitas. A su partida, los amigos le ofrecen una copa de plata llena de tierra de Varsovia.

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

Compone su famosa "Marcha Fúnebre", en Viena, entre los sufrimientos que le torturan por la insurrección nacional que estalla en Polonia.

París le retiene. En la gran ciudad lleva una existencia brillante durante diecinueve años, que le conduce a la inmortalidad.

Frecuenta la más elevada sociedad. Se le busca, todos se lo disputan, es el hombre de moda. El entusiasmo cunde por su personalidad, por sus composiciones, por su ejecución; todo el mundo le pide lecciones; el éxito que le rodea es prodigioso.

Chopin había amado a Constanca; pero aquel amor era el de un adolescente, del cual no había guardado más que un delicioso recuerdo. Partió él de Varsovia, ella se casó, y el tiempo se encargó de hacer cesar el encanto.

Un nuevo amor, truncado cuando parecía florecer con más vida y al que había entregado como a ninguno su corazón de hombre y de artista, le hace desgraciado. Hace un paquete de las cartas de la elegida, le ata con una cinta y escribe encima: "Mi desgracia."

Una anécdota de Eladio



El viejo Eladio Leirana visto por nuestro dibujante Arteche.

Así, Eladio a secas. Ya basta eso para identificar al propietario de la vieja y tradicional "tasca" de la calle de la Independencia, que ha hecho las delicias de los madrileños amantes de la buena cocina. ¿De los madrileños? En cualquier rincón de España, allí donde hay un señorito que alguna vez por año viene a la capital, se sabe de la existencia de este restaurante, único en su género, en donde el menú es cantado de arriba abajo y luego de abajo arriba. Solamente los muy madrugadores o los muy rezagados han logrado sentarse a una mesa sin hacer una espera. Siempre es necesario aguardar que algún parroquiano deje su sitio: tan numerosa es la clientela de Eladio.

No es menester explicar las causas de esta popularidad. La casa de la calle de la Independencia sigue la gloriosa tradición de la buena cocina española. De ahí el favor del "gourmet" que hay en todo español.

El fundador de la casa, D. Eladio Leirana, ya viejo y pleno de sabiduría culinaria, no es hoy más que una figura robusta y magnífica, cuyos colores y cuya salud pregonan mejor que nada las excelencias de su cocina. De él se cuenta la siguiente sabrosa enécdota:

Era en plena temporada lírica. El maestro Guarnerio dirigía ese año la orquesta del Teatro Real, y todas las noches, antes de dirigirse al coliseo, tomaba un tentempié en la "tasca" de Eladio. (La cena la dejaba para después de su tarea.)

La noche del cuento, Guarnerio había pedido un par de huevos fritos, y se impacientaba al ver que, no obstante sus reclamaciones, los huevos no llegaban. Al fin, no pudo contenerse e increpó duramente a Eladio:

—¡Esta es la última noche que vengo a su casa! —clamó, furioso.

—¿Pero qué se ha creído usted?—repuso Eladio—. ¿Que hacer un par de huevos fritos es como dirigir "Parsifal"?

Y Guarnerio, emocionado ante ese desborde de este orgullo artesano, selló las paces con Eladio, dándole un sonoro beso en la mejilla.

CAPITOL PRESENTA



Un extraordinario éxito de CAPITOL

Se dedicó por entero a su arte para disipar los dolores de esta contrariedad, que, unida a su enfermedad del pecho, le lleva a la tumba a los treinta y nueve años de edad.

Sus funerales fueron imponentes. El servicio religioso se hizo de la Magdalena, donde su ataúd entró a los sonos de la "Marcha Fúnebre", orquestada expresamente para esta ceremonia, la misma que él había compuesto, llorando, por su patria. Los más grandes artistas y los hombres de más prestigio de Francia tuvieron a honor acompañar sus restos hasta su última morada, el cementerio de Père-Lachaise, donde reposan bajo la tierra de su país. Sus amigos tuvieron el buen cuidado de arrojar sobre su tumba la que él había traído, y conservaba, de su querida Polonia.

Su cuerpo, símbolo de su materia, se conserva en Francia, que le ciñó la corona del triunfo universal. Su corazón se guarda en una iglesia de Varsovia como un respeto a la voluntad del gran artista, que murió entre los dolores de la nostalgia por la ausencia de la patria sufrida y amada.

Investigaciones oceanográficas en el Polo Sur

Desde el 8 de abril de 1932 al 29 de marzo de 1933, el buque inglés "Discovery II" ha realizado un interesante "raid" de investigación oceanográfica y biológica en la parte sur de los tres grandes océanos. Aunque el objeto práctico de la expedición era el estudio de la distribución de la ballena y de su alimentación, se han hecho multitud de observaciones de carácter físico, como el establecimiento de la frontera entre las aguas frías antárticas y las corrientes cálidas del norte, realización de más de 9.000 sondeos acústicos.

La expedición tuvo un final tan trágico como inesperado: dos días antes de llegar el buque a Inglaterra, su comandante, W. M. Carey, fué lanzado al mar por una ola en el golfo de Vizcaya, donde se ahogó a pesar de los esfuerzos hechos por salvarle.



Melomanía de las focas

Los radioescuchas del mundo entero han podido seguir recientemente una emisión del almirante Byrd, propalada desde las regiones antárticas, en cuyo programa se había incluido—y anunciado previamente—un concierto de focas y diálogos entre pingüinos. El almirante Byrd, para saciar la curiosidad y el asombro del público ante este éxito sin precedentes, dió por radiotelefonía la siguiente explicación:

"Las focas son los animales melómanos por excelencia. Cuando al borde del "pack" ponemos en movimiento un fonógrafo, eligiendo la música más melodiosa, no tardamos en ver acudir a las focas y los pingüinos, que se ponen a escuchar con profundo recogimiento. Basta hacer cesar la música para oír a esos animales reclamar a gritos la continuación del concierto. He aquí el secreto de mi emisión."

R A D I O W O R K S

Esta sección, que aparecerá de una manera accidental en nuestra revista, no es una sección de publicidad. Advertimos esto para evitar solicitudes, que tendríamos que rechazar, aunque vinieran acompañadas de un contrato. Desfilarán por esta plana aquellas tiendas que dan a Madrid un carácter no buscado, sino felizmente encontrado por una fidelidad a la tradición gremial de la villa. Hubiéramos querido que existiera aún aquella hermosa portada de Matías López en la calle de la Montera, deplorablemente adulterada hoy. Nos apresuraremos a reproducir los deliciosos paneles pompeyanos del Café Universal antes de que lo rodeen de una valla para transformarlo.

He aquí, para inaugurar con el debido honor a su función de cultura, la librería "Libros" de la calle de Cedaceros, donde ejerce su nobilísimo oficio de librero la segunda generación de una familia siempre dedicada al bello comercio de las letras y de las artes.

Esta librería sigue siendo, a la caída de la tarde, el refugio de unos cuantos amantes del libro viejo: "Azorín", don Juan Aznar, Marañón, "Juan de la Encina", Beúnza, (aquel famoso diputado vasco, que es un gran coleccionista). Los grandes bibliófilos y tal cual bibliómano de Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Sevilla, Santander y otras ciudades, donde todavía la biblioteca es la pieza principal y querida de la casa, visitan la librería, a la que denominan familiarmente "Casa del Gordo", por cariñosa alusión a la fuerte humanidad de D. Julio Meléndez, su dueño, ávido catador de platos regionales y conocedor del itinerario gastronómico de España casi tanto como del itinerario "bibliofílico".

De vez en cuando, D. Julio o su hijo Antonio (ancha espalda cantábrica y cara rubicunda, que denota su lejano origen holandés) parten para viajes misteriosos. Es entonces cuando hacen investigaciones gastronómicas del más alto valor y cuando descubren tesoros de libros y de estampas que se traen a la vuelta a la bella tienda madrileña. Centenares de carpetas encierran allí la más hermosa colección de estampas que se puede encontrar reunida en España. En los anaqueles se alinea un tesoro bibliográfico de ediciones riquísimas. Pero "el ojo del boticario" se lo lleva don Julio a su casa particular, donde se dejaría matar antes de que le arrebataran un libro o un cuadro.

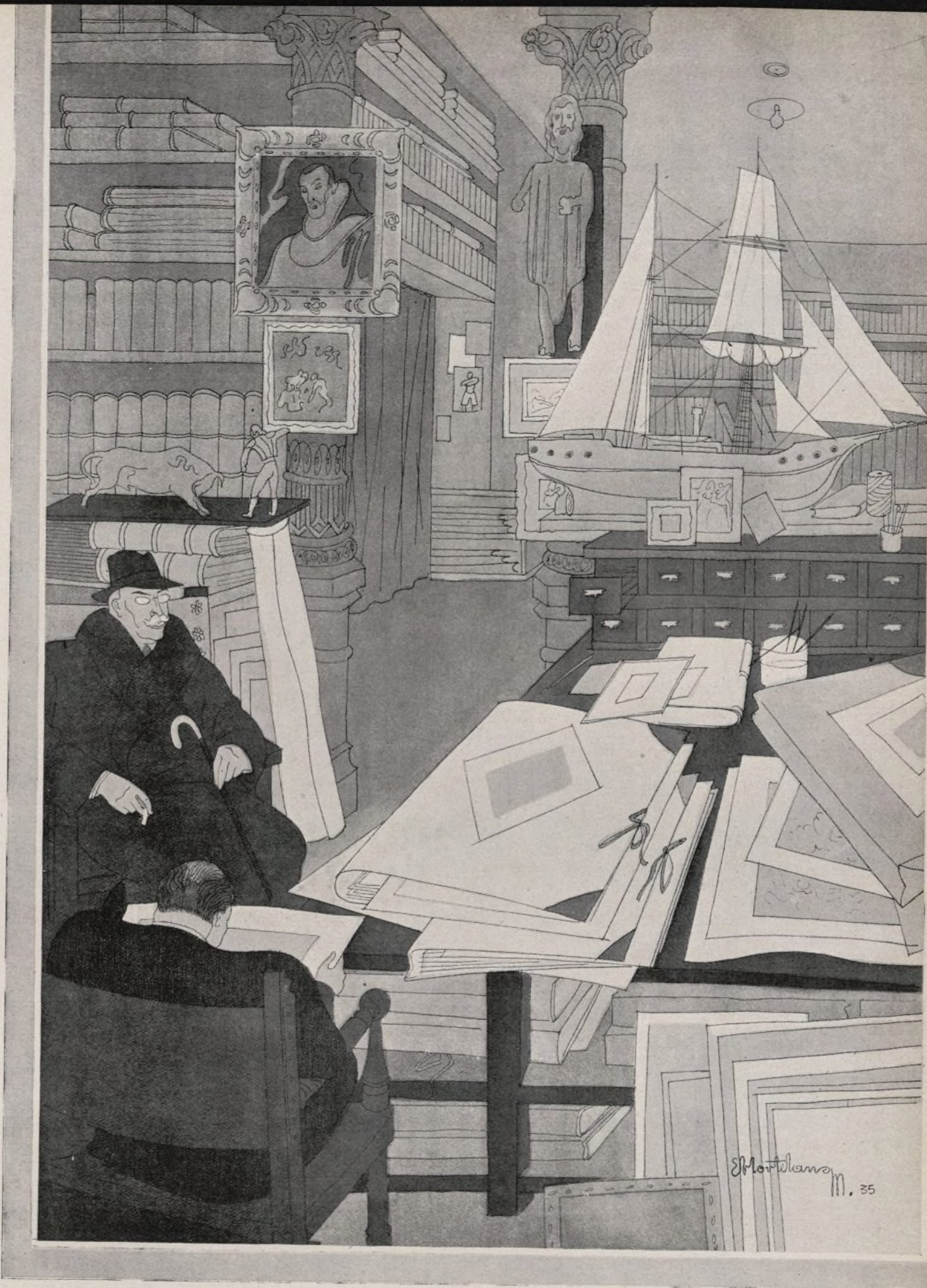
Guarda esta librería, tan sugestiva de ambiente y de no buscada decoración, bellísimas maquetas de barcos antiguos.

Es curiosa la correspondencia de esta tienda: se reciben cartas de todos los puntos del planeta solicitando estampas o libros o haciendo ofertas de cosas españolas. Todas esas cartas vienen escritas a mano. Parece que la presencia de una máquina de escribir en casa de uno de estos tenderos de libros de Londres sería considerada como una grave ofensa al buen gusto.

Esta librería ha encontrado su fisonomía a fuerza de "dejarse", de entregarse sin preocupaciones a su pura función. Es, sencillamente, una librería de Madrid, ciudad de Europa perteneciente a una nación de vieja cultura. Y no solamente se venden libros actuales, a los que Antonio suele poner unos escaparates estrepitosos (como ese del espléndido libro del duque de Almazán sobre la montería en España), sino que la tertulia de la tarde se remoja con la sangre joven y el músculo endurecido de jugadores de fútbol. Porque Antonio es un "hincha" del Madrid, y sólo sufre un poco cuando derrotan al Rácing de Santander. Allí van a buscarle, a la salida, los Regueiro, Gurruchaga y Luisito Olaso, hecho todo un señor odontólogo afamado y un jugador maravilloso de pelota a remonte.

Hay otra zona de visitantes: jóvenes profesores, muy puestos de gafas de carey, y jóvenes literatos, muy llenos de sabiduría.

En suma: un poco de toda la vida de España en una tiendecilla de la calle de Cedaceros, que ha encontrado su belleza solamente por el honesto y natural sentido de quien ejerce una profesión sencilla y fielmente.



LAS BELLAS TIENDAS DE LA CIUDAD

LA LIBRERIA DE D. JULIO

Por LUIS PERINES

DIBUJO DEL NATURAL POR "HORTELANO"

Ayuntamiento de Madrid



NOMBRES FAMOSOS DE PENUMBRA

"BOMBITA"

Por

ANTONIO OTERO SECO

Veinte años, veinte.

Da un poco de miedo y de nostalgia cada vez que se mira la honda sima de los últimos veinte años, los más agitados y fecundos en hechos extraordinarios en el transcurso de las últimas generaciones. Da un poco de miedo y de lástima, porque todo un mundo de sueños y de sombras se le viene a uno encima patéticamente, hasta prendérsele a los ojos. ¡Cuántas cosas olvidadas ya, y sin embargo, tan vivas, tan calientes, de entrañable actualidad, en un día cualquiera de esos veinte años! Veinte años como veinte soles para los que ya estamos en la mitad del camino que separa a los veinticinco de los treinta.

Hoy y ayer de la fiesta de toros.

Estos veinte años han encerrado en el polígono de sus cuatro lustros, entre otros hechos sensacionales, a la guerra y a la plenitud de la tauromaquia. A la guerra, con su prólogo, su reportaje de humo, de metralla y de sangre, y su epílogo en tirabuzón, interrogante de hoy con el gancho clavado en el corazón del futuro. Y a la tauromaquia. La tauromaquia se ha jugado—y ha perdido—su mejor viñeta tradicionalista: aquella que iluminó páginas y más páginas de *La Lidia* para asombro y comentario de nuestros padres. A fuerza de arriesgar naipes y naipes, ya no le quedan más que ases, pero remozados, con un aire deportivo que hubieran desdénado, por enfermizo, los "toreros machos" del siglo XIX. Los reyes tiraron la dalmática, se afeitaron y se fueron a un clima más propicio, cansados de una vida extraplana, demasiado muelle, hartos de su eterna horizontalidad estática. A la baraja tradicional de la tauromaquia no le quedan ya ni los caballos: aquellos buenos caballos lustrosos y bien comidos, que no servían para picar, sino para lucirse en el ruedo haciendo el paseillo, o tomando actitudes de estatua, caracoleando por el ruedo para pedir la llave de los chiqueros.

Se maravilla uno de esta rápida mutación, viendo tantos ídolos taurinos caídos para siempre. ¿Por qué ha ocurrido así? Vamos a mirar a nuestro tiempo y a centrar la atención en una figura toreira de relieve de hace veinte años. En "Bombita", por ejemplo.

"Bombita": 1900...

"Bombita". Un hombre que lo es todo en el escenario popular de hace veinte años. Tras el apodo de cartel, impreso en tinta roja, se ve, como a través de un mágico cristal policromado, la estampa de la época: la multitud, enfebrecida, apiñada, ahita de sol, agitando los pañuelos. Un hombre fino, esbelto, con la cintura quebrada por la sortija roja de una faja pinturera, haciendo esguinces frente a un toro. Discusiones apasionadas. La España de la anteguerra, como la del 98, dividida en dos bandos: "Bombita" y "Machaquito", dos figuras que morían y volvían a nacer cada día sobre la mesa de disección del café. Exaltación del peligro. Comentarios barrocos de tertulias familiares. "Don Modesto", explicando su lección diaria desde *El Liberal*. Y un hombre haciendo el paseillo sobre el tambor dorado de la arena, como repicando a gloria con el compás colorista de las piernas firmes. Era el tiempo en que empezaban a morir ya "las pulgas" de la Chelito y de Pepita Sevilla, entre nubes de polvos de arroz y brillos de bandolina, cuando aún estaba en boga *El clavelito* de la Fornarina y dormía su sueño intrauterino todo lo que hoy nos parece familiar y de siempre, en plena madurez, como si no hubiera tenido infancia ni adolescencia. El tiempo de las barracas de madera donde se exhibían corridas de toros y las primeras películas de episodios. Max Linder estaba ya harto de asomarse, bizcando los ojos, a la ventana del cinema y de tirar al espectador su sonrisa: aquella sonrisa excesivamente odontológica y de escarapate, como las que ofrecen las dentaduras positivas entre sus labios de caucho, sobre la mesilla de noche.

¿Quién se ha salvado de entonces? Pocos, muy pocos. Sólo Charlot, el Charlot vagabundo y pensativo, envuelto en el medio paréntesis de su alegría melancólica y en el otro medio de su bastoncillo curvado; el Charlot al que todas las puertas de la ciudad se le cerraban al paso en una noche de frío. Los demás, naufragaron. "Bombita" no se salvó. Se hundió para siempre en el olvido. Me he convencido de ello al verle ahora cruzar la calle sin que nadie vuelva la cabeza, viéndole hablar, con acento catalán, en el *hall* del Palace, rodeado de hombres de negocios. "Bombita" no ha sentido, como Belmonte, la tentación de volver a ser estrella de cinco puntas en un cielo de tauromaquia que tiene ya completas sus constelaciones.

No ha querido, porque se ha opuesto a ello D. Ricardo Torres.

Fabricante y terrateniente: 1934

Estoy seguro de que el lector se ha hecho esta pregunta: "Pero ¿quién es D. Ricardo Torres?" D. Ricardo Torres es, amigos míos, "Bombita", aquel hombre delgado y esbelto, que andaba en estribillos populares, mezclado con epístolas de San Pablo y nombres de artistas de varietés, bajo la égida del *Ven y ven*. Es él mismo quien me lo ha dicho hace pocos días, una tarde con cristales menudos de lluvia y cuchillos de viento frío, aguzándose en todas las esquinas.

El ídolo de ayer dedica hoy su vida a los negocios. Al desarrollo de sus fábricas catalanas de tejidos; al progreso de sus cortijos de la provincia de Jaén. Le preocupan los progresos socialistas, el control obrero en las industrias y la reforma agraria. Es triste para unos ojos de hace veinte años ver a "Bombita" despachar su correspondencia mercantil, entre aparatos telefónicos y libros de caja, mientras pasa los ojos, en las pausas, sobre las cotizaciones de Bolsa de los periódicos. ¿Quién nos iba a decir que aquel señorito vestido de torero, que hace veinte años salía todas las tardes al sol bárbaro de la calle sobre hombros humanos, iba a interesarse más por el alza o la baja de las Azucareras o las Chades que por



el número de "sardinas" que quedaron "para el arrastre" en una corrida de Beneficencia?

Es triste, pero es así. Así es, aunque así no os parezca.

Memento.

Da pena asomarse a esa sima profunda de los últimos veinte años. Pena y lástima por ese mundo fantasmal de sombras esfumadas que quieren de nuevo adquirir corporeidad.

No hay nada más triste que sobrevivir, que ahogarse en el silencio después de oír todas las alabanzas y quererlas volver a oír cuando ya otros nombres han borrado el nuestro de sobre el encerado de la actualidad.

Don Ricardo Torres lo sabe, y por eso le era grato oírme hablar de "Bombita". De "Bombita" que era aquella tarde, entre industriales y hombres de negocios, en el *hall* del Palace, como un muerto resucitado; un fantasma de otra época puesto ahora de pie como un símbolo. Un símbolo melancólico, triste, de lo que es la supervivencia y el humano afán de no querer dejar de ser.

VACACIONES DE INVIERNO



Conjuntos prácticos para viajar

Capa de piel de nutria, trabajada formando grandes cuadros; toca de la misma piel. El traje es de lana gris, con pelos negros, y lleva un chaleco de punto o tela escocesa en amarillo, gris y rojo.

Chaqueta de finísimo cuero color natural, forrada en lana color castaño igual al de la falda; acompañan a este traje un "sweater" verde claro, sombrero y guantes de cuero.

Abrigo en "tweed" marrón, con el cuerpo, las mangas y los botones de piel de "civette". El sombrero, de fieltro y piel. El saco, de cocodrilo.

CREACION
DE M. ROSA BENDALA

TODAS LAS SEMANAS MODELOS EXCLUSIVOS PARA "CIUDAD"

Ayuntamiento de Madrid

TRIPTICO DE CASTILLA

POR

K I M



F O T O S D E J O S E S U A R E Z

El galgo parece que es el perro menos inteligente de la larga familia universal de los canes. Ladra sin motivo, conoce mal al amo y solamente en el vértigo de la carrera cobra un poco de sentido su vida animal. A campo abierto, cuanto más ancha la llanada, mejor el galgo castellano ejerce su función para la que fué creado: correr la liebre. El hombre, que no sacia su apetito de novedades, ha inventado un empleo vil para este maravilloso animal: la liebre mecánica y el canódromo infamante, con luz artificial y gritos de jugadores. Se le niega en el canódromo el sol y el horizonte y, a cambio, se le dan alimentos químicos, inyecciones y una liebre de peluche sobre unos carriles.

Queda aún por los caminos de Castilla el galgo libre y feliz, compañero de un caballo campero o de un hidalgo de gotera. Los cazadores se quejan de que "desde la República" hay poca caza. No se encontrará una explicación fácil a las relaciones que puedan existir entre el régimen y la caza. En todo caso, la supresión de las cacerías reales y las de los nobles debiera haber determinado un aumento del "gibier" nacional. Parece, no obstante, que a la caza le ocurre lo contrario que a la guerra. "Si quieres la paz, prepara la guerra", dice el viejísimo aforismo latino. "Si quieres que haya caza, practica la caza", parece que hay que decir en nuestro caso. Y lo que ocurre en España es que se caza poco desde la proclamación de la República, porque los nobles cazadores, con una timidez excesiva, que respetamos, pero que no compartimos, han ido a llorar desdenes al extranjero y han dejado los cotos en manos del cazador furtivo que caza sin método y sin respeto a la riqueza.

Por eso el pobre galgo reposa en la cuneta, al lado de la escopeta inactiva de un cazador de a pie. Espera que le vuelva la alegría del galopar en las mañanas inmensas de la Mancha y de Andalucía.



La maravillosa geometría de Castilla tiene dos elementos fundamentales. Los dos elementos con que Egipto levantó su maravillosa arquitectura, tal vez porque los encontró en su naturaleza también: la línea recta y el tronco de pirámide. La línea recta de los surcos y el tronco de pirámide de esos cerros pálidos y margosos, de una cayuela grisenta que brilla al sol como si fuera de cristales. En los surcos, el español siembra pan y garbanzo. En los cerros encuentra la mata corta y seca, casi metálica, que mete un ruido como de espadas con el viento elemental de la altiplanicie y de la cual espiga unas hierbas para condimento del guiso.

Como el castellano se alimenta de Geometría, por eso tal vez tiene una noción ilimitada de las dimensiones espirituales. Y emprende los viajes en línea recta para dar la vuelta al mundo y volver a encontrarse a sí mismo junto al surco recto y la pirámide truncada que brilla.



Dos olmos, una cinta que se hunde en el horizonte y cuatro caminantes sin noción de la legua. He aquí tres elementos clásicos de una estampa castellana. Eso y andar... ¿En busca de qué? ¿Quién sabe! No se han terminado aún los caminos sobre el planeta para la sandalia castellana.



El galgo reposa al lado de la escopeta inactiva de un cazador de a pie...



El surco recto y la pirámide truncada que brilla...



Eso y andar...

Ayuntamiento de Madrid



La Academia Francesa a orillas del Sena.

DESDE PARÍS ¿TRISTAN BERNARD A LA ACADEMIA? PARA "CIUDAD"

Una vez más se habla de qué Tristán Bernard, príncipe de los humoristas de Francia, va a sentarse en un sillón académico, forrado de terciopelo rojo e historiado, bajo la cúpula que vió la silueta emperillada y enmostachada del cardenal Mazarino.

Cuando este rey de París se presentó por la primera vez, hace varios años, aspiraba a suceder a Jean Richepin entre los inmortales. Después aspiró a sentarse en la silla de Robert de Flers. Después siguió aspirando a sentarse en otros sillones de la Casa.

Todo el mundo se pregunta: ¿Pero por qué Tristán Bernard quiere entrar en esa catedral de la gloria oficial, que tantas veces ha servido de blanco a sus risas, a sus paradojas, a sus saetas, a sus flechas embebidas en veneno espiritual y moral?

—¡Helas!—responde el autor de *Petit Café*—, por nada: por ganas de sentarme allí. Debe ser curioso. Además, me han asaltado furiosos deseos de mandarme hacer unas tarjetas de visita que digan:

TRISTAN BERNARD
Presidente de la Mutual de Boxeadores
y Miembro de la Academia Francesa.

Es decir, Tristán Bernard quiere ser académico por humorismo, por encerrar, en el marco convencional de una tarjeta de visita, el contraste violento de un violento boxeador y de un almidonado académico. El chisme, como todas sus frases célebres, corrió por los mentideros intelectuales de París y llegó hasta los oídos austeros y cascados de los académicos.

Fué un escándalo. ¡Habían tentado al arcéopago jupiterino! La *boutade* del regocijado autor de *Triplepatte* hirió el continente pontifical de aquellos señores, quienes juraron cerrar la puerta en las narices. ¡El impenitente humorista no llevaría al cinto espadín virginal ni se tocaría la calva con el tricordio rameado de oro coruscante! ¡La puerta diamantina de la Casa no se abriría jamás ante el burlón sin escrúpulos!

Y es verdad. Tristán Bernard es presidente de la Mutual de Boxeadores parisienses y presidente del Sporting Club. Porque este hombre peregrino, que entró en nuestro siglo ya barbado, que ha escrito treinta obras de teatro, cuarenta novelas y cincuenta mil artículos de periódico, es... deportivo por todo lo alto. Comprendiendo que el mundo evolucionaba, comprendiendo que París cambiaba de alma, orientó su vida hacia nuevos derroteros, se puso a tono con los jóvenes, corrió hasta alcanzarlos, se tomó del brazo con ellos, y desde entonces ama el *sport*. Un día aparecieron los problemas de las palabras cruzadas, y él se convirtió, por humorismo y por agilidad de espíritu, en campeón de ese juego, que, desde entonces, se volvió espiritual. La agilidad, la sutileza, la gracia que pone en la

confección de cada problema, hacen cosquillas en el vientre sensible de París.

Todo esto choca con el estiramiento de la Academia. Es suya, además, aquella frase equívoca: "Las gentes graves no son comprendidas. Es lástima. Pero es más lástima que las gentes menos graves no sean tomadas en serio."

—Para hacer las clásicas visitas—decía hace poco a un periodista, que fué a entrevistarle con motivo de su aspiración académica—, me había mandado hacer una levita, que no tenía. Hace de esto seis años. Todos los años la saco: después la guardo; después vuelvo a sacarla, y ando por la calle vestido como una horrible estatua y barbado como un patriarca... Pero los académicos no toman en cuenta ese sacrificio estatuariopatriarcal. Yo me vengaré... abriéndoles las puertas del Paraíso, después que se vayan muriendo, porque, con levita y barba, voy a estar en la portería del cielo...

¡Incorregible, sano, deportivo Tristán Bernard! Las cabezas pensativas de los inmortales no se acostumbrarían a su presencia, por irónico, por antiprotocolario, por demasiado "no serio", por espiritual. La sagrada cofradía sigue "sotil e almidonada", para decirlo con el clásico. Las ventanas de la casona no se abren jamás, y la puerta radiante, la puerta de la inmortalidad, se entreabre apenas, de tiempo en tiempo, con sigilo y previsión extraordinarios, para "cuentagotear" a los hombres dignos de continuar la rígida tradición. Tristán Bernard sigue buscando una rendija por donde colarse; pero junto a cada una de las rendijas monta guardia un cancerbero con tricordio, en alto y flamígero el espadín virginal.

Es una lástima que no pueda colarse en la Academia, porque él, y sólo él, sabría ser una sana tufarada de buen humor entre tanto miasma protocolar y polvoriento. Sus rachas de buen humor refrescarían las calvas marfileñas de los inmortales, inmortalmente pensativas y comprometidas sobre las comas y las diéresis del Diccionario. El haría abrir las puertas del santo recinto, para que entrara el aire del Sena, el canto de los motores del cielo y el rumor de los muelles cercanos. Sería como el grano de mostaza en el plato demasiado insípido. El sabría bromear gentilmente y hacer juegos de espíritu bajo la mirada un sí es no es irónica e inteligentemente maliciosa del cardenal Richelieu. El haría entrar por las ventanas la ideología moderna, y hasta—¡quién sabe!—haría instalar detrás de la *Tribuna Sapiens* un gimnasio, para ponerla a tono con el tiempo y para que la juventud de hoy y la de mañana no la contemplen tan distante, tan inaccesible y tan irreal. Así se desmomificarían, quizás, ciertas almas que habitan la Casa desde hace un siglo, almas que arrastran los pies y no ven ni oyen, porque están ciegas y sordas; verdaderas almas de fantasmas de otras épocas, podridas de Diccionario.

¿Sabéis su última broma?

Un periodista extranjero le pidió una entrevista. Y Tristán Bernard le contestó de su puño y letra:

"Apreciable señor: Tristán Bernard sería muy feliz si pudiera conocer aún alegrías como la de conceder entrevistas a hombres de letras extranjeros. Desgraciadamente, él no es ya de este mundo desde hace cuatro años.

"Por razones de familia, sobre las cuales me es imposible extenderme, se hace todo lo posible por disimular el fallecimiento de Tristán Bernard. Generalmente, a la hora del aperitivo suele encontrarse, en una taberna de baja categoría del *faubourg* del Temple, a un señor barbado, que se le parece mucho. Ese bribón soy yo. Yo soy el autor de las palabras cruzadas. El verdadero Tristán Bernard está muerto, ¡y bien muerto! Le ruego encarecidamente no revelar a nadie este misterio..."

Esta carta fué cableografiada a un gran diario yanqui y publicada con caracteres sensacionales, como si se tratara de una verdad que el periódico develaba. Los comentarios hicieron temblar al mundo literario. Se tramaron investigaciones. Y Tristán Bernard, cada vez que se le habla de este asunto, cierra los ojos maliciosamente y deja escapar, por entre la catarata formidable de pelos disparados en todas direcciones que es su barba fluvial, un chorro de risa...

Aprendamos, oh amigos, a sonreír a la manera discreta y espiritual de este profesor de buen humor, que vino a París derecho del Olimpo de la Risa.

Por EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ



Comienza hoy la colaboración en CIUDAD del gran "barman" Pedro Talavera. Pedro Talavera es hermano del introductor del bar americano en España, el famoso Marcelino Talavera, que ejerció su difícil oficio en las viejas cortes de Europa antes de la guerra. Cuando el difícil embrujamiento de los licores penetró en los clubs distinguidos de España (en "La Bilbaina" primeramente), fué Marcelino Talavera el introductor. Ya entonces venía aureolado por su fama internacional. Impedido por una enfermedad para continuar en su oficio, le sucedió su hermano Pedro, nuestro colaborador desde hoy. Como el fundador de la dinastía, ha recorrido toda Europa y es famoso en las barras más ilustres de las más ilustres estaciones del turismo internacional. Hoy ejerce su arte en un restaurante de Madrid, de "bandera extranjera".

Pedro Talavera es autor de un libro sobre El secreto del "cock-tail", avalado con cuartillas de ilustres escritores que conocen la magia de nuestro colaborador. Del cual son las siguientes líneas:

EL "DRY MARTINI"

Póngase en un gran vaso de cristal un poco de hielo picado.

Media copa de Gordon Gin.

Media copa de vermouth Nailly Prat.

Agítese bien; se pasa al vaso de "cock-tail" con una corteza de limón.

Recuerdos de la prehistoria del "Cock-tail"

Cuando yo era un muchacho, ayudante de mi hermano Marcelino en una famosísima barra del Ostende, de antes de la guerra, el arte del "cock-tail" no había progresado gran cosa. Le pasaba al "cock-tail" lo que le pasó al juego del "Mah-jong" al aparecer en Europa: era muy sencillo y apenas tenía las complicaciones que al "cock-tail" añadieron los bebedores mismos y al "Mah-jong" los jugadores. La avidez de novedades en uno y otro caso complicaron el juego y la mixtura.

Entonces apenas se consumía otro "cock-tail" que la mezcla que dió nombre genérico a todas las mezclas, que había de venir después: el auténtico "cock-tail" o "cola de gallo" en español.

De pronto hizo su aparición el "Dry Martini", a base de vino vermouth. Enseguida le siguió el "Manhattan", y uno y otro se disputaron durante mucho tiempo el favor de los bebedores y de las damiselas, que empezaban a bañar sus labios camuflados de "rouge" con las diabólicas mezclas. Era entonces el "cock-tail" una bebida suntuaria. Muchos provincianos y rastacueros llegaban a la barra y pedían solamente "una de esas bebidas de color como la que está tomando aquel señor".

El "Dry Martini", o "Martini" seco, se hizo casi desde su aparición un "cock-tail" clásico. Todavía es hoy una de las piezas maestras y fundamentales del arte de la coctelería universal, y es el preferido de los buenos gustadores de mezclas.

La imaginación de los "barmen", y en no pequeña medida la de los bebedores, fué añadiendo complicaciones al arte. Contribuyeron a ella mucho los países tropicales. Es sabido que donde el calor domina la mayor parte del año se bebe mucho alcohol. Parece que es una necesidad del organismo, como lo es también en los países extremadamente fríos. Así, de Miami, de Shanghai (donde aún existe en el "Shanghai Club" la barra más larga del mundo), de Manila, de San Francisco, de La Habana, de Balboa, de Bombay (donde los oficiales ingleses hacían maravillas) y de Port Said, Aden y Calcuta, empezaron a llegar fórmulas realmente deliciosas. Se empezaron los "Fizz", y el empleo de los jugos de frutas, del champán, etc., se generalizó.

Entonces los "barmen" tuvimos que retener en la memoria millares de fórmulas y mejorarlas continuamente. No hay ya cliente de regular capacidad de embarque que no pretenda ser autor de una fórmula con su nombre, y puede decirse que el número de combinaciones es hoy ilimitado.

No obstante, hay una tendencia a volver a las recetas clásicas. De ahí el prestigio que empieza a recobrar el famoso "Dry Martini", la versión más simple y fácil del "cock-tail".

Por lo que a mí se refiere—y pretendo conocer a los buenos catadores de "cock-tail" en toda España—, puedo asegurar que he hecho esta observación con cierta complacencia. No por el puro placer de recordar tiempos pasados, sino porque estimo que estos "cock-tail" son más saludables y más sabrosos que ningún otro.

No obstante, y para servir la avidez de novedades que pueden sentir mis lectores de CIUDAD, les haré conocer cuantas fórmulas encuentre en mi memoria y mis apuntes. Para agotarlas todas sería preciso que CIUDAD y yo viviéramos mil años. Es inútil que yo desee esta longevidad para mí. Se la desco, en cambio, a CIUDAD.

PEDRO TALAVERA



El último triunfo de veintisiete años de colaboración teatral

"Una tarde en la Boca del Asno" o "La boda de la Sole", el sainete de Asenjo y Torres del Álamo, galardonado con el premio Lope de Vega

Antonio Asenjo y Angel Torres del Álamo: veintiséis años de colaboración teatral, bajo el signo venturoso del acierto; más de un cuarto de siglo de unidad de pensamiento, de marcha firme por los caminos del triunfo, hacia la meta anhelada de una justa gloria en la escena española, que se les rindió en coqueteos gratos, allá por las primaveras azules de la primera juventud. Veintiséis años de labor fecunda, de camino llano, por el que marcharon entre aclamaciones populares, porque acentos populares, hábitos del pueblo, esencias de la calle, había, hay y habrá en estos dos autores, que dirigieron la proa de su nave dramática hacia los imperios de democracia del sainete. Veintiséis años encuadrados en el marco fraterno de una colaboración escénica, iniciada con "El acreditado don Felipe", y cuyos frutos más felices fueron "Margarita la Tanagra" y "Las pecadoras", obras ambas que llevaron a los tablados hispanos aires de murmuración, conde-

A propósito de "La Dorotea"

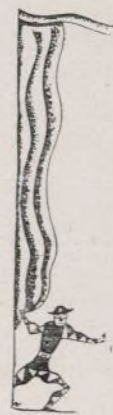
La interpretación en el arte dramático

Verán estas cuartillas el bautismo de luz de la publicación siete días después de haberse estrenado en el teatro Cómico "La Dorotea", comedia en verso del ilustre poeta Eduardo Marquina, inspirada en la famosa obra del famoso Lope de Vega. Y, naturalmente, lejos ya—la vida en la producción dramática contemporánea tiene un ritmo vertiginoso—de su natalicio iluminado de claridades poéticas, sobre las que cayeron lluvias de oro de unánimes elogios. Vaya, pues, como compendio de impresión personal sobre "La Dorotea", de Marquina, mi voto rendido de complacencia al insigne autor de "Fruto bendito", adalid, una vez más, de batallas de arte, donde las armas tienen noble temple dramático y los alientos visten ropaje luminoso de poesía, y mis reparos—dardos frágiles, ya lo sé, de eficacia dudosa—a clavarse en la diana insensible de la interpretación dada a la obra por los artistas del Cómico.

¿Puede Carmen Díaz, aun concediéndole amplio crédito de convencionalismo, encarnar tipos dramáticos de una línea espiritual y de un trazo físico como el de la Elena Ossorio de "La Dorotea" de Lope? No. Carmen Díaz es una actriz de perfiles artísticos muy limitados, de recursos escénicos que en vano tratarían de emanciparse de la tutela de un título quinteriano: "Los mosquitos". Toda su labor de actriz se desenvuelve en el círculo vicioso de esta encarnación, donde culminó—con justicia a la que noblemente me rindo—su talento interpretativo. Y es inútil empeño, esfuerzo baldío, que trate de salirse de un marco en que su palabra, su acción y hasta su figura tienen marcado el punto exacto de su encuadramiento. Porque con escapadas a tierras extrañas a sus posibilidades de actriz sólo conseguirá, como en el caso de "La Dorotea", bordear las fronteras peligrosas de lo inasequible. El acento desgarrado de su dramatismo, el tono estridente de su culminación pasional, la gachonería superactual con que quiso tintar de realismo los finales de cuadro del acto segundo, fueron exponentes más notorios del desacierto que era nota acusada de su actuación. En cambio, la última escena de la obra—los años transcurridos borran del pensamiento la figura esbelta de Elena—la sirve la señora Díaz con tino discreto. Las palabras tienen el reposo sexagenario que impone el personaje, los versos adquieren mayor luminosidad y la tónica dramática se reviste de acentos emocionados.

Vicente Soler, con sus escasas lagunas de foga-

sidad excesiva, dió generalmente tono de acierto a su difícil encarnación de Lope de Vega. Irreprochable de perfección el Sr. Grases, para el que es justo apuntar el tanto más brillante de la jornada. Y, finalmente, en una graduación de méritos que nos redime de disciplinas de galanterías, mencionemos a Esperanza Ortiz, a Nicolás Navarro, a Matilde M. Sampedro—a ésta para dirigirle la lamentación de un reproche decidido—, a Rafaela Sotorres, a Angela del Olmo, a Santiago García, etcétera, etc.



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—Sí, señor, a punto de terminar. Dentro de breves días, la compañía del Calderón, con Sagi Barba a la cabeza, abandonará el escenario donde actúa y marchará a provincias.

—¿Pero cómo! "La del manojito de rosas", ¿no estaba dando unas entradas excelentes?

—Excelentísimas. Pero, vea usted, compromisos ineludibles, contratos firmados anteriormente, empresas que reclaman derechos adquiridos... Total, que Sagi Barba, con una obra en el cartel que llena el teatro diariamente, se marcha a provincias.

—¿Y "La del manojito de rosas"?

—Pues seguirá la ruta provinciana que le trace Sagi. Sin embargo...

—¿Qué?

—Es posible que la obra continúe representándose en Madrid. En este momento se realizan gestiones para la organización de otra compañía lírica que suceda a la de Sagi Barba en las representaciones de "La del manojito de rosas".

—¿En el mismo teatro?

—Puede que sí y puede que no. Esta es la parte misteriosa de la noticia.

TEATRO

P o r A L F R E D O M U Ñ I Z

naciones de pecatería, porque en ellas se abordaban problemas vedados a la literatura dramática en los años inocentes de la primera década de este siglo de gracia que vivimos...

Sin embargo, nadie piense que, a pesar de tantos años de labor, a pesar de las 150 comedias, que son robustos hijos espirituales del ingenio fecundo de Asenjo y Torres del Álamo, estos dos autores, maestros de la gracia y del donaire, bordean las horas tristes del cansancio imaginativo. No. Asenjo y Torres del Álamo, milagro venturoso de juventud física, trabajan actualmente con idéntica fe, con igual entusiasmo, con brío exacto a las horas ilusionadas que marcaban sus pasos primeros por los escenarios madrileños. Producto de esa fe, de ese entusiasmo, de ese brío que les sigue animando, es el sainete "Una tarde en la Boca del Asno" o "La boda de la Sole", galardonado recientemente con el premio Lope de Vega, y acerca del cual Antonio Asenjo y Angel Torres del Álamo han tenido la gentileza de hablar para los lectores de CIUDAD.

Ha sido en el Casino de Madrid, entre bocanadas tibias de calefacción y camaradería sencilla y cordial. La entrevista tuvo acentos de comedia amable. Y me dijeron:

—Apenas leímos las bases del concurso, hechas públicas por el Ayuntamiento, decidimos presentarnos a él. El hecho venturoso de que las obras aspirantes al premio hubiesen de ser precisamente sainetes, fué para nosotros estímulo poderoso, puesto que es ese el género que cultivamos con decidida preferencia. Esto y las 10.000 pesetillas de sonoro aditamento—¡somos humanos!—, con las que nuestros generosos ediles salpimentan anualmente el certamen, puso alas en nuestras plumas—¡magnífico chiste acabamos de malograr!—y en menos de un mes dábamos fin a "La moral de lo inmoral" o "Entre vivos anda el juego", sainete en tres actos, destinado al concurso para optar al premio Lope de Vega.

Ante un gesto mío de extrañeza, Torres del Álamo aclara:

—Es que primeramente las bases decían: "Sai-

nete en uno o más actos"; pero después, y a causa de razones que no conocemos, se estableció por el Ayuntamiento la condición terminante de que el sainete habría de tener un solo acto. Fué entonces cuando escribimos "Una tarde en la Boca del Asno" o "La boda de la Sole", obra que tuvimos la fortuna de ver galardonada con el premio Lope de Vega.

—¿Sainete clásico?

—Absolutamente clásico. Se trata de un asunto sencillo, un débil hilo argumental, como corresponde a toda comedia de este género, cuyos valores, si los tiene, han de buscarse en la pureza del ambiente, en el acierto de los tipos, en las palabras de los personajes, estudiados todos ellos con detenimiento concienzudo en ese libro de filosofía inagotable que es la calle. De ella hemos ido arrancando los hombres y las mujeres que pueblan nuestra obra y que, por ser todos seres de carne y hueso, elementos naturales de la vida madrileña, llevan al tablado la agilidad de sus palabras, la chulería de sus giros, la gracia y el donaire, en fin, que es caudal más luminoso de esta tierra de bendición.

—¿Lugares de acción?

—El sainete tiene tres cuadros. Emplazamos el primero en un bar de la calle de Embajadores (no podíamos prescindir de esta calle, tan madrileña, en una comedia madrileña); de allí—ventajas de la escenografía—saltamos a un delicioso paraje de la sierra, situado entre la estación del ferrocarril eléctrico y la Boca del Asno, y, finalmente, sierra adelante, llegamos en la tercera jornada a la mismísima Boca, donde termina el sainete.

—¿Entre aplausos calurosos, por supuesto?

—Eso ya lo veremos la noche del estreno. Naturalmente que el hecho de que un prestigioso jurado haya elegido nuestra obra entre las presentadas, tranquiliza nuestros nervios con tila de esperanzas. Pero... ¡no nos hagamos demasiadas ilusiones!

—Y las 10.000 pesetas, ¿las han cobrado ustedes ya? Porque el año pasado...

—Sí—me atajan—; las hemos cobrado y... las hemos repartido. ¡Hay que ver la cantidad de amigos—a los que uno no ha visto en su

—¿Cuándo debutará la compañía de Valeriano León en Cervantes?

—Enseguida. Claro que no podrá ser el día primero, como era propósito del gracioso actor. El maldito accidente de automóvil vino a violentar sus planes artísticos.

—¿Han mejorado los heridos?

—Sí; por fortuna, tanto él como Aurora Redondo, están ya fuera de peligro, y ensayando "Así es la vida", la célebre comedia porteña de Malfatti y Llanderas, con la que reaparecerán ante el público madrileño.

—¿Sabe usted?

—¿Qué?

—Don Tirso García Escudero, el acreditado empresario del teatro de la Comedia, se ha decidido.

—¿A qué?

—A traer a España al gran Parravicini, una de las figuras más eminentes de la escena mundial.

—¿De veras?

—Auténtico. A principios de la próxima temporada, Parravicini actuará en el teatro de la Comedia.

—¿Vaya, hombre! Pues está muy bien esta idea de don Tirso.

—Todo no iba a ser rascarse la barba...

—Lola Membrives llegó a Madrid.

—Lo sabía.

—Lola Membrives buscaba un teatro donde actuar.

—Lo sabía.

—Lola Membrives no encontraba teatro.

—Lo sabía.

—¿Lola Membrives tiene ya teatro? ¿Lo sabía usted también?

—No, eso no lo sabía. Y le juro, por mi honor, que la noticia me complace.

—Pues complácido. Lola Membrives tiene ya teatro en Madrid. Mejor todavía: podrá permitirse el lujo de la elección, puesto que son dos los que tiene o puede tener.

—¿Dos?

—Sí; uno enclavado en los primeros edificios del segundo trozo de la acera de la derecha de la calle más larga de Madrid; decorado en rojo y dedicado desde hace tiempo a cine, para más detalles. El otro, asentado sobre fábrica de piedra; mira de perfil a la Telefónica; su decorado es de tono azul y es amigo viejo de la ilustre actriz argentina. ¿Tiene usted bastante con estos datos?



vida—que surgen cuando la Providencia le depara un premio de 10.000 pesetas!...

—¿Cuándo será el estreno de "Una tarde en la Boca del Asno"?

—No sabemos. Desde hace días la está ensayando la Compañía Xirgu-Borrás; pero "Yerma", la magnífica obra de García Lorca, durará aún mucho tiempo en los carteles del Español. Por otra parte, no tenemos ninguna prisa.

—¿Qué más preparan ustedes para la actual temporada?

—Aparte de "La moral de lo inmoral", terminada, como le hemos dicho, antes de escribir el sainete premiado, trabajamos en una revista, ¡no se asuste! Se trata de una obra a la que hemos procurado revestir del tono de dignidad mínima que, a nuestro juicio, debe capear en toda producción teatral, pertenece al género que pertenece. Su partitura, obra del inteligente maestro Rosillo, consta de 16 números de música, que serán, sin ninguna duda, la confirmación decisiva de este inspiradísimo compositor...

Tres apretones de manos han marcado el punto final de esta agradable charla, sencilla, afectuosa, simpática.

—Tengo bastante. ¿Y por cuál se decidirá?

—Según creo, por el primero: por el decorado de rojo.

—Me parece admirable. Ese teatro es marcho muy adecuado para Lola. Puede realizar una campaña magnífica.

—¿Que así sea!

—¿Qué pasa en Lara?

—Muy poca cosa, en verdad. "Estudiantina" no le ha hecho gracia al público, y... ¡a ensayar se ha dicho!

—¿Qué ensayan?

—"Para mal, el mío", la nueva comedia de los hermanos Quintero.

—¿Bonita?

—Dicen que preciosa.

—Vamos, amigo, anime usted, que ya termina enero; un último esfuerzo y nos habremos librado de los rigores mortales de la cuesta terrible. ¡Arriba, arriba, que la meseta es nuestra!

—Bueno, pero, ¿usted me garantiza que esto de la cuesta concluye exactamente el último día de enero? ¿Que a partir de esa fecha marcharemos por un camino de rosas?

—Yo, en cuestiones de teatro, no le garantizo nada. Ahora, según dicen, enero es fatal para las actividades escénicas.

—Lo que es fatal, amigo mío, es nuestra producción dramática; el rosario de insulsecos que florece en los tablados con el nombre pomposo de comedias.

—¿Es usted un pesimista!

—Soy un realista, un testigo resignado de cuanto se representa en los escenarios madrileños... Tengo los oídos sordos de palmetazos de "claque"; la boca dilatada de bostezos, y el espíritu embotado de majaderías.

—Sin embargo, me consta que ha visto usted "Yerma"...

—La he visto. Y cuando salía a la calle, reconfortado por el extraño regalo de dos horas de arte—¡dos horas de arte entre varios años de estupidez teatral!—, oí, de labios de una de nuestras actrices dramáticas más famosas, el siguiente comentario de la obra de García Lorca: "Esto es un vodevil, sin mujeres en camisa."

—¿Y quién es esa actriz de sensibilidad tan exquisita?

—Permítame usted la elegancia espiritual de no decir su nombre.

—¿Inconcebible!

ALPINISMO

Madrid debe tener una pista de hielo

Es verdaderamente extraño que, siendo Madrid una ciudad privilegiada para la práctica de deportes de invierno por su proximidad a la Sierra del Guadarrama, y siendo asimismo tan considerable el número de los incondicionales que



Laguna de Peñalara, a 2.000 metros
(Foto Antonio Calvo)

allí acuden para practicarlos, no se haya pensado en hacer una pista de hielo en la ciudad.

Desde el fin de aquel Palacio del Hielo, tan breve en su existencia, no dejó de haber nunca un grupo de numerosos entusiastas, con los mejores intereses y propósitos, para levantar el bello deporte.

El Club Alpino hizo en su chalet del Ventorrillo un ensayo de pista helada, que en el verano podía ser aprovechada como campo de "tenis". Pero no se conseguía helarla más que muy pocos días en lo más crudo del invierno. Ahora, en esta época de enero, algo escasa de nieve en la Sierra, se ha utilizado por los aficionados al patín la magnífica pista natural que ha brindado la laguna de Peñalara helada.

Un grupo de Alpinos, a las órdenes de los hermanos Arche, varias veces internacionales en "hockey" sobre hielo, disfrutaron de un deporte casi desconocido en Madrid y de enorme importancia en todo el mundo.

La Comisión deportiva del Club Alpino Espa-



En la laguna helada (Foto Ortiz)

ñol lanza la idea, no muy difícil de convertir en realidad, de acometer el empeño de construir para Madrid una pista de hielo. Todos los amantes de tan admirable práctica deportiva deben unirse bajo este propósito, de indudable interés para el prestigio deportivo de Madrid.

HIPISMO

La Alta escuela o Doma sabia

En todas las épocas hubo exhibiciones hípias y siempre fué el público de estos espectáculos selecto, distinguido e inteligente.

La técnica de estos ejercicios espectaculares se ha ido amoldando a las características de la escuela hípica que predominaba en su época; pero no por ello han dejado de practicarse los ejercicios de otros tiempos, cuyo mérito y vistosidad los hicieron acreedores a sobrevivir: tal ha ocurrido con la Alta escuela.

Los concursos de saltos de obstáculos, conocidos vulgarmente por concursos hípicos, son modernísimos, y han tomado carácter de tal exhibición desde la aparición de la escuela racional o italiana. Antes, los espectáculos hípicos se reducían a demostraciones de Alta escuela, torneos y lizas o desafíos.

Descontamos, al referirnos a exhibiciones hípias, las carreras de caballos, que existieron en todo tiempo, porque en ellas el arte del jinete pasa

a segundo término, quedando en primero las características del caballo cuyas cualidades de energía y resistencia se trata de seleccionar. En las exhibiciones a que ahora nos referimos es siempre el arte del jinete lo que trata de ponerse de manifiesto.

—La "Alta escuela", o "Doma sabia", como la denomina el tratadista Saint-Fhalle, es una continuación, un perfeccionamiento, o más bien la "meta" de la escuela francesa: su finalidad no es otra que proporcionar al caballo una elegancia en los movimientos de que naturalmente carece, enseñándole, además, aires o modos de marchar completamente artificiales.

No somos de los que desprecian la Alta escuela sin reconocerla su mérito y dificultad; por lo que no nos es aplicable la fábula de la zorra y las uvas, que recuerda James Fillis a los que, sin practicarla, la combaten. Pero precisamente por eso, por lo difícil y largo que es llegar a "poner" un caballo, y porque, además, un caballo así domado no es lo que pudiera considerarse como el ideal, ya que, fuera de sencillos paseos y exhibiciones sobre esas habilidades, no es práctico para otra cosa, no la consideramos como el *summum* de la equitación, aspiración de algunos de su tratadista.

Puede ser la Alta escuela una prolongación o segunda vida hípica de los jinetes que, por haber sido buenos aficionados, no se resignan, cuando la edad los retira del deporte violento, a abandonarlo por completo.

La Alta escuela es, como decimos antes, un doctorado de la escuela francesa; pero constituye tal doctorado cuando los aires artificiales se le enseñan al caballo de una manera técnica, y montada, porque son una mayoría los que, valiéndose de lecciones pie a tierra, pilares, ayudantes y fustas, enseñan a sus caballos los aires artificiales de la Alta escuela, sin que dominase la escuela francesa y, en ocasiones, ni siquiera sean caballos dóciles al mando, y en este caso la doma queda reducida a un vulgar amaestramiento.

La Alta escuela, para que sea tal, ha de enseñarse al caballo desde el montado, como perfeccionamiento del tecnicismo de la escuela francesa; esto es: por encerramiento de la impulsión del caballo entre las ayudas de piernas y riendas.

Son muchos los tratadistas que han expuesto sus opiniones y los procedimientos empleados para conseguir los aires de Alta escuela. De todos, el más técnico, sin duda, es Saint-Fhalle; pero ni éste ni ninguno es lo suficiente técnico y preciso para que los jinetes, valiéndose de sus instrucciones, puedan obtener siempre los mismos resulta-

dos. Esto es, sencillamente, porque en esta escuela el arte del jinete, la paciencia y el conocimiento de cada caballo, individualmente, superan en conjunto al tecnicismo de la escuela. De aquí que haya caballos que no son capaces de "ponerlos" los mejores domadores de esta escuela; otros muchos que no lograrían "poner" tampoco sin apelar a pilares, fustas y otros medios poco técnicos.

No quisiéramos que esto se interprete en el sentido de negarle técnica a esta escuela; lo que sí opinamos es que en ella el arte del jinete supera en ocasiones a esta técnica, como también opinamos que no hay doma sabia, propiamente dicha, aunque el caballo sepa aires de Alta escuela, mientras el caballo no esté perfectamente dócil y fino a todas



Paso de Alta escuela o Doma sabia

las ayudas de la escuela francesa, sin la menor protesta y sin que sean obtenidos y ejecutados todos los movimientos montado el jinete y mediante el encerramiento de la impulsión.

Lo que ocurre, generalmente, a los que montan con habilidad y paciencia para domar en Alta escuela es que no pueden explicar concretamente lo que hicieron para conseguirlo, pues sustituido caballo y caballero, o simplemente uno de los dos, el resultado, con los mismos procedimientos, es muy distinto.

Para el amaestramiento es más necesaria la parte instintiva del caballo y las cualidades de arte del jinete que para las escuelas en que predomina la técnica.

Por ejemplo: la escuela italiana posee una técnica representativa hípica a las dos últimas Olimpiadas ca racional concreta y definida, y los caballos que son sometidos a ella, todos perfeccionan su equilibrio natural, aprenden a saltar los obstáculos que sus facultades les permitan y a caminar rápidamente por terreno variado. Ahora bien: los caballos cobardes (como los árabes, en general) no llegan a adquirir el grado de decisión que esta escuela proporciona a los irlandeses y pura sangre; pero la técnica es tan buena, que todos acaban por saltar.

No ocurre igual con la técnica de la Alta escuela, aunque el jinete siga con método y con exquisito cuidado las instrucciones de uno cualquiera de los tratadistas clásicos.

JABÓN TRIANA

CREACION DE LA UNION COMERCIAL ACEITERA (SALGADO, S. A.)

Fabricado exclusivamente con el finísimo aceite puro de oliva UCA, elaborado dentro de los más modernos procedimientos de fabricación.

La pureza de sus aceites, su agradable y persistente perfume y su abundante espuma, hacen del JABÓN TRIANA el preferido de toda persona distinguida.

INDISPENSABLE A TODO CUTIS DELICADO
INSUSTITUIBLE EN TODO BUEN TOCADOR

Venta exclusiva: Rosalía de Castro, 36-Fuencarral, 88

La práctica de esta escuela tiene, como toda la doma francesa, el peligro del aculamiento, aumentando aquí de modo alarmante, por la constante lucha con la impulsión natural del caballo, que llega a constituir un verdadero juego de malabarismo. Si practicamos con éxito la doma sabia, veremos que esas elevaciones y extensiones exageradas de los movimientos naturales del caballo, que son las que, ejecutadas con ritmo y cadencia, constituyen los diversos aires de Alta escuela, son realmente obtenidos dominando la protesta natural del caballo contra la injusticia que comete el jinete encerrándole entre las ayudas de piernas y riendas, y busca en su elevación lo que no se le permite extender sus movimientos.

Por regla general, los primeros trancos de Alta escuela de todo caballo suelen ir mezclados con alguna demostración de protesta, que el buen domador sabe eliminar, para quedarse con lo aprovechable y tranquilizar después al caballo.

Los aires que pudiéramos llamar principales, por su clasicismo, como el "Passage", el "Riaffe", el "Paso español" y los cambios de pie al tranco, son de todos conocidos, por las múltiples ocasiones que en los circos los hemos visto ejecutar.

En la actualidad se practica muy poco en España esta escuela, que tuvo en otros tiempos gran esplendor y renombre, quedando como vestigio de la influencia que logró en el mundo entero, la llamada Escuela Española, de Viena, que practicó la tradicional Alta escuela.

En el extranjero abundan los concursos de doma, y la concurrencia es numerosa y competentísima, viéndose entre ella con frecuencia gentiles amazonas.

Del programa ecuestre de los Juegos Olímpicos forma parte el concurso de Doma sabia o Alta escuela, y es maravilloso presenciar el desarrollo de las pruebas para obtener tan preciado galardón.

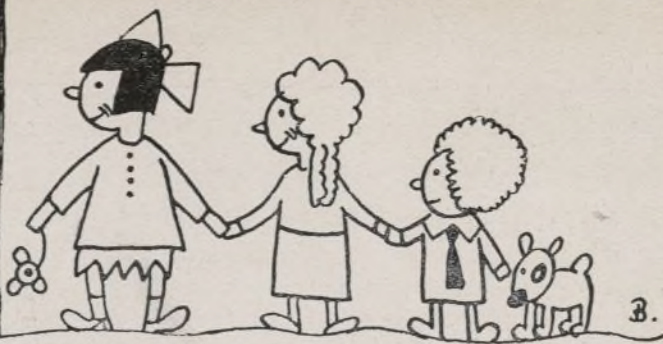
En España, como decimos, hay pocos que practiquen esta escuela, y no obstante haber mandado representación hípica las dos últimas Olimpiadas celebradas en Europa, esta prueba no fué disputada por nosotros: no se encontró quien pudiera representarnos con probabilidades de éxito; pero estamos seguros de que es mejor eso a que pueda decirse como de nuestros nada-dores: ¡se bañaron!

" E L P A J A R O "

BAULES :: MALETAS
ARTÍCULOS DE VIAJE
"BAULES HARTMAN"

Nicolás María Rivero, 9
MADRID.-Teléf. 11489

EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



EL IDOLO DE ORO

Zoomba usaba grandes aros en las orejas. Ese día parecía estar triste, los ojos se le llenaban de lágrimas. Denis y Dora le querían más que a cualquier otro sirviente negro de los que habían tenido hasta entonces.

Ellos conocían a muchos, porque habían vivido casi toda su vida, con sus padres, en el Africa.

—Zoomba debe tener algo para estar tan triste—dijo Dora. Fueron entonces a preguntar al negro por qué estaba tan triste, y si no le podían ayudar.

—De todo lo malo que sucede en el pueblo, dicen que yo soy el culpable—respondió Zoomba.

—Esas son tonterías—repuso Denis—, usted no puede ser siempre el culpable.

—Claro que sí; mi padre ha insultado al ídolo de Oro, y desde entonces, el ídolo tiene una cara enfadada, y a todas las personas a las cuales mira son perseguidas de la mala suerte. Si sonriese, todo estaría de nuevo bien. Pero hasta entonces me tratarán mal, y nadie quiere hablar más conmigo.

—Pero, Zoomba—dijo Dora—, es verdad, yo he visto el ídolo: tiene una cara enfadada; pero eso es porque ha sido hecho de esta manera; nunca va a cambiar. El pueblo ha tenido mala suerte, porque estuvo mal gobernado. Nuestro padre ha venido para arreglarlo todo, y ustedes van a estar contentos, aunque el ídolo tenga una cara enfadada.

Pero a Zoomba no le podían convencer. Pronto los chicos se dieron cuenta de que era verdad lo que decía el negro: nadie quería saber nada él, porque todos decían que su padre había insultado al ídolo.

—Claro que todo eso es una gran tontería—dijo Dora—; pero es muy triste para Zoomba que nadie quiera tratar con él. No me extraña que esté siempre apenado.

—Tengo una gran idea—exclamó repentinamente Denis—. Tú sabes que la cara del ídolo está solamente pintada. ¿Por qué no pintarle la cara de manera que parezca que esté sonriendo? Es bastante fácil de hacerlo, con pintarle unas líneas para arriba, en las esquinas de la boca y de los ojos. Esos tontos van a creer entonces que el enojo se le ha pasado al ídolo. Entonces, ya no le van a tratar mal a Zoomba, y todos van a estar contentos.

—Esa es realmente una muy buena idea—repuso Dora—, pero es bastante peligrosa. Si alguien nos ve mientras estamos pintando el sagrado ídolo, nos matará.

—Claro que es preciso que tengamos mucho cuidado—dijo Denis—, pero vale la pena de hacerlo, y será una interesante aventura.

Al día siguiente los chicos se pusieron en marcha para hacer sonreír al ídolo. Llevaron un "pony" consigo, porque el ídolo estaba a unos cuantos kilómetros de donde ellos vivían. Los dos montaban sobre el caballito, siendo una carrera bastante pesada para el "pony", pero éste era fuerte y parecía no sentirla.

Desde un cierto punto se habían arreglado de que Denis continuase solo hasta el ídolo, mientras que Dora subiría sobre una roca para poder vigilar.

Dora subió sobre la roca, mientras Denis se alejaba para pintar la sonrisa al ídolo.

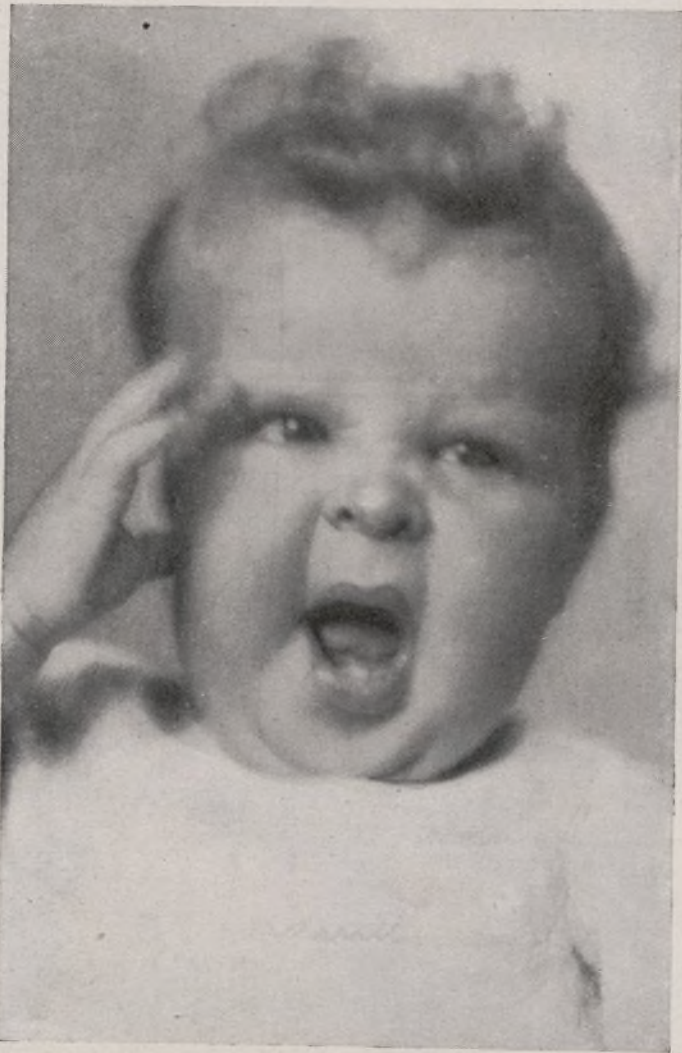
Dora estaba nerviosa. Ella pensaba que si veía venir gente, cómo se lo podía comunicar a Denis. No habían arreglado nada, ¡qué tontos que habían sido! Ella solamente deseaba que Denis regresase pronto. De repente, ella vio a muchos nativos que iban en dirección en la cual estaba el ídolo. Ella no sabía qué hacer; si le encontraban pintando al ídolo, le matarían.

Pero, por suerte, unos pocos minutos después vio aparecer en el horizonte a Denis, que venía con el "pony" en un galope ligero. Dora le hacía señas con el pañuelo de que había peligro, y él respondió con la cabeza que la había comprendido, e hizo galopar aún más ligero al "pony". Poco después ya estaba al lado de Dora.

—¡Oh Denis—exclamó Dora—, yo ya pensaba que te habían agarrado! ¿Crees que te han visto?

—Por suerte, no—dijo Denis, riéndose—. Cuando los vi venir, ya había terminado, y hasta quise quedarme para ver lo que decían ahora que el ídolo se sonreía; pero entonces pensé que podrían sospechar si me veían

NIÑOS DE ESPAÑA

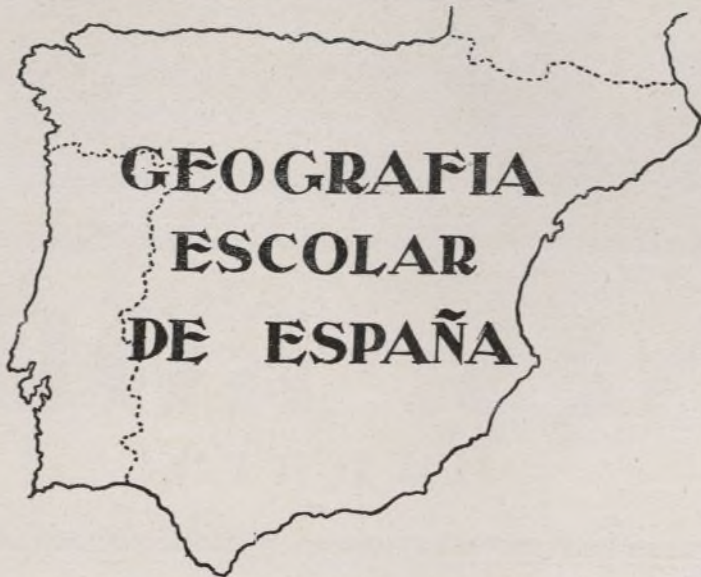


LUIS KRAHE

Foto GOYA

allí. Le he pintado una magnífica sonrisa; si después de esto, Zoomba no está contento, estaré muy decepcionado.

Pero Zoomba estaba muy contento. Los nativos, al ver que el ídolo se sonreía, creyeron que ahora iban a venir buenos tiempos. Desde entonces, Zoomba era una de las personas más populares del pueblo, y todo el mundo le quería. Ahora, en vez de una cara triste, se le veía siempre sonreír, y sus penas habían desaparecido para siempre.



SITUACION, PRODUCCION Y ACCIDENTES

Situación de España.

España se halla al SO. de Europa, y forma con Portugal la Península Ibérica.

Extensión y población.

España tiene de extensión superficial 507.000 kilóme-

tros cuadrados, es decir, unas veinte veces menor que Europa; poblados por 23 y medio millones de habitantes.

Límites de España.

España limita al N. con el mar Cantábrico, Francia y la República de Andorra; al E. con el mar Mediterráneo; al S., con el mismo mar Mediterráneo, el Estrecho de Gibraltar y el Océano Atlántico; al O. con Portugal y el Océano Atlántico.

Los tres mares que bañan a España le dan 2.125 kilómetros de costas, que favorecen su comercio en gran manera.

El suelo.

La agricultura es la principal fuente de riqueza de España; de día en día se acusa mejora en los cultivos y una más inteligente utilización de nuestras riquezas naturales.

Nuestro país exporta principalmente vinos, aceites, hortalizas, avellanas, frutas (especialmente naranjas y pasas), almendras y plátanos (estos últimos de Canarias).

Minas, industria y comercio.

El suelo español encierra en abundancia los metales más diversos: plomo, hierro, cobre, plata, mercurio, etcétera.

La industria española es floreciente en muchas provincias: fundiciones de metales, maquinarias, tejidos, harineras, pesca salada, mobiliario, etc., etc.

El comercio, tanto exterior como interior, va desarrollándose paulatinamente, venciendo poco a poco las actuales crisis económicas.

Cabos, golfos y estrechos.

Cabos principales: Los de Peñas, Finisterre, Tarifa, Gata, Palos y Creus.

Cabos de segundo orden: Machichaco, Ortegal, Estaca de Vares, Toriñana, Trafalgar y San Antonio.

Golfos más notables: El de Gascuña, el de Cádiz, el de Valencia y el de Rosas.

El Estrecho de Gibraltar separa España de Africa.

Islas.

España posee las Islas Baleares, en el Mediterráneo, y las Canarias, en el Océano Atlántico.

Cordilleras de España.

Seis cordilleras se elevan en la Península Ibérica: la Pirenaica, la Ibérica, la Carpetana, la Oretana, la Mariánica y la Penibética.

La Pirenaica se extiende desde el cabo de Creus, al Este, al de Finisterre, al Oeste, y toma los nombres de Pirineos orientales, centrales o aragoneses, siguiendo luego la cordillera con los montes vascocantabros y galaicoastures; la Ibérica o Celtibérica, parte de Reinosa, sigue la Península de Norte a Sur, hasta el cabo de Gata; la Carpetana, o Cordillera Central, arranca de la Ibérica, separa las dos Castillas, León y Extremadura, y se interna en Portugal; la Oretana, o Montes de Toledo, sigue por Castilla la Nueva y Extremadura; la Mariánica, o Sierra Morena, separa Castilla la Nueva de Andalucía, y la Penibética, o Sierra Nevada, parte de la Ibérica y va desde el cabo de Gata hasta la punta de Tenerife.

Picos más elevados de España.

Las alturas mayores de España se hallan en los Pirineos y Sierra Nevada, en la que el Pico de Mulhacen alcanza 3.900 metros sobre el nivel del mar. En los Pirineos hay el Pico de Aneto (3.404 metros), el Pico de Posets (3.367), el Monte Perdido (3.351 m.) y otros menores.

Vertientes y ríos.

El suelo español ofrece tres vertientes, dirigidas hacia los tres mares que bañan la Península: la Cantábrica, la Atlántica y la Mediterránea.

La vertiente Cantábrica, que es la más estrecha, tiene los siguientes ríos: el Bidasoa, el Nervión y el Nalón.

Por la vertiente Atlántica, el Miño, el Duero, el Tago, el Guadiana, el Tinto, el Guadalquivir y el Guadalete.

La vertiente Mediterránea tiene los siguientes: el Segura, el Júcar, el Turia, el Ebro, el Llobregat, el Besós y el Ter.

(Continuará.)

MES DE LA ROPA BLANCA



ANDRÉS
MEDINA

ALMACENES RODRIGUEZ

AV. C. PEÑALVER, 4

M A D R I D

APARTADO 261

Los precios especiales, reducidísimos, de esta venta extraordinaria, sólo rigen:
del 1 al 16 de febrero, en Madrid, y del 1 al 28 de febrero, en provincias.

Se remite catálogo gratis a quien lo solicite.

Ayuntamiento de Madrid